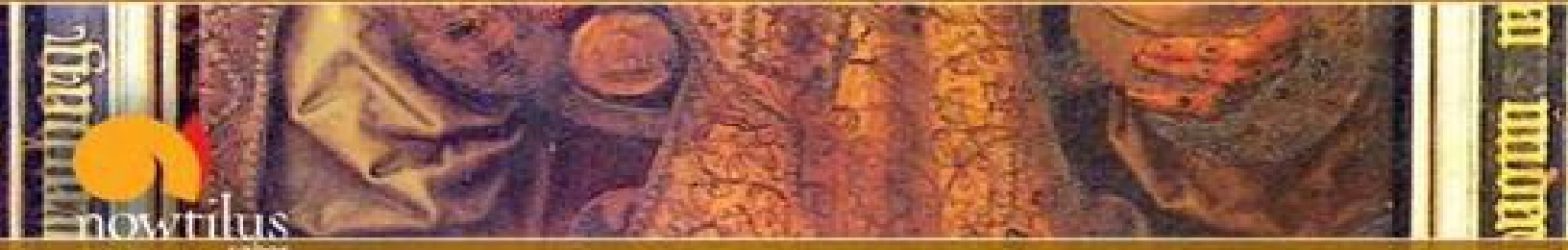
BREVE HISTORIA de...

CARLOMAGNO

y EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

Juan Carlos Rivera Quintana

La desconocida historia de la Europa medieval y del emperador que la hizo renacer del oscurantismo y sentó las bases de la cultura de Occidente.



nowtilus
saber

BREVE HISTORIA DE CARLOMAGNO

Y EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

Juan Carlos Rivera Quintana

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Carlomagno
Autor: Juan Carlos Rivera Quintana

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L. Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-600-1

Libro electrónico: primera edición

Índice

Introducción

CAPÍTULO 1: Los francos. Europa antes de Carlomagno

CAPÍTULO 2: Dinastía y primeros años de un líder

CAPÍTULO 3: Bautismos y guerras, espada y cruz

CAPÍTULO 4: ¿Una administración memorable?

CAPÍTULO 5: ¿El renacimiento Carolingio?

CAPÍTULO 6: Carlomagno y los francos en la literatura

Bibliografía

Introducción

La bibliografía dedicada a la vida del célebre monarca de la dinastía carolingia y al más grande de los reyes francos, Carlos, conocido por sus condiciones personales como Carlos I el Grande (Magno), por lo cual fue llamado Carlomagno, veinticinco años después de su muerte, por el historiador Nitardo, es una de las más extensas de toda la relativa a la Edad Media.

Más de quince mil títulos son un reflejo material de esa profusión, sin contabilizar las cuantiosas y, en ocasiones, disonantes reflexiones y artículos periodísticos, aparecidos en publicaciones periódicas contemporáneas, en idioma castellano y en otras lenguas, que han dedicado sus evaluaciones al desempeño del nieto de Carlos Martel y primogénito del rey Pipino el Breve y la reina Bertrada, a sus avatares militares, políticos, culturales, vida sacramental y litúrgica al frente del reinado de los francos (768-814) y como emperador de los romanos (800-814).

Carlomagno nace el 2 de abril de 742 ó de 748 en Aquisgrán, Aix-la-Chapelle, en la actual Alemania, y muere el 28 de enero de 814. Es uno de los reyes más reverenciados y a la vez vilipendiados de la historia de Europa. Uno de los que atesora más exégetas y detractores; incluso, en Germania, donde nació, se lo venera como el apóstol de los sajones.

Pero bajo su autoridad, la mayor parte de los pueblos del centro y el occidente europeos comenzó un proceso innegable de desarrollo y esplendor culturales. Ello explica que la figura de Carlomagno haya sido valorada por su rol unificador, soberano y promotor en materia de legislación, educación, finanzas, cultura, fe religiosa y organización estatal. Su estampa es considerada como la del héroe cristiano por antonomasia, por su martirologio, espiritualidad, misión civil, el éxito de las arriesgadas campañas militares que dirigió y libró, junto a sus tropas, y el rol de mecenas del arte y la cultura.

Muchos mitos y leyendas se entrelazaron alrededor de su imagen y personalidad, de sus dotes monárquicas, guerreras, civiles, legislativas, financieras; de su misericordia cristiana y de los resultados del orden en que reinó y cimentó el llamado Imperio Carolingio. Es por ello que este libro pretende ser una aproximación a la figura de Carlos, al hombre con sus proezas y epopeyas, contradicciones, miserias humanas, dudas y temores, como una forma de conocer al personaje legitimo, de carne y hueso, a conocer verdadero liderazgo, despojado de la leyenda y los milagros divinos que se le atribuyeron, de la fama y las alabanzas de los poemas épicos y los libros de caballerías, escritos en Alemania, Francia, España, Italia y Portugal, que le tejieron un perfil casi sacramental dejando de lado su existencia mundana.

Es tal el estudio de la figura y la impronta que deja en su tiempo y en la posteridad, que muchos historiadores afirman que, con su aparición y accionar, la Edad Media quedó jalonada en períodos claramente delineados: desde la caída del Imperio Romano y su absorción por el poder bizantino a la constitución del Imperio de Carlomagno y de esta proclamación, al renacimiento y consolidación de la Edad Moderna y los estados nacionales independientes entre los pueblos germánicos en Europa.

En ese escenario medieval, la figura de Carlomagno fulgura en el epicentro de un torbellino de

guerras expansivas, grandes matanzas y saqueos, 53 campañas militares en 47 años de reinado, rivalidades, pactos, sabiduría administrativa y legislativa, caridad religiosa y florecimiento civil, intelectual y cultural. Con él, emergió una nueva civilización europea, que se mantuvo y siguió consolidándose aún después de la Edad Media.

Por ello no resulta desmedido apuntar que con sus decisiones iluminó y cimentó las bases de la cultura de Europa, disipando las tinieblas del Medioevo.

Durante sus setenta y dos años de existencia puso todo el inmenso poder que construyó y el prestigio que cimentó al servicio del cristianismo, la vida monástica, la enseñanza del latín y el culto a las leyes. No en balde su vida ha sido considerada un paradigma monárquico para la mayoría de los reyes posteriores, y su quehacer, un estandarte de la fusión de las culturas germánicas, romana y cristiana, que serían, posteriormente, la síntesis y los zócalos de la civilización europea.

Sobre Carlomagno (en latín Carolus Magnus; en alemán, Karl der Grosse; Charlemagne, en francés e inglés y Carlemagny, en catalán) escribió el biógrafo más cercano Eginardo (quien fue su amigo y gozó de su simpatía) que se le podía ver a gran distancia por la apariencia y porte de casi dos metros de altura, pero que algo desentonaba de aquel cuerpo fortachón y robusto: una voz aflautada y tenue que contrastaba, bastante, con la elegancia varonil, el temple y las dotes guerreras.

Otros, con una mirada más pura e interesada en seguir alimentando el mito, como el monje benedictino Balbulus Notker, uno de los poetas litúrgicos suizos más importantes del Medioevo, lo describe así, en un pasaje de su libro, titulado *Gesta Caroli Magni*:

> Entonces se vio al hombre de hierro, a Carlomagno, de férreo yelmo coronado; de hierro las manos enguantadas; de hierro el pecho; de hierro la coraza cubriendo los hombros platónicos; de hierro una lanza hacia el cielo retenía en la mano izquierda, mientras que en la derecha, sostenía siempre la espada de calibre invencible.

La Edad Media, retablo donde tuvieron lugar las hazañas y desaciertos de Carlomagno, es un período histórico de mil años, que se inicia en el 476, con el desplome del Imperio Romano de Occidente, tras ser depuesto el último emperador, Flavio Rómulo Augústulo, por el general de los hérulos, Odoacro, guerrero de una antigua tribu germánica que invadió dicho imperio en el siglo III, proveniente de Escandinavia.

La tradición popular germánica refiere que el general Odoacro incendió Pavía, saqueó Roma y depuso al emperador Augústulo haciéndose proclamar “Rey de Italia”, episodio que fue interpretado por la historiografía como el eclipse total del Imperio Romano de Occidente.

Algunos textos de la época, interesados en alimentar las fábulas de las contiendas, refieren que los hérulos practicaban ciertos rituales homosexuales iniciáticos entre guerreros. Dicen también que eran capaces de entrar a los altercados cuerpo a cuerpo incluso sin la protección de escudos, para que una vez probados en la batalla, sus maestros les permitieran llevar esa valiosa arma defensiva a los combates, lo que simbolizaba para los códigos militares de esa civilización, la entrada de lleno en la virilidad.

Esta imagen de reverencia y veneración por el escudo, como pieza de cierta estirpe y distinción social ya es recogida en el libro, escrito en el año 98, *Germania*, del historiador, senador, cónsul y gobernador romano Cornelio Tácito, que trata acerca del origen y las costumbres de los pueblos germánicos. En él se apunta que:

> Todos los asuntos públicos y privados los tratan armados. Pero nadie usa las armas antes de que el pueblo lo juzgue apto […]. Abandonar el escudo, una vez ganado, es la mayor deshonra, y quien cometió este ignominioso acto no puede acudir a las ceremonias ni a las asambleas.

El fin del Medioevo queda establecido en los anales de la historia en el año 1453 (siglo XV) con la caída del Imperio Romano de Oriente, conocido también como Imperio Bizantino, es decir cuando la ciudad de Constantinopla o Bizancio (actual Estambul) es conquistada por los turcos.

Algunos cronistas, en cambio, sostienen otra postura y apuntan como fecha límite al año 1492, con el descubrimiento de América, pero esas controversias hoy día resultan estériles. Solo historiadores interesados en algunas tesis puntuales señalan límites más precisos, los cuales no son necesarios para nuestros propósitos pues la época, como refieren los expertos, solo es importante como indicio del período durante el cual pueden tener vigencia cierta forma de sociedad y ciertas teorías sociales. Tengamos en cuenta que a los teóricos, siempre atraídos por llegar a conclusiones personales, les resulta excitante la especulación, o mirar el pasado a través de cristales muy edulcorados o muy oscuros y nebulosos. Quizás ello explique que muchos historiadores solo vean entumecimiento, penumbras y letargo en la Edad Media.

Entre el analfabetismo y el progreso

Para hacer una distinción y una periodización historiográfica de la Edad Media, los ensayistas dividen su desarrollo en dos períodos: la Alta Edad Media (siglo V a siglo X) y la Baja Edad Media (siglo XIV al XV).

Hay algunos estudiosos que señalan, además, la existencia de un tercer período, desgajado de la Alta Edad Media, denominado Plena Edad Media, para aludir a los siglo XI al XIII, cuando se dan las manifestaciones más típicamente medievales, como el florecimiento de las Cruzadas, el primer establecimiento de las nacionalidades, influidas por los nacionalismos emergentes, y el desarrollo de dos movimientos cruciales para la cultura europea: el románico y el gótico.

Muy a contrapelo de lo que algunos todavía advierten sobre el Medioevo y la llegada de varias centurias de postergaciones culturales y oscurantismos sociales, la instauración del Medioevo y su desarrollo coadyuvó a sentar las bases del feudalismo, la posterior expansión europea de las ideas iluministas, del pensamiento renacentista y el posterior nacimiento del capitalismo y la modernidad.

Durante la Edad Media, término que en su época tuvo fuertes resonancias despectivas, ligadas a cierta pátina de atraso y división, tuvieron un acelerado desarrollo el derecho romano, el latín y la filosofía. Los monasterios se convirtieron en centros del conocimiento pues eran los únicos lugares donde se sabía leer y escribir y en los cuales se trabajaba en la preservación de buena parte del acervo histórico y cultural del mundo clásico. Por ello, la Iglesia, verdadera rectora en el Medioevo, de la vida religiosa, cultural y social (recordemos que el poder civil debía recurrir a ella cada vez que necesitaba fundar una norma en antecedentes jurídicos o doctrinarios o resolver un grave problema que exigiera maduros conocimientos y la copia de manuscritos), trata de infundir a los habitantes un profundo espíritu de fe cristiana, perfila una sociedad rígidamente jerarquizada y expande la cultura científico-religiosa entre los nobles.

En tanto, el pueblo, cuyos integrantes servían a la nobleza y a los monasterios, estaba formado por ciudadanos analfabetos, de modales ásperos, que combinaban el trabajo agrícola o comercial y la oración cristiana, enseñada por los monjes y clérigos en las abadías.

En ese marco, el llamado Sacro Imperio Romano Germánico se consolida. Su principal artífice y estratega será Carlomagno, uno de los hombres más poderosos de la tierra a principios del siglo IX,

creador de la realeza al inventar los condados (300 en el territorio), las marcas (fronteras) y los duques (militares que las defendían), que eran supervisados por el "missi dominici" (enviados directos del amo), quienes surcaban el reino y vigilaban la buena aplicación de la ley. Este sistema será el germen nutricio y punto de partida del sistema feudal.

Pero a pesar de toda su autoridad, Carlos vivió la mayor parte de su existencia en el analfabetismo, sin saber siquiera poner su nombre en las actas capitulares.

Para sortear el obstáculo de la firma se había aprendido un signo que era una cruz con las tres primeras letras del nombre de Jesús, en griego, que junto a un garabato eran su marca distintiva. En algunas oportunidades, usaba un anillo-sello con una inscripción en latín que rezaba: *Cristo protege a Carlos, Rey de los Francos*.

Quizás porque le faltaba cumplir su más anhelado sueño, recién dos años antes de morir, decide aprender a escribir e inicia, con el mismo entusiasmo con que fue a las guerras o defendió al catolicismo, una campaña en sus dominios contra el analfabetismo, edificando gran cantidad de escuelas en todo el reino, una de ellas en el propio palacio, a la que asistió hasta morir en el año 814.

No obstante su desconocimiento de las letras, respetaba a la gente ilustrada, valoraba la música, las artes plásticas y la literatura, y se hacía leer sistemáticamente la Biblia e historias de la Antigüedad.

Los textos apuntan, además, que a pesar de sus limitaciones culturales, pues se pasó gran parte de su vida en los campos de batallas, no solo hablaba perfectamente su lengua materna, sino latín y algo de griego. Esta es, sin dudas, la historia de un hombre que disipó gran parte de las brumas y tinieblas del Medioevo, y que reafirmó el nacimiento de una nueva Europa al sentar las bases de lo que sería, posteriormente, el mosaico basal del Viejo Mundo.

1

Los francos. Europa antes de Carlomagno

Nuestra naturaleza está en la acción. El reposo presagia la muerte.

Lucius Annaeus Séneca

A mediados del siglo III, el Imperio Romano, que en épocas anteriores se había creído inexpugnable y eterno, al extender su poder por toda la cuenca del Mediterráneo (su *Mare Nostrum)*, comenzó a desmoronarse como un castillo de naipes, donde estaba por emerger el Rey de corazones (en la baraja actual, esa carta representa la tradición de la Iglesia y por ello es ilustrada con el rostro de Carlomagno, símbolo por antonomasia de la religión cristiana).

En el interior del Imperio Romano, la propagación del cristianismo en vastos sectores de la población se tradujo en un cuestionamiento de las estructuras de antaño. Ya no bastaban los ejércitos de legionarios, con su entrenamiento y destreza militar para mantener incólumes fronteras tan ambiciosas. Si hasta el momento las legiones constituían la base del ejército romano y su entrenamiento, organización y estrategia militar habían servido para frenar los furores expansionistas y los conflictos entre la "barbarie" y la "civilización", ya se vislumbraba una onda expansiva de pueblos sobre Roma, la Ciudad Eterna, como se la conocía entonces.

Desde el año 306, en que el emperador romano de Occidente, Constantino I, comenzó a gobernar la Galia, España y Britania, el monarca empezó a demostrar una actitud benévola hacia los cristianos.

Ya en el año 312, cuando derrota a su rival Majencio en una famosa campaña militar, confiesa públicamente haber tenido una visión celestial. Ello explica su bautizo en el lecho de muerte, el 22 de mayo del año 337, como un gesto de reconciliación con la religión cristiana, y su anterior proceso de reconocimiento a la fe católica, que lo lleva a la firma del Edicto de Milán, en el año 313, concediendo la libertad de cultos a todos sus súbditos y devolviendo a las congregaciones cristianas las posesiones que le habían sido despojadas.

El Edicto de Milán, también firmado por Licinio (emperador romano de Oriente), que puso fin a la era de las persecuciones religiosas e inauguró un nuevo período de la historia del cristianismo en el Imperio Romano, apunta en su texto que:

> Habiendo advertido hace ya mucho tiempo que no debe ser cohibida la libertad de religión, sino que ha de permitirse al arbitrio y libertad de cada cual se ejercite en las cosas divinas conforme al parecer de su alma, hemos sancionado que, tanto todos los demás, cuanto los cristianos, conserven la fe y observancia de su secta y religión [...] A los cristianos y a todos los demás se conceda libre facultad de seguir la religión que a bien tengan; a fin de que quienquiera que fuere el numen divino y celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro imperio. Así, pues, hemos promulgado con saludable y rectísimo criterio esta nuestra voluntad, para que a ninguno se niegue en absoluto la licencia de seguir o elegir la observancia y religión cristiana. Antes bien sea lícito a cada uno dedicar su alma a aquella religión que estimare convenirle.

La anarquía y las guerras civiles en Roma habían terminado por devastar sus confines; el desorden interno no solo minó la industria y el comercio, sino que extenuó hasta tal punto las defensas

fronterizas imperiales que privadas de la vigilancia de antaño, se convirtieron en puertas francas por donde penetraron las tribus germanas, que buscaron asiento al norte del Imperio Romano. Ya en pleno siglo III, estas realizan las primeras incursiones en busca de tierras y botín, pretendiendo obtener un lugar en ese territorio; en el IV, se asientan pacíficamente en él y en el siglo V, huyendo del avance de los hunos, procedentes de Asia, irrumpen incontroladamente por todos sus dominios.

Si antes el Imperio Romano había ido incorporando a los germanos como soldados comprometidos a defender la frontera y a los colonos para cultivar las tierras, y todos dispuestos a reconocer la autoridad del emperador, el ataque de los hunos, un pueblo de Europa Oriental, empuja a los germanos hacia el Oeste y los hace huir despavoridamente. Solo entonces comienza el éxodo en masa para esquivar a los terribles enemigos hunos, pero esta vez saquean las zonas recorridas y respetan solamente la autoridad de sus propios jefes, adelantando el derrumbe imperial.

Ante las oleadas migratorias de germanos, Roma decide legalizar su presencia creando los contratos de federación que permitieron a los *foederatis* (pequeños reinos o comarcas con sus propios reyes) retirar alimentos de los almacenes públicos y más tarde adquirir tierras, donde pudieron organizarse y establecer su trabajo. Estos terrenos conformaron pequeños reinos en los que el monarca bárbaro tenía completo poder, no solamente sobre sus tribus, sino también sobre los romanos que habitaban esa región.

Las prerrogativas de los *foederatis* fueron aumentando y sus jefes o reyes comenzaron a ocupar altos cargos en la administración y el ejército de una Roma en franco ocaso, al tiempo que se producía el proceso de transculturación y asimilación de las costumbres romanas. Los *foederatis* fueron la base de lo que serían después los *estados federados*.

Los temibles hunos eran estupendos jinetes, arqueros veloces y temerarios, de táctica militar impredecible. Conformaron una confederación de tribus procedentes de la zona de Mongolia, en el Asia Central, muchas de ellas de disímiles orígenes, pero unidas por una aristocracia que hablaba una lengua túrquica.

Aparecieron en Europa en el siglo IV y su máximo exponente fue el belicoso rey Atila (406-453), toda una figura legendaria y uno de los más acérrimos enemigos de los Imperios romanos Oriental y Occidental. De él se cuenta que tenía poderes chamánicos con su espada indestructible. También que durante una de sus tantas noches de bodas, amaneció muerto en su lecho nupcial, empapado en la sangre que brotaba como manantial de su nariz.

Relatan las crónicas de guerra que los hunos tenían por biotipo una baja estatura y que, consecuentemente, montaban caballos asiáticos también pequeños. Cuando se producía un enfrentamiento entre ellos y los robustos germanos o los adiestrados romanos integrantes de las legiones que cuidaban las fronteras hacían valer su gran ventaja: el dominio de la caballería y el uso de los estribos, lo que les daba una mayor estabilidad y rapidez; eran como un torbellino, una cabalgata imparable, con una capacidad de maniobra tal que sembraban el terror en el contendiente y lo desmoralizaban anulándolo militarmente.

A Cayo Flavio Valerio Claudio Constantino, emperador de los romanos (306-337), se lo conoció con el nombre de Constantino I. Fue el primer monarca del imperio que reconoció a la fe católica.

Un jinete romano podía perder el equilibrio y caer al tratar de esquivar una lanza o una espada esgrimida por un soldado de infantería huno, por lo que los romanos solo usaban la caballería como refuerzo, mientras que el grueso del combate descansaba en los soldados de a pie. Este era su principal "Talón de Aquiles" y ahí estaban en inferioridad bélica.

Al referirse a la arremetida y la crueldad de estos conquistadores de origen mongol, el reconocido escritor argentino Jorge Luis Borges relata con tinte mágico en uno de sus cuentos:

> Arrasaron el jardín, profanados los cálices y las aras, entraron a caballo los hunos en la biblioteca monástica y rompieron los libros incomprensibles y los vituperaron y los quemaron, acaso temerosos de que las letras encubrieran blasfemias contra su dios, que era una cimitarra de hierro. Ardieron palimpsestos y códices, pero en el corazón de la hoguera, entre la ceniza, perduró casi intacto el libro duodécimo de la *Civitas Dei* (en latín, nombre de la *Ciudad de Dios*, del obispo San Agustín), que narra que Platón enseñó en Atenas que, al cabo de los siglos, todas las cosas recuperarán su estado anterior, y él, en Atenas, ante el mismo auditorio, de nuevo enseñaría esa doctrina. El texto que las llamas perdonaron gozó de una veneración especial.

La penetración germánica precipitó el proceso de descomposición del comercio, la circulación monetaria, ruralizó la economía y la vida urbana en Roma. En el año 476, Rómulo Augústulo, el último emperador romano, es destituido por Odoacro, elegido rey por sus tropas mercenarias germánicas, y la ciudad cae en poder bárbaro. Sobre tal episodio se lamentaría el presbítero romano San Jerónimo, el Padre de la Iglesia que tal vez más estudió las Sagradas Escrituras:

> La voz se me corta, los sollozos me interrumpen, ha sido conquistada la ciudad que conquistó el mundo.

Ya en ese momento, Europa sería Roma y lo bárbaro y las palabras "imperio" y "emperador" cobraban sentido asociadas a la idea del dominio universal (ya, si se quiere, cristiano).

La "Dama del poniente" y los "Bárbaros"

Europa era orignalmente una parte de un todo con Asia, al que llamaban Eurasia. Vista desde los

territorios asiáticos menores (Turquía), la región europea ofrecía una traza dilatada; de ahí que la etimología grecolatina explicaba el origen del nombre de "Europa" como proveniente de la raíz semítica "ereb", o "puesta de sol", al occidente de la Hélade o tierra de los helenos, como se llamaba a la Antigua Grecia.

El término Europa será adoptado, posteriormente, por los griegos. También formaba parte de la mitología que Europa era una bella dama de la que se enamora Zeus (Dios griego del cielo y el trueno y gobernante del Monte Olimpo) y tras conquistarla, camuflado en forma de toro, la traslada a su Fenicia natal (Líbano) y de ahí hasta Creta (cuna de la civilización griega).

Lo cierto es que Europa, como territorio, tenía poco más de diez millones de kilómetros cuadrados de superficie (el 7 por ciento de las tierras del planeta), pero esa pequeñez territorial no ocultaba su grandeza como cuna de la civilización occidental, y maestra de ciencias y artes con grandes aspiraciones hegemónicas. Tampoco disimulaba que ya era un continente muy complejo y multicultural, pero con una matriz cristiana y clásica y grandes intenciones de crear un espacio que abarcase a los diversos moradores de la región.

La Fiesta de Atila, cuadro del pintor húngaro Mór Than. El rey de los hunos no sólo era un gran estratega militar sino que también destacaba como político.

Los pueblos germanos, ubicados en el centro del territorio europeo y al norte de los ríos Rhin (Rhein o Rijn) y Danubio, eran calificados por los griegos y los romanos como "bárbaros" y estaban formados por ciudadanos de origen indoeuropeo, que hablaban diversas dialectos, y que no tenían como lengua culta el latín. Bajo la denominación de "bárbaros" eran nombrados los forasteros de las comarcas fronterizas con el Imperio Romano.

En un inicio esas tribus fueron contratadas por los romanos como soldados auxiliares de las legiones, aprovechando sus capacidades guerreras. Con el tiempo emprenden un proceso histórico que llevó casi cien años, de invasión de esos territorios y se apoderaron de su parte occidental, lo que trajo consigo el surgimiento y consolidación de nuevos estados con entidades políticas, económicas y culturales.

La naturaleza de la palabra "bárbaro" fue aceptada como sinónimo de "salvaje", "bruto" o "tosco", aunque su significado primero era "extranjero", en el sentido de "los que balbucean" (por la

forma de hablar) o de "los que no conocen el griego".

Los bárbaros eran pueblos seminómadas y tenían una organización social constituida por clanes y tribus, conformadas por gran diversidad de grupos, entre los que se encontraban los germanos del norte, ubicados en las costas del Mar del Norte (sajones y anglos); los germanos orientales, asentados al este del río Elba (godos, divididos en visigodos y ostrogodos; vándalos, burgundios y suevos) y los germanos occidentales, situados al oeste del río Elba, donde se destacaban los francos (pueblo más prospero y duradero), alamanes y longobardos o lombardos, (nombrados así por las largas barbas utilizadas por sus hombres).

Su organización era patriarcal, sobre la base de dos pilares vitales: la familia, como célula básica, y el antepasado común como un elemento de cohesión. Estos grupos estaban asentados en poblados que practicaban la ganadería, la pesca y la caza y una rudimentaria agricultura, en los tiempos de paz; y el saqueo en épocas beligerantes. Como procedían del norte europeo, la escasez de alimentos y las bajas temperaturas los incitaban a grandes desplazamientos territoriales y al traslado sobre caballos.

Según apuntan los textos germanos primitivos, en la sociedad existían las castas o estamentos, donde los guerreros tenían un puesto privilegiado por ser la estirpe de los reyes e integraban una asamblea que intervenía en las decisiones políticas. También estaban los hombres libres, que se dedicaban a la artesanía, el comercio, las labores agrícolas y el pastoreo. Al final de esa escala social se ubicaban los prisioneros de guerra, que eran utilizados como sirvientes (más parecidos a los siervos de la gleba de la posterior etapa feudal que al esclavo romano).

La sociedad germana poseía un gobierno basado en el Consejo, conocido como el Thing, integrado por sacerdotes y jefes militares, que se reunía en clanes para tomar las decisiones y juzgar los delitos.

En tanto, sus ejércitos eran mercenarios al servicio del rey que prometía parte del botín de guerra y la religión era politeísta, basada en dioses guerreros, dentro de los cuales se veneraba a Odín (que era representado tuerto, con un cuervo en cada hombro, una lanza y las runas en la mano); a Thor, dios de la fuerza y el trueno, al que se representaba con un martillo y a Tyr, dios de la guerra y la justicia.

Aunque los germanos no eran muy desarrollados cultural e intelectualmente asimilaron muchas de las costumbres y hábitos romanos de manera rápida, contribuyendo a formar la raigambre europea, que cimentó las bases de la actual cultura occidental.

Uno de los cronistas que mejor retrató el talante de los pueblos germanos, sus valores y costumbres fue, sin dudas, el historiador, senador, cónsul y gobernador romano, Cornelio Tácito, que en su libro *Germania*, describe con detenimiento y autenticidad los códigos existenciales de estos reinos, al apuntar:

> Cuando la lucha se ha establecido, es deshonra para el jefe ("princeps") ser sobrepasado en valor por sus seguidores, y para éstos, no igualar en valor a aquél. Es infamia y baldón para toda la vida el retirarse a salvo de un combate en que ha muerto el jefe. El defenderlo y guardarlo, y unir cada cual sus propias hazañas a la gloria de aquel, es para ellos el principal juramento ("sacramentum"). Los príncipes luchan por la victoria; sus compañeros ("comites") por el príncipe. Si la ciudad donde han nacido se enerva con una temporada de larga paz y calma, la mayor parte de los jóvenes nobles se dirigen a las naciones que entonces están en guerra, pues a esta raza es ingrato el reposo, y entre las vicisitudes de la guerra encuentran campo para esclarecerse. Además, solo así, con la bélica violencia, pueden mantener una gran comitiva, pues de la liberalidad de su caudillo uno saca el caballo más belicoso, otro la frámea hecha ilustre por la sangre y la victoria. En lugar de estipendio tienen unos banquetes grandes y abundantes, aunque desaliñados; ostentación que proviene de sus combates y rapiñas. Y no se deciden tan fácilmente a arar la tierra esperando la cosecha, como a hostilizar al enemigo y a exponerse a las heridas; además, les parece holgazanería y flojedad adquirir con sudor lo que se puede lograr a costa de sangre.

Como posterior consecuencia de esta etapa de asechanza extrema, el prestigioso economista británico Eric Roll, en su libro *Historia de las doctrinas económicas* confirma que...

> …la esencia de la sociedad medieval estriba en la división en las clases de señores y siervos, derivada de la estructura de latifundios de la última época romana. La creciente escasez de esclavos produjo un cambio en el método de administración de las grandes propiedades, si bien la propiedad territorial conservó sus atractivos. En vez de cultivar ellos mismos esas propiedades por medio de gran número de esclavos, los propietarios arrendaban, aparte de su propio dominio, parcelas a arrendatarios libres o a esclavos, a cambio de una renta en especie y dinero…

En ese contexto existía la necesidad de asentar en las fronteras una población militar para fines de defensa y ello conduce a la formación de una población de colonos, que poseía ciertos privilegios y muchas obligaciones. La propia decadencia del Imperio Romano pone en mano de estos terratenientes mayores facultades administrativas y transforma a sus propiedades en la nueva unidad económica y política, "precursora del señorío medieval", en pleno siglo IV.

Estos grupos conformaron la llamada aristocracia germana, que hasta se permiten utilizar como su idioma el latín (vulgarizado), que luego al modificarse da lugar a las llamadas lenguas romances. En la cúspide de esa cadena social teocéntrica destacaba, también, la nobleza eclesiástica que era muy poderosa.

Por su parte, Henri Pirenne, el profesor e historiador belga considerado el más grande medievalista de nuestro tiempo, apunta en su obra *Historia económica y social de la Edad Media*, que:

> …la organización del latifundio no constituyó, bajo ningún concepto, un hecho nuevo. Pero su funcionamiento, a partir de la desaparición del comercio y de las ciudades, fue una innovación. Mientras los comerciantes pudieron transportar sus productos y las ciudades proporcionaron un mercado, el latifundio dispuso y, por ende, benefició de una venta regular en el exterior.

El Imperio Romano permitió la subsistencia de los latifundios galos, que prontamente se adaptaron a la organización de los del pueblo vencedor. La villa gala de la época imperial, con su reserva adherida al propietario, y sus grandes grupos de colonos, era el soporte del régimen de explotación. Este sistema permanece con esa estructura primitiva durante el período de las invasiones germánicas, es conservado por la Francia merovingia y la Iglesia la introduce allende el Río Rhin, a medida que va convirtiendo aquellas regiones al cristianismo.

Martillos de Thor, símbolos característicos del dios de la fuerza y el trueno. A Thor se lo consideraba el protector de los campesinos, de la gente simple y también de los guerreros.

Los francos, pobladores de la Galia

En el capítulo 60 del célebre best-seller norteamericano *El Código Da Vinci*, su autor Dan Brown, especula y alimenta algunas leyendas tradicionales medievales (fomentadas por otras obras literarias, entre ellas *El péndulo de Focault*, de Umberto Eco); por ejemplo, las que al referirse al origen de la estirpe Merovingia plantean que el soporte de ese árbol genealógico se remonta a una supuesta descendencia de Jesucristo con María Magdalena, de la que nació Sarah, y que ese linaje de Cristo se perpetuó en secreto en Francia (conocida en ese entonces como la Galia) hasta que, en el siglo V, dio un paso osado al emparentarse con sangre real franca (francesa), iniciando una estirpe conocida como la Casa Merovingia, que desaparece con el misterioso asesinato del Rey Dagoberto I, apuñalado en el ojo mientras dormía; aunque el vínculo hereditario se perpetúa con Sigeberto, el hijo de ese monarca, que logra escapar al complot que intentaba hacer desaparecer esa sangre real.

El narrador sostiene en su novela que durante todo este tiempo el linaje de Cristo había estado en continuo peligro y...

> …la Iglesia de aquellos tiempos temía que si se permitía que esa estirpe se perpetuara, el secreto de Jesús y Magdalena acabaría aflorando y desafiando los cimientos de la doctrina católica, que necesitaban de un Mesías divino e inmortal que no hubiera tenido relaciones sexuales con mujeres ni se hubiera casado.

De saberse tamaño secreto, argumenta Brown:

> …se habría minado cualquier idea de divinidad asociada a Jesús y por lo tanto, habría sido el fin de la Iglesia cristiana, que proclamaba en ese momento ser el único vehículo a través del cual la humanidad podía acceder a lo divino y entrar en el Reino de los Cielos.

Muchos historiadores intentan explicar la génesis de esa fábula en el interés de los propios pueblos Merovingios por atribuirse un origen beatífico y poder gobernar sin objeciones, ya que poseerían un derecho y mandato divinos para llegar al trono en el reino de los francos. Los estudios

del Medioevo han explicado, con mayor asidero histórico, que el origen de los Merovingios quizás se remonte a la costumbre en el reino de los francos de realizar alianzas matrimoniales de sus hijos e hijas con integrantes de otros pueblos galorromanos, y hasta con nobles guerreros acaudalados provenientes de otras regiones, para perpetuar su raza y linaje más allá de sus confines.

Lo que nadie pone en entredicho es que a finales del siglo V, la provincia de la Galia (Francia), una de las más prósperas de Occidente, quedaba dividida en varios reinos y los francos, ubicados al Norte, eran uno de los pueblos más poderosos.

Conviene aclarar que el término "Galia" empezaba a quedar en desuso; los francos llamaron Neustria (tierra nueva) a los últimos territorios conquistados, mientras que sus posiciones originales eran Austrasia (la tierra del este). A su vez en Neustria cabe distinguir la parte del norte, propiamente franca, de la zona sur, la que había sido visigoda, donde las costumbres romanas estaban más arraigadas y que conservó el nombre romano de Aquitania. Neustria y el norte de Austrasia estaban dominadas por los francos salios, los cuales adoptaron la lengua latina, al igual que los burgundios. En cambio, los alamanes y los francos ripuarios conservaron su lengua germánica.

Los francos eran tribus germanas procedentes de Frisia (una de las doce provincias que conformaban el reino de los Países Bajos) que, al igual que muchos otros clanes occidentales, entraron a formar parte del Imperio Romano en su última etapa, en calidad de *foederati*. Sus pobladores establecieron un reino bastante perdurable en un área geográfica mayor de lo que abarca hoy la actual Francia, más la región de Franconia, en Alemania, y la zona de Bélgica estableciendo de esta manera los pilares de lo que serían, con posterioridad, las divisiones geopolíticas actuales de esas naciones y sus identidades culturales. El reino franco adoptó la fe católica tradicional y se convirtió en defensor extremo del cristianismo; era movedizo por identidad y vivió varias segregaciones y éxodos, en tanto los francos tenían por costumbre repartir las propiedades entre los hijos supervivientes y entendían sus dominios como una propiedad privada de grandes dimensiones. Ello explica, en parte, el obstáculo que muchos historiadores han encontrado para delimitar con precisión las fechas y las fronteras geográficas de cualquiera de los reinos francos, así como también puntualizar quiénes gobernaban determinadas regiones. De algo si no cabe la menor duda: el de los francos fue el más estable y duradero de los reinos, considerado incluso un Imperio, fundado por los pueblos germanos de Europa.

María Magdalena, de Tiziano. Algunas leyendas tradicionales medievales le adjudican a Sarah ser origen de la estirpe Merovingia. Hija de Jesús y María Magdalena, la joven habría tenido descendencia en Francia.

Otra razón del ensombrecido tema de la cronología histórica es que el bajo nivel cultural (gran número de pobladores analfabetos) durante la hegemonía de los francos determinó la casi inexistencia de documentos escritos sobre esa etapa y lo escaso de los testimonios que se conservan en archivos historiográficos.

Sí se coincide en apuntar que esencialmente se distinguían dos estirpes de líderes que se sucedieron, respectivamente, en el poder: en primer lugar, los Merovingios (dinastía que duró tres siglos y fue fundada por Meroveo o Merovée, quien nace hacia el año 390, es proclamado rey en el 448 y muere en el 458) y, posteriormente, los Carolingios, donde estarán los orígenes genealógicos de Carlomagno y del reino que iba a hacer florecer el sistema feudal, característico de la Alta Edad Media.

La palabra "franco" proviene del término "libre", precisamente en lenguaje franco, aunque esa independencia que proclamaban desde su cuna no era patrimonio de las mujeres ni de la población de esclavos, que se trasladaban dentro de sus reinos regidos casi militarmente por los hombres de mayor jerarquía.

Sobre el mundo de los francos y los recuerdos de esa civilización, apunta el prestigioso historiador Harold Lamb en su biografía de Carlomagno:

> Su nombre tal vez significara, originariamente los Libres o los Feroces. Sus recuerdos como pueblo evocaban una vida difícil entre las brumas de la costa del Báltico. Su legendario rey, Meroveo -hijo del Mar había sido un jefe tribal que gobernaba por propio deseo y por consentimiento de los clanes, después de haber sido alzado sobre los escudos de los guerreros. Criados en los bosques, abriéndose paso a machetazos en batallas o cultivos desde los eriales del Báltico hacia tierras más benignas y fértiles, habían avanzado lentamente hasta las regiones próximas al Rhin […]. Aislados en sus bosques, abandonados a sus propios medios, se dedicaron a obtener comida de la tierra para prevenir las hambrunas, cambiaros sus machetes por espadas más eficaces y convirtieron sus caballos de labor en monturas de guerra, sus narradores de sagas en poetas cantores y sus reyes ancestrales en señores ambiciosos, de cortas vidas. Más allá de la voluntad de sus reyes, seguían manteniendo las arraigadas tradiciones tribales de libertad personal y el consejo de guerreros. Una ciudad era una reunión de gente que construía cabañas. La civilización no tenía para ellos ningún significado tangible, salvo las ceremonias de las iglesias o los escasos libros de las Sagradas Escrituras que hablaban de un fabuloso Jardín del Edén en algún lugar de Oriente y de los tormentos de los condenados. Los objetos del mundo civilizado llegaban a cuentagotas hasta ellos en las alforjas de los comerciantes que vagaban

al azar desde el mar interior con sus embarcaciones árabes o desde la remota Constantinopla…

En sus orígenes los francos se dividían en dos grandes grupos, con nombres derivados de ríos: los salios (del Yssel, en Holanda) y los ripuarios ("habitantes de las orillas del Rhin", en latín), pero ya en el siglo IX esta escisión era prácticamente ilusoria, pues todos se fueron amalgamando y mixturando, aunque durante algún tiempo sí fue aplicada la división en el sistema legal para juzgar a sus habitantes.

Los historiadores, al referirse a la fundación del Imperio Franco, se remontan a los años 355 y 358 (siglo IV), cuando el emperador Juliano volvió a encontrarse con que las vías fluviales del Rhin estaban en poder de los francos y una vez más tornó a comenzar el proceso de pacificación de esas tribus. Roma les confirió una parte bastante extensa de la Galia Bélgica, momento a partir del cual pasaron a ser una comarca o reino (*foederati*) del Imperio Romano. Una prueba testimonial de esa hipótesis es que aún en Flandes (Bélgica) y Holanda se sigue hablando el holandés, una lengua de origen germánico.

Así las cosas, los francos se tornaron el primer pueblo germánico que se afirmó de manera estable y permanente dentro del territorio romano. Y desde esa región conquistaron paulatinamente la mayor parte de la Galia romana (al norte del Río Loira y al este de la Aquitania visigoda). Actualmente, el Río Loire (en francés) es el más largo de esa nación y pasa por las ciudades de Orleáns, Tours y Nantes; aún conserva en sus riberas numerosos castillos medievales y palacios construidos, posteriormente, en los siglos XVI al XVII, los afamados "Castillos del Loira".

Bajo la égida de Meroveo, quien reinó durante diez años y fue el tercer rey de esa Casa, los francos se habían federado con el Imperio Romano de Occidente y conformaron la Dinastía Merovingia, una familia de estirpe germánica que gobernó la actual Francia y parte de Alemania, entre los siglos V y VIII. Estos pueblos eran, como dijimos, descendientes de Meroveo, mítico jefe militar franco, que da nombre a la dinastía; su primer monarca fue Clodoveo I (466-511).

Una fantasía hecha mito narra que Meroveo nació de la unión de Clodion "el Cabelludo" o Chlodion (jefe de los francos salios y Segundo Rey de esa Dinastía) y el Quinotauro, un monstruo marino, y esta alegoría explica por qué los sucesores del trono de Francia llegarían siempre del mar.

La leyenda refiere que estando su madre embarazada se fue a bañar al mar y quedó seducida por una criatura marina, que llamaban el Quinotauro, que la fecunda por segunda vez; de forma que Meroveo lleva la sangre de los francos y del sobrenatural animal, lo que lo emparienta con las divinidades.

Existen muchas teorías relacionadas con el origen de la Dinastía Merovingia; algunos estudiosos plantean que proceden de las tribus de los sicambros (apodo con que nombraban a los francos), situados en territorios germánicos y que pronto comenzaron a denominarse francos, cuando se desplazaron hacia la zona norte de la actual Francia. El vacío de poder de los césares ausentes, provocado por la invasión de los hunos contra Roma, fue aprovechado por los sicambros para asentarse en Francia y Bélgica, concretamente en las regiones de bosques extensos y colinas de Ardenas (Ardennes, en los países de Bélgica, Luxemburgo y una parte de Francia) y Lorena, creando el reino de Australasia.

Otras explicaban que los merovingios fueron considerados descendientes de Noe, de los troyanos y hasta, como ya se apuntó, se especuló con que tuvieran cierto parentesco con María Magdalena y Jesucristo. Pero sus leyendas y símbolos conforman toda una cosmogonía, donde el oso es una alegoría totémica de culto, que tiene entre sus animales sagrados a la abeja, lo que explica que

muchos reyes, a su muerte, fueran enterrados junto a esos insectos (como sucedió con la tumba de Childerico I) y que otros los usaran, cosidos al manto, durante la ceremonia de coronación.

En su tiempo, los Merovingios fueron considerados la encarnación de la Gracia de Dios y quizás por ello siempre estimularon la búsqueda y creación de vínculos que los emparentaran con Jesucristo y alimentaron la Leyenda del Santo Grial. Ello también le valió que sus descendientes fueran considerados reyes, sin necesidad de ceremonia de coronación, cuando cumplían doce años y aunque nunca gobernaran se podían dedicar a las artes sacerdotales o esotéricas, por lo que se los consideraba reyes brujos o taumaturgos.

Las historias de esa época, recogidas en el libro del cronista galo-romano Gregorio de Tours, autor de *Historia Francorum* (Historia de los francos), que glosa el período hasta el año 594, cuentan que los Merovingios eran reyes melenudos, que creían que su poder residía en el pelo y eran renuentes a cortárselo. Para alimentar las tradiciones, se decía que llevaban una manta a la altura del corazón, que les distinguía del resto de los seres humanos.

Su cultura se caracterizaba por el desarrollo de un arte propio, prerrománico, donde el empleo de la piedra y el ladrillo en las obras arquitectónicas eran muy peculiar. Llevaban a cabo construcciones muy sencillas y se distinguieron más por el desarrollo de la orfebrería; también por sus habilidades para la pintura mural sobre frescos y miniaturas, aunque hoy se conservan muy pocos vestigios de esas destrezas. Su arte se destacaba por un geometrismo decorativo completamente centrado en lo funcional, que se manifiesta en la decoración de los utensilios domésticos y el armamento. Aunque muchos consideran que frente al arte romano, el germano era tosco, no dejaba de lado cierto refinamiento artesanal que lo valorizaba.

Aún cuando llegaron a convertirse al cristianismo mantuvieron, con la anuencia de la iglesia, la poligamia y reservaron harenes de grandes proporciones en las casas y palacios.

Los francos recibieron solo ligeras influencias de la civilización romana y por ello no fueron cristianizados de forma rápida. Incultos y paganos, los campesinos libres dominaron la sociedad, la cual era regida por una pequeña nobleza. Ellos eran el sostén económico de la dinastía e hicieron valer su rol de labriegos para ascender a nivel social. Entonces, el latifundio no era solo una institución económica, sino también social, que atravesaba toda la vida de los habitantes, que eran mucho más que simples colonos de su señor. Estaban obligados, además, a defenderle en tiempos de guerra y eran utilizados como instrumentos, literalmente, para sacarles el máximo rendimiento.

Vida militar

Para ahondar en la vida de las instituciones militares de los francos es preciso adentrarse en las referencias esporádicas y casuales de los historiadores, las crónicas de los monasterios, las canciones populares; en los hallazgos arqueológicos encontrados en las tumbas de los guerreros o en los dibujos de los manuscritos. Se sabe que el ejército franco estaba compuesto exclusivamente por infantería y que sus huestes eran reclutadas de todas sus poblaciones, sobre todo entre los campesinos.

El soldado de ese ejército no usaba ni casco ni armadura. Para su protección llevaba un escudo oval de madera y metal y su principal arma era la intimidante franciscana, un hacha capaz de atravesar e incluso quebrar un escudo o un casco en las manos de un guerrero fornido, y hasta de

rebanar la cabeza de un caballo del enemigo de un solo golpe.

Además, los soldados llevaban al combate una espada de entre 40 y 45 centímetros, y una daga; en ocasiones también empuñaban jabalinas tanto para el combate cuerpo a cuerpo como para lanzarlas a la distancia y mucho se elogiaba su puntería. Eran guerreros de escasa disciplina e instrucción militar (relatan las crónicas que poseían solo básicos conceptos de organización durante la batalla y el arte de la guerra), pero tuvieron mucho éxito debido a la ferocidad de sus ataques masivos y sorpresivos.

Castillo de Chambord, en el valle del Loira. A la vera del río se conserva la mayor muestra del asentamiento estable y permanente de los francos en la Galia romana.

No es sino hasta el siglo VI que el ejército franco incorpora la caballería. Y es en la decisiva derrota en Casilinum (554) cuando el ejército franco fue rodeado y diezmado por los bizantinos, que reconocen la importancia de usarla. En dicha batalla la caballería bizantina se apostó por los flancos y con sus arqueros arremetió frontalmente contra los soldados francos hasta derrotarlos.

A pesar de este descalabro aún se mantenía vivo el mito de las virtudes guerreras de los francos, en tanto era casi imposible olvidar el año 451, cuando Atila, rey de los hunos, había sido derribado por una coalición romana liderada por el *magister militum* Flavio Aecio, un semibárbaro que de niño fue criado entre los hunos y otros germanos, y que por ello conocía al dedillo sus costumbres y maneras de obrar en el campo de batalla. Lo secundaban el rey visigodo Teodorico I y el rey franco Meroveo, y es así triunfaron en la famosa batalla de los Campos Cataláunicos, también conocida como Batalla de Chalons o del *Locus Mauriacus*.

Los cronistas de guerra de ese período narran que el ejército de los hunos, con aproximadamente 100.000 guerreros, avanzó en un frente de más de 150 kilómetros y saqueó la mayor parte de las ciudades de lo que es hoy el norte de Francia. El general romano Aecio preparó para combatirlos un ejército galorromano y marchó contra Atila, que estaba asediando la ciudad de Orleans. En la batalla de los Campos Cataláunicos, las tropas de Atila fueron derrotadas, aunque no destruidas, pero dicho encuentro fue considerado como una de los enfrentamientos más decisivos de la historiografía medieval, ya que habría podido marcar el ocaso de la religión cristiana en Europa occidental, si los pueblos asiáticos hubieran conseguido vencer en esas proximidades de la llanuras de Troyes, en el denominado *campus Mauriacus*. Por otra parte, la batalla de los Campos Cataláunicos fue el primer ejemplo de una coalición de bárbaros y de romanos cristianizados frente a un invasor totalmente extranjero.

Acerca de esa contienda espectral, el escritor neoplatónico y filósofo bizantino Damaskios, glosa en el siglo VI:

> Según se cuenta, lo más sorprendente fue lo que sigue: después que los combatientes hubieron caído, los espíritus de los agotados físicamente continuaron luchando con los brazos y la furia de la lucha tres días enteros con sus tres noches, después de haber dejado la guerra de los vivos. Fueron vistas figuras de sus almas, y se escuchó cómo se desafiaban mutuamente y cómo entrechocaban furiosamente las armas, apagando el ruido de las voces. Se dice que hasta hoy pueden ser percibidas también otras viejas apariciones bélicas de este tipo.

Bajo la tutoría del rey Clodoveo I, fundador de la Dinastía Merovingia e hijo de Childerico I (458-481) y la reina Basina de Turingia, el poder y el influjo del reino franco se acrecentó imparablemente y buscó asiento en la región de Soisson, que se convirtió en la capital de ese reinado.

En el año 486, Clodoveo destituyó a Siagrio, último gobernador romano de la Galia y a partir de ese momento sometió a los alamanes, que habitaban las tierras orientales de sus dominios, en la batalla de Tolviac (496). La leyenda provinciana detalla que pudo derrotar a su enemigo gracias a la invocación a Dios que hizo su esposa, ferviente cristiana. Al calor de esa gloria, e influido por su cónyuge la princesa burgundia Clotilde (posteriormente canonizada como Santa Clotilde), Clodoveo adopta la fe de Cristo, lo que supuso la conversión de todos los francos al catolicismo.

Su alianza con el papado le proporciona muchos seguidores entre los pobladores galorromanos, que lo ayudan a derrotar a los visigodos en Aquitania (batalla de Vouillé, 507) y a los francos ripuarios, fortaleciendo sus pretensiones de convertirse en el líder germano de la Galia, aspiración que concretó hacia el año 509, cuando unificó a los francos, convirtiéndose en el gobernante de gran parte de Europa Occidental.

Con la compañía del Dios verdadero

Durante los siguientes mil años, el reino de los francos fue evolucionando hasta dar comienzo a la actual nación de Francia. En el medio de la historia, ensamblando tradición e innovación, se erigiría la figura de Carlomagno. Cuentan que el Día de Navidad del año 496 fue realizado el bautismo del rey franco Clodoveo, de su hermana y de tres mil de sus guerreros. Todo el camino de la catedral de Reims había sido adornado con flores y guirnaldas, el templo sagrado fue ricamente engalanado y brillaba a la luz de miles de velas en medio de nubes de incienso. Clodoveo estaba tan impactado que le llegó a preguntar a San Remigio: *Santo Padre, ¿este es el cielo?*

En el momento de ser bautizado, dijo al obispo las célebres palabras: *Curva tu cabeza, sicambro; adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste.*

El bautizo de Clodoveo marca el inicio del lazo entre el clero y la monarquía francesa, vínculo que perdura hasta inicios del siglo XIX. A partir de Clodoveo, el soberano francés que gobierne lo hará en nombre de Dios y solo sus descendientes podrán pretender el trono.

Durante su reinado también es de remarcar la promulgación, en el año 1317, de la "ley sálica", que regulaba la sucesión al trono. Uno de sus artículos establecía la prohibición de que una mujer heredara la corona de Francia y fuera legataria de tierras. Dicha norma se mantuvo hasta el siglo XII, en que desaparece el reino de los francos y con él sus leyes. Este código disponía sobre asuntos no solo de herencia, sino también de crímenes, lesiones, robos, etc. Y fue una legislación que cohesionó

a las diversas etnias y grupos que formaron el reino de los francos e intentó llevar cierta racionalidad a la anárquica vida de esos pueblos.

Con su accionar militar, Clodoveo unió a los francos salios, del norte del Rhin, con los francos ripurarios, del bajo Rhin, y ya en el año 506 logró someter a los alamanes, que formaban parte de la confederación de tribus germánicas. Clodoveo convirtió a París en la capital del reino franco, el cual abarcaba entonces la mayor parte de la actual Francia y el suroeste de Alemania. Para entonces, ya había expulsado a los visigodos de tierras galas, fundado la Iglesia Católica de las Galias y obtenido el apoyo del emperador bizantino que lo hizo delegado en Occidente.

Al morir repentinamente en París, el 27 de noviembre de 511, a los cuarenta y cinco años de edad, y de acuerdo con la costumbre salia, deja repartido su *Regnum Francorum* entre sus cuatro hijos (Childeberto, Clodomiro, Clotario y Teudorico) quedando seccionados sus dominios en Austrasia, Neustria, Burgundia y Aquitania. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Genoveva, que él había mandado construir. Allí permaneció su sarcófago hasta que los rebeldes, durante la Revolución Francesa, lo profanaron y esparcieron sus restos, destruyendo también el exquisito santuario.

En la repartición de la herencia, Childeberto obtuvo Neustria y fijó su capital en París; Clodomiro gobernó la zona del Loira medio, con capital en Orleáns; a Clotario correspondieron las tierras del Escalda y del Mosa y estableció su capital en Soissons; y Teuderico administró Austrasia, desde Reims. Los cuatro vástagos guerrearon entre sí, se disputaron los territorios y dilapidaron el patrimonio de su padre, sin poder conservar la unidad que Clodoveo había dado al imperio franco.

Clotario, el hijo menor de Clodoveo y Clotilde, convertido en Rey de Neustria (511-561), Rey de Orleans (532-561), Rey de Borgoña, compartido con su hermano Childeberto (534-558), y monarca de Austrasia y de París, con muchas ambiciones personales, se propone volver a unificar el reino de su padre bajo su salvaguardia y valiéndose de un sinnúmero de argucias (conspiraciones palaciegas, asesinatos de los herederos de sus hermanos, casamientos con las viudas, etc.). Y, sobre todo, Clotario se valió de campañas militares. Así consigue su objetivo en el año 558, pero a su muerte estos reinos volvieron a separarse. Durante los siguientes dos siglos los descendientes francos compartieron la corona, no sin dejar de aflorar los conflictos por el trono y el reparto de las riquezas, antagonismos muy propios de esa época medieval.

El imperio franco

El imperio franco se expandió mucho más bajo el reinado de los herederos de Clodoveo, llegando a cubrir la mayor parte de la actual Francia, y extendiéndose hacia regiones como el este del Río Rhin, tales como Alemania (el actual sudoeste) y Turingia, desde 531. Sajonia, en cambio, permaneció fuera de las fronteras francas hasta ser conquistada por Carlomagno, siglos más tarde. Tras la reunificación temporal de los reinos, separados bajo la égida de Clotario, los territorios francos volvieron a dividirse en Neustria, Austrasia y Borgoña, que habían sido adjudicados a los francos por intermedio de herencias, matrimonios e invasiones.

Aunque se ha hablado profusamente de la conversión al cristianismo de los francos merovingios y de su interrelación con el catolicismo más ortodoxo, lo que les dio mucha estabilidad como reino, este equilibrio, empero, no se extendía a la vida cotidiana. La introducción de la práctica germánica de recurrir a la violencia para solucionar disputas y conflictos jurídicos sembró la anarquía social, al

ser asimilada como práctica en el Imperio Franco.

Todo ello repercutió negativamente sobre el comercio, que se vio interrumpido ocasionalmente, trajo consigo la fragmentación y la aparición de asentamientos sociales en villas o comarcas periféricas, lo que creó nuevas desavenencias, peleas y conflictos intestinos e intrigas palaciegas.

Con excepción de los propietarios, todos los hombres y mujeres que vivían en el dominio de una corte o una villa eran considerados ya siervos o semisiervos. No es menos cierto que entonces la esclavitud había desaparecido, pero aún se advertían señales de ella, (como refiere Henri Pirenne, en *Historia económica y social de la Edad Media*), en la...

> …condición de "servi-quotidiani", de los "mancipia", de quienes hasta la persona pertenecían al Señor, que hasta ejercía sobre ellos el poder judicial en su jurisdicción. Se dedicaban a su servicio y eran mantenidos por él.

Clodoveo I, rey de los francos. Su conversión al catolicismo, y el posterior bautismo, marcaron el inicio de un fuerte lazo entre el clero y la monarquía francesa.

Entre estas poblaciones de su reserva, reclutaban a los pastores, carreteros, cerveceros y obreros de ambos sexos para trabajar en los "gineceos", que eran talleres de la corte dominial en los que se tejían hilos y lanas para confeccionar los vestuarios del señorío.

En tanto, en los entresijos monásticos se había afianzado, en medio de una población *dominial*, una clase privilegiada, en su mayoría de viudas de origen libre, que dependían de las abadías y habían otorgado a estas la propiedad de sus tierras, a condición de conservar su usufructo.

También había siervos que poseían un pequeño lote de tierra y contrataban a obreros agrícolas. Cada agrupación dominial formaba una unidad judicial y también religiosa. Los señores se habían hecho construir, próximas a sus principales cortes, una capilla o una Iglesia, a las que dotaron de tierras y en las que ellos mismos nombraban al párroco. Ello explica el gran número de parroquias rurales, que perpetuaron las fronteras de muchas posesiones en la Edad Media primitiva.

La alfabetización en esa época era prácticamente nula y solo tenía lugar en monasterios, abadías e iglesias. Las tierras y los reinos, a la muerte de sus dueños o señores, eran divididos entre sus descendientes y todo ello provocaba divisiones, reunificaciones, asesinatos familiares y guerras fraticidas entre jefes rivales de importantes familias merovingias, en una sociedad donde la venganza era un paradigma aceptado en el imaginario colectivo y la anarquía se enseñoreaba, amparada por

las luchas tribales y la violencia que aún subsistía.

Las promovidas relaciones entre la Iglesia y el Imperio Merovingio nunca fueron, en verdad, buenas; las pugnas existentes pueden buscarse en una razón primordial: el 90 por ciento de los hombres letrados, entre los años 600 y 1100, recibieron su educación en escuelas monacales y ello profundizó el cisma entre la sociedad sin estudios y las clases más cultas en cuanto al lugar y el protagonismo de la religión cristiana en sus vidas.

Clotario y los suyos

Al llegar a la corona, Clotario II (584-629), reunificó el reino franco, después de un sinnúmero de guerras civiles y muertes familiares, que harían tediosa la enumeración. Las fronteras de sus dominios se extenderían desde los Pirineos hasta Frisia y desde el océano Atlántico hasta el Río Meno (en alemán Río Main), de 524 kilómetros de longitud, que atraviesa Baviera, Baden-Wurtemberg y Hesse y la comarca vitivinícola de Franconia.

Su investidura tiene lugar en el año 613 como Rey franco; bajo su gestión tuvo lugar un concilio de obispos y una asamblea de notables, que regulaban las primeras relaciones del rey con sus súbditos o vasallos. A su muerte deja en el trono de Austria a su hijo Dagoberto I, quien gobernó hasta el año de su muerte acaecida en 639. Sería el último verdadero monarca merovingio. Su gobierno estuvo caracterizado por la edificación de numerosos monasterios y el robustecimiento del poder monárquico. Alrededor del año 632 había puesto Borgoña y Aquitania bajo su soberanía, convirtiéndose en el más poderoso de los reyes merovingios y en el monarca más respetado en el Occidente.

Ya en los finales del siglo VII, el merovingio *Regnum Francorum* se encontraba en pleno ocaso, desprestigio, minado por las guerras civiles y las luchas de poder; los señores de esa dinastía gobernaban sobre unos territorios que en su máxima extensión, bajo la égida de Dagoberto (629-639) se extendían por la Galia, parte de Renania, Alemania, Turingia y empezaba a hacer notar sus acciones en Frisia, Sajonia y Baviera. Este será el reino franco en la época inmediatamente anterior al ascenso Carolingio. Al frente de ese reino se encontraba Dagoberto, heredero de Clodoveo, que apenas gobernaba en tanto había abdicado sus funciones en el mayordomo de palacio (*major domus*), quien estaba secundado ya por la nobleza.

Los mayordomos eran unos funcionarios del reino de los francos, al abrigo y cobijo de "reyes holgazanes", llamados de esa manera porque se despreocupaban de la gestión administrativa y de la implementación de políticas de la casa real. Debido a esta pereza monárquica (debe considerarse que muchos reinos tenían soberanos adolescentes o muy jóvenes, sin experiencia de mando) son los mayordomos de palacio los encargados de asumir los poderes administrativos y militares, conformando un poder paralelo a los verdaderos monarcas, ejerciendo verdaderamente las funciones de gobierno. Suceso por demás nada extraño, dada la confusión "bárbara" entre real casa y reino, paralela a la existente, en ese momento, entre tesoro privado del rey y tesoro del reino o hacienda pública.

El punto de partida de esta ampliación de poder (¿o dualidad?) está en lo heredable del cargo. De ahí que esta dinastía de mayordomos empieza a afianzar sus fuerzas a pasos agigantados. Entonces, el reino Merovingio se encontraba dividido en tres partes: Austrasia, Neustria y Borgoña, al frente de

las cuales se ubicaba un *rey faineant* o rey holgazán.

Despunta un nuevo poder

En el extremo oriental, en Austrasia, surge la impetuosa familia Carolingia, que conserva de forma exclusiva la posesión del cargo de *major domus* durante más de cien años y gobierna como monarca, si no de forma nominal, sí en la praxis, dando origen a la Dinastía Carolingia. Apoyándose en la nobleza de Austrasia, que intentaba sustraerse del control real, el mayordomo Pipino de Heristal se hizo con el poder del reino franco.

Es acertado apuntar para arrojar más luz sobre el tema que los carolingios eran una familia originaria de Lieja, y ostentaban el mencionado título de Mayordomos de Palacio, de rango imperial, obtenido en pugna con otras familias nobles. Uno de sus miembros, Pipino de Heristal, en el año 687, extendió sus dominios a Neuchátel, al deponer a los gobernantes de Neustria (la parte Occidental) y de Borgoña, y se instauró como mayordomo de un reino franco unificado. Posteriormente, un hijo ilegítimo suyo: Carlos Martel, repelió la invasión musulmana en una decisiva batalla que tuvo lugar entre Poitiers y Tours (732) ampliando las fronteras hacia el Este.

Dichas contiendas bélicas dieron prestigio a la familia, que ya controlaba la Aquitania y la Provenza, y recibió el consentimiento del resto de la nobleza franca y del papado. Fue así como Pipino el Breve pudo coronarse rey de los francos, en 751. Al morir, en 768, le sucedió en el poder su hijo Carlos I, conocido como Carlomagno, quien el 25 de diciembre del año 800, durante la misa de Navidad, fue coronado por el papa León III como emperador de los romanos, "rey de los francos por la gracia de Dios", en la Basílica de San Pedro, ubicada en Roma.

La escena que ha sido reproducida por artistas de la época en varios cuadros y recogida en algunas crónicas revela que Carlomagno se arrodilló para orar frente al altar mayor de la basílica, bajo la cual reposan los restos de San Pedro y San Pablo, y el Papa le colocó en la cabeza la pesada corona haciéndole una reverencia formal como la que se acostumbraba en la antigüedad para saludar al Emperador y lo ungió, mientras los romanos estallaban en grandes aclamaciones, que repitieron por tres veces:

> ¡A Carlos Augusto, coronado por Dios, emperador poderoso y pacífico, larga vida y victoria! (Carolo, piisimo Augusto a Deo coronato, pacificio magno et pacificio Imperatori, vita et victoria).

Pipino el Breve. Fue el primer rey franco de la Dinastía Carolingia. Su poder militar y su capacidad política para negociar con la Iglesia resultaron decisivas para su ascenso al trono.

En la ceremonia, Carlos recibió además, el sello real, que tenía tallado en su interior una frase: *Renovatio Imperi Romani*.

El título de *imperator romanorum* de Carlomagno, quien durante su vida llegó a confundir la fidelidad al Estado franco con su devoción y lealtad por Dios y puso todo su poder, carácter y fervor en función de la fe católica, fue ostentado en lo sucesivo por los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, hasta inicios del siglo XIX. La actual Francia, que toma su nombre de los francos, corresponde aproximadamente al territorio franco del Imperio de Carlomagno.

Nacía el aura de un hombre extraordinario.

2

Dinastía y primeros años de un líder

El cuerpo humano es el carruaje; el yo, el hombre que lo conduce; el pensamiento son las riendas, y los sentimientos son los caballos.

Platón

La Dinastía Carolingia estaba conformada por una vigorosa familia franca que impuso su autoridad en la escindida Galia, de finales del siglo VIII y principios del IX, dando origen al nacimiento del Imperio Franco Carolingio, que se extendía desde los Pirineos hasta el mar Báltico. Esta dinastía comenzó por ensanchar sus poderes progresivamente por Germania Occidental, Italia septentrional y la región pirenaica de la península Ibérica; consolidó el poder papal en Roma y detuvo la presión de los árabes en el sur de Francia.

Entre los años 775 y 825, el reino carolingio alcanza su máximo esplendor, cuando consigue cohesionar al mundo germánico con la civilización romana. En ese momento se da un hecho político de singular relieve para Occidente: el nacimiento de una dinastía basada en un pacto con el poder religioso.

Como expresara el historiador chileno Luis Rojas Donat, en un artículo en la *Revista de Estudios Históricos y Jurídicos*, N$^{ro.}$ 26, de 2004, de la Universidad de Valparaíso:

> …esta dinastía había estado vinculada a los descendientes de Clodoveo desde principios del siglo VI. Pertenecían, pues, a un linaje que ostentaba el más importante de los prestigios dentro del universo cultural germánico: la capacidad combativa y victoriosa. A esto se agregaban otros elementos que la enaltecían, como la convicción popular de que dichos reyes tenían la capacidad de curar ciertas enfermedades. La ausencia de vinculaciones matrimoniales con la aristocracia franca la ponía por encima de las grandes familias del reino, otorgándole una independencia frente a las posibles influencias aristocráticas, todo lo cual resultaba muy importante para este preciso momento. La profundidad de sus raíces podían rastrearse en sus orígenes míticos, en un personaje epónimo llamado Meroveo, que habría sido engendrado por un monstruo marino, una especie de Minotauro, según la leyenda mencionada por el cronista franco Fredegario. Para un pueblo todavía sumido en un fondo de creencias paganas bajo la superficial y débil capa de cristianismo, estos elementos mágicos tenían una gran importancia y ejercían un efecto poderoso en la mentalidad primitiva de los francos, porque el rey era el portador de la salvación y la salud del pueblo, garante tanto de la armonía cósmica como también de la paz. Todas estas virtudes estaban directamente vinculadas a la sangre merovingia, cualidades esenciales que se representaban exteriormente en las largas melenas que solían ostentar los monarcas. Todo ello, no podía contrarrestarlo solamente el poder de las armas y la ambición de los recientemente encumbrados carolingios.

Este capítulo histórico, repasemos, comienza cuando los monarcas merovingios empiezan a dar excesivo poder a sus mayordomos (*major domus*, "cabeza de la casa" en latín) para controlar y dirigir sus dominios y algunos de ellos los emplean para adjudicarse el control de territorios enteros. Ya entonces existía una mirada cáustica y casi satírica sobre estos reyes y su decadencia, presunciones que son confirmadas por Eginardo, quien posteriormente sería el biógrafo de Carlomagno, pero tempranamente ya opinaba de esta manera:

> No le quedaba al rey más que el nombre, sus largas melenas y su luenga barba. Sentado en el trono, daba audiencias y contestaba a sus embajadores con respuestas que le habían hecho aprender. El mayordomo pagaba al rey una pensión, le conservaba el título de monarca y le permitía vivir en una pequeña residencia con unos pocos servidores. El rey viajaba en el

histórico carro de los antiguos caudillos francos, tirado por bueyes, que mejor parecía la carreta de un campesino que el carro real.

Pipino y Carlos Martel

Pipino de Heristal (635-714), mayordomo de palacio de Austrasia, promueve la reunificación de los territorios francos, en el final del período Merovingio e inicia la carrera de la Casa de Heristal hacia el trono y el predominio de la más germánica y renana Austrasia sobre toda la Galia Franca.

Nieto de Pipino el Viejo, accede en el año 680 al mismo cargo que había tenido su abuelo en el reino de Austrasia y ya en el 687 controlaba los dominios carolingios de los reinos francos de Neustria y Borgoña, pero mantenía a los reyes de la Dinastía Merovingia como simples estampas decorativas en las tres posesiones.

Con el nombramiento de Duque de Austrasia, dos años después, extiende su soberanía sobre los frisones, pueblo que habitaba en la costa del mar del Norte. A su muerte se produce una guerra civil y la sucesión recae en su hijo ilegítimo: Carlos Martel (688-741), apodado "El Martillo" (en latín, *Carolus Martellum*), en referencia a la ferocidad demoledora con que empuñó esa arma favorita en las contiendas contra los árabes en las Galias Centrales.

El monarca carolingio del reino de los francos Carlos Martel sostuvo diversos enfrentamientos bélicos contra alamanes, bávaros y sajones, pero sus mayores proezas militares fueron contra los musulmanes, procedentes de la península Ibérica, que invadieron Francia en el año 732. Sus tropas, dirigidas personalmente por él, les infringen una cruenta derrota cerca de Poitiers, en una contienda en la que muere el jefe musulmán, Abd al-Rahman ibn 'Abd Allah al-Gafiqi, el emir del califato andalusí.

Esta capitulación logra frenar el avance de los aires islámicos, que tanto alarmaban y preocupaban al cristianismo. Ya en el 739 detiene en Aquitania a los musulmanes que intentaron avanzar por territorio francés buscando alcanzar Lyon, poniéndoles límites a las posesiones islámicas en Europa en el Río Aude, ubicado al norte de los Pirineos.

En ese período ya estaba conformado un Estado papal en Italia, pero el máximo prelado precisaba de un aliado fuerte para tratar con sus enemigos, y atrae a Carlos Martel utilizándolo como punta de lanza para derrotar a los lombardos. Este resistió a los lombardos y aceptó interesadamente el apoyo ofrecido por el papado, convirtiéndose en el adalid de la cristiandad en el oeste. Pero luego dejó a su heredero, su hijo Pipino, la tarea de consolidar y clarificar una alianza duradera con la Iglesia.

Batalla de Poitiers, de Charles de Steuben, se libró en octubre de 732. (Museo del castillo de Versalles, Francia)

El prestigio de los verdaderos gobernantes de Francia se acrecentó cuando Carlos Martel venció a los enemigos exteriores, en particular a los árabes, en el mencionado año 732. Las protestas de la Iglesia, cuyas extensas propiedades fueron especialmente incautadas para alimentar a los caballeros que afrontaron el peligro musulmán, fueron apaciguados por las hábiles disposiciones legales y el sentido de cruzada que el propio clero atribuyó a las victoriosas expediciones del mayordomo de palacio Carlos Martel y sus sucesores.

Entre Pipino y San Bonifacio

Hay que pensar, para tener una idea del escenario histórico y de intereses en que se vivía, que en la primera mitad del siglo VIII la inestabilidad de Italia se transforma en un inconveniente complicado para el papa Gregorio III. Los lombardos estaban superficialmente cristianizados, pues tenían un fuerte sustrato pagano mezclado con un conjunto de doctrinas cristianas heterodoxas, denominadas arrianismo, que consideraban que Jesús de Nazaret no era un Dios sino una criatura mortal. Por ello esas ideas eran vistas como una herejía por la Iglesia. Esos lombardos miraban con muchos deseos expansivos el centro de la península.

Los reyes lombardos deseaban someter a toda Italia bajo su égida y doblegar a la aristocracia. Los ducados dependientes de Spoleto y Benevento son sometidos y el Exarcado de Rávena, circunscripción que representaba en Occidente al Imperio bizantino, va quedando cada vez más aislado.

Liutprando (rey de los lombardos del 712 al 744) decide invadir el Ducado de Roma y se apropia de cuatro castillos que eran cardinales estratégicamente.

En tanto, Carlos Martel había conseguido entrenar y disciplinar a la infantería franca, formada mayoritariamente por vasallos que habían recibido algunas propiedades a costa, principalmente, de tierras eclesiásticas y reales. A ese ejército agradecido, Martel lo convirtió en una “muralla” sólida

capaz de soportar una carga frontal enemiga, repelerla y mantener la formación sin dispersión alguna. Su estrategia puramente defensiva en la batalla de Poitiers (también conocida como *contienda de Tours*) tiene un éxito extraordinario. Manteniendo esa pared de infantería inflexible y cerrándoles el paso a los árabes, éstos terminaron derrotados y desmoralizados militarmente.

Ese combate es crucial para comprender el desarrollo de las instituciones militares en la Edad Media y es materia de estudio de muchos ejércitos terrestres del mundo. Por su parte, el método utilizado de entrega de tierras para satisfacer a los vasallos se extendió con rapidez a lo largo del Imperio Franco y fue la génesis del desarrollo y crecimiento del feudalismo en Europa Occidental.

A su muerte, en el año 741, Carlos Martel, abuelo de Carlomagno, ya era estimado como protector de la Iglesia, por su respeto hacia la legalidad (al mantener la tolerancia con un monarca que no ejercía de hecho sino de derecho y nunca autoproclamarse rey) y por sus actividades misioneras entre las tribus germánicas. Entonces, el reino quedaba dividido entre sus dos hijos. El mayor tendría, en ese momento, unos veintisiete años; se llamaba Carlomán. El menor de veintiséis años, era conocido como Pipino el Breve, apodado de esta manera por su baja estatura.

Poco antes de morir, Carlos Martel había determinado que Carlomán gobernaría Austrasia (antigua Franconia) y toda la Aquitania (excepto el rincón sudeste) como Mayordomo de Palacio, mientras que Pipino se encargaría de Neustria con el mismo título y como corregente. Eran un total de ocho dominios, algunas dependencias autónomas pobladas por varias razas y con diferentes códigos de ley.

Posteriormente, en el 747, Carlomán, en una decisión sorprendente, resuelve abdicar la mayordomía abandonando los asuntos profanos. Por ello se dirige a Roma, donde el Papa Zacarías le concede las órdenes religiosas y lo recluye en el monasterio del Monte Soracte, para permanecer después hasta el final de sus días en el de Montecasino.

Aunque tal voluntad en ese momento fue calificada por los cronistas de la época de "espontánea", se habló también de ciertas presiones de su hermano Pipino para quedarse como gobernador indiscutido de todo el reino franco y actuar como único *major domus*. Se especula, además, con la idea de que era plausible que el apóstol de los germanos, San Bonifacio inculcara la idea de la vida monástica en la cabeza de Carlomán, siguiendo instrucciones de Pipino, quien se afirmaría en adelante como un hábil político y mejor negociador.

Pipino: un hombre de recursos

Sobre él dice el historiador y novelista norteamericano, Harold Lamb, en su obra *Carlomagno*:

> Pipino, el intrigante, actuaba con más cautela, evitando la batalla abierta y reforzando el vínculo con la sede de San Pedro. El monarca pretendía convertir el corazón del reino franco en un foco de autoridad entre las tierras fronterizas paganas y los centros de tenue cultura de la Aquitania y la Lombardía, y proclamó hábilmente que quienes se instalaran en territorio de los francos procedentes de otras tierras, podrían conservar sus propias leyes.

Con la intención de seguir la estrategia de su progenitor, Pipino el Breve mantuvo buenas relaciones con San Bonifacio (que pasó a la historia como "aquel que hace el bien"), vínculos que se materializarían no solo en la protección a los misioneros en el interior de Germania, en la ayuda financiera inicial que da a la abadía de Fulda y al obispado de Bûraburg, creados por dicho pontífice, y en el apoyo a las medidas de reforma, sino también en algo con mayor proyección de

futuro. Gracias a San Bonifacio (680-754), los carolingios tomarían contacto directo con los papas. En esa mancomunión está la clave del nacimiento de un nuevo mundo, que inició Pipino y organizó, posteriormente, su hijo Carlomagno y el comienzo de la connivencia entre dos poderes: el Papado y la nueva Dinastía Carolingia.

Las luchas de Pipino el Breve contra musulmanes; su liderazgo en pos de aplacar una nueva rebelión de Aquitania, zona del reino convulsa por sus grandes aspiraciones personalistas; su quehacer para liberar al Papa de los lombardos, quienes ahora pretendían conquistar Roma, y su trabajo para establecer la base temporal de la Iglesia durante la Edad Media, al donar al Pontífice parte de los territorios conquistados a los lombardos de Italia, le granjearon el respeto de todos y principalmente de la Iglesia, que andaba a la búsqueda de un aliado poderoso.

Solo toleró Pipino el Breve ocho años la tentación de mantener la quimera de un monarca que no ejercía de hecho en la práctica y seguir siendo *major domus*. En el 749 le envió al Papa Zacarías una embajada para preguntarle si estaba bien que fuese rey de Francia quien ahora no ejercía el poder real. El papado había esperado durante siglos una pregunta que, como esta, le permitiera consagrar un aliado en el centro de Europa.

Su respuesta inmediata homologó el golpe de estado de Pipino y ofreció las bases jurídicas para apoyar sus pretensiones al trono. El Breve estaba respaldado en su "derecho divino" a integrar las filas monárquicas. "Es preferible proclamar rey a quien detenta el poder de hecho antes que al que lo tiene solo de nombre", le respondió de algún modo el prelado.

Estimando suficiente la proclamación, un arzobispo dispuso la unción del nuevo monarca, el 28 de julio de 754, en la basílica de Saint Denis, donde el Papa Esteban III consagró a Pipino y le confirió los títulos de Rey de los Francos y *Patricius Romanorum*, honores que hasta entonces otorgaban los emperadores de Constantinopla. En la misma ceremonia fueron consagrados su esposa Bertrada y sus dos hijos, con lo cual quedaba legitimado el linaje familiar y comenzaba a estrecharse el lazo de continuidad entre la unción realizada a los reyes del Antiguo Testamento y a los de la nueva dinastía, que tendría su cenit en la persona de su hijo Carlomagno.

Ese sacramento ponía fin, de manera oficial, a la dinastía Merovingia y legalizaba el advenimiento de los Carolingios al poder.

Por su parte, Pipino se comprometía a atacar a los lombardos por la retaguardia para obligarlos a respetar a Roma, en pago por los servicios prestados por el sumo pontífice.

Frente a los antiguos reyes descendientes de la Casa Merowing (Merovingia), cuyo tronco se ubicaba en el legendario dios del mar y que habían sido elegidos por la voluntad de los francos, los mayordomos de la dinastía que Pipino inaugura son presentados como ungidos del Señor y reyes por la Gracia de Dios (*Rex Dei Gratia*). Se consolida así la coalición incondicional de la monarquía y el Papado. Apartir de esa oportunidad, el derrotero de los carolingios se vislumbra sin grandes nubarrones que entorpezcan el sendero. Carlomagno estaba por convertirse, durante casi cincuenta años, en el más grande de los gobernantes carolingios, demostrando en la práctica que tenía excelentes cualidades para seguir el derrotero trazado por su progenitor.

Para despejar cualquier equívoco, Childerico III (714-755), último rey franco, ya solo nominal, de la Dinastía Merovingia, es destronado por Pipino el Breve y enviado al monasterio de Saint Bertin, donde es rapado, perdiendo con su melena la aureola casi milagrosa que lo sostenía en el trono, según los ritos de esas etnias. Allí permaneció hasta el final de sus días.

Con el ánimo de convalidar jurídicamente esta nueva situación, el papa Esteban II en un encuentro

que tiene con Pipino en el Palacio Real de Ponthion exhibe un documento que el emperador romano Constantino el Grande sanciona y que pasa a la historia con el nombre de la Falsa donación de Constantino (*Donatio Constantini*), donde el primer emperador cristiano otorga a los papas amplios poderes sobre Roma, algunas provincias del centro de Italia y el resto de Occidente. De esta manera la curia romana consolida un importante peldaño en sus ambiciones espirituales y económicas.

Dicha promesa de restitución, creada artificialmente, se transfigura en una real donación cuando Pipino el Breve hace entrega territorial, como sede apostólica, del Exarcado de Rávena (que representó el poder del emperador bizantino en Italia desde el siglo VI hasta el año 751) y la Pentápolis, nombre que en su época se le dio a los territorios de Italia, que estaban formados por las ciudades de Rimini, Pesaro, Fano, Senigallia y Ancona.

Junto a esa "pequeña" dádiva de Pipino, y las que hará su sucesor Carlomagno (en 771 y 778) se considera que se ubican los cimientos jurídicos de un nuevo Estado que los renuevos pontificios llaman *Sanctae Ecclesiae Respublica*, facultado para asegurar el poderío mundial del Papa sobre toda la cristiandad.

La donación de Pipino el Breve al papa Esteban II. La íntima alianza entre el rey y el sucesor de Pedro les deparó a ambos invalorables éxitos políticos.

Con este Gobierno y la propiedad de estas posesiones (denominados hasta 1870 Estados Pontificios), los papas comenzarán a detentar la investidura que tiene cualquier mandatario político. Los recursos económicos que precisaba la Iglesia para vivir los recibe, además, cuando Pipino, en otro gesto de retribución hacia la cristiandad, decide compensar la expoliación que su padre había infligido a la institución eclesial y ordena que, en adelante, los propietarios de tierra del reino paguen obligatoriamente el "diezmo" a la Iglesia. En virtud de ello, debían entregar, con carácter de donativo, la décima parte de sus ganancias.

Según coinciden en apuntar algunos historiadores, como el profesor chileno, Luis Rojas Donat, en el ensayo ya citado, el emperador Constantino con este documento, que tiene carácter de diploma imperial:

> …toma la decisión de concederle (a la Iglesia) el poderío, la dignidad y los medios necesarios, otorgándole la primacía sobre las cuatro sedes principales de Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén. A esto se agrega el palacio imperial de Letrán y la iglesia de San Pedro en el Vaticano; el derecho a que el Papa lleve diadema y las insignias imperiales: clámide de púrpura, túnica

escarlata, atrio y bastón de mando; derecho a ser acompañado de una escolta de caballeros similares a la del emperador; derecho y poder para crear patricios y cónsules; y finalmente, la más importante concesión, la soberanía sobre Roma, Italia y todo el Occidente.

En este acto normativo deberemos buscar, sin dudas, la piedra fundacional de los Estados Pontificios y sus poderes *in secula seculorum*.

Carlos, el Grande: realidades y leyendas

A la muerte del rey Pipino el Breve, el 24 de septiembre del año 768, en París, víctima de una hidropesía, el gobierno de sus reinos se divide entre sus dos hijos, como correspondía a la inveterada tradición franca.

La división de estos dominios era en sí misma un impedimento para el surgimiento de un poderoso reino franco, tal como Carlos I el Grande (Carlomagno) lo necesitaba para lograr la unificación del continente cristiano. Carlomagno y Carlomán I reciben la herencia de su padre, el Rey de los Francos. La Asamblea General de los Francos proclama monarcas a ambos descendientes de Pipino, con la condición de repartirse equitativamente los mandos de su progenitor.

Los dos aceptan, a pesar de que los partidarios de Carlomán tienen intenciones de romper esa alianza familiar para quedarse con la mayor parte de la herencia y los territorios gobernados, lo que provoca algunas desavenencias y conflictos por el poder entre los hermanos. Esta situación se ve zanjada con la muerte de Carlomán, en diciembre del año 771, tras tres escasos años de reinado, acontecimiento que evita una guerra entre los partidarios de los dos soberanos y le abre las puertas a Carlomagno para cumplir sus más afiebrados anhelos.

Si bien Carlomán tenía dos descendientes, la ley franca de sucesión no hacía ninguna preferencia por los hijos o por los hermanos; dejados a su propia acción, los vasallos francos, ya sea por el temor que el nombre de Carlomagno inspiraba o por el amor que se le profesaba (la historia habla de ambos sentimientos), lo aceptan como su rey.

Pero ya en ese momento eran tales las disputas familiares, que Carlomagno había decidido en venganza, no respetar los supuestos derechos a la corona de sus dos sobrinos: Pipino y Siagrio (luego obligados por él a ejercer los hábitos eclesiales) y de la reina Gesberga, (su cuñada) y los declara personas no gratas en la corte franca.

Estos, junto a sus seguidores, se ven obligados a huir a la corte lombarda de Pavía, en Italia, bajo la salvaguarda del rey, Desiderio (que reinó entre el 757 y el 774). Hay que apuntar que Desiderio era padre de la viuda de Carlomán y además de la esposa de Carlomagno. Después de este incidente, Carlomagno es nombrado único rey con el consenso de todos los francos.

Vale señalar, para una mejor comprensión, que antes de este suceso, ya astutamente, por conveniencia política para reconciliarse con los longobardos e influencia de su madre, la reina Bertrada, Carlomagno se había desposado con la otra hija de Desiderio, la princesa Ermengarda (conocida como "la Deseada"), en el año 770. La repudió tras dos años de enlace, después de que su padre consintiera en otorgarle asilo en su territorio a sus sobrinos y a la heredera de su hermano. Este gesto termina por romper la alianza entre el rey longobardo y Carlomagno, siembra resentimientos de ambas partes y sienta las bases de las hostilidades futuras, que terminan en contiendas bélicas.

Una vez que es convertido en rey único de los francos, Carlomagno inicia lo que sería su principal misión en los primeros años de reinado: proteger los dominios papales de los ataques foráneos y llevar las ideas cristianas a otros territorios, campaña que desarrolla durante treinta años valiéndose de todos los recursos a su alcance, no importándole en demasía que en esa misión se derramara la sangre de muchos pueblos.

Pero, antes de adentrarnos en este capítulo de la vida de este guerrero, emperador y apóstol, es oportuno hacer un retroceso en el tiempo y hablar del Carlos niño y de la educación que recibió de sus padres Pipino el Breve y la reina Bertrada (la "Berta de los grandes pies" y las canciones de gesta, perteneciente también a la familia Merovingia), pues ello tiene mucha influencia en su accionar y en las numerosas posturas cotidianas que mantuvo de adulto.

Carlomagno: el niño

Son escasamente pródigos, en cuanto a detalles, los registros acerca de la infancia y adolescencia de Carlos I el Grande. Estos primeros años de vida han quedado en la bruma de la historia. No por gusto, su principal biógrafo y secretario en la Corte Eginardo, en su libro *De vita et conversatione Caroli Magni*, ha confesado que de estos años iniciales pocas noticias sobrevivieron. Así advierte:

> De su nacimiento, de sus primeros años y aún de su infancia sería absurdo que yo quisiera hablar, porque ningún autor lo trata y no se encuentra hoy a nadie que se diga informado de este período de su vida.

Sí se sabe (por los *Anales*, que son documentos de carácter cronístico que describen año por año los reinos y las Capitulares, pequeños repasos de leyes administrativas, que escribían los monjes copistas) que sus padres fueron el rey Pipino el Breve y la reina Bertrada (hija de Cariberto, conde de Laon). Hay muchos desacuerdos, incluso, en relación con la fecha y lugar de su llegada a este mundo. Algunos refieren el 2 de abril del año 742 (otros hablan del 748), en la ciudad de Aquisgrán, Aix-la-Chapelle, (en la actual Alemania); otros apuntan hacia Lieja; Ingelheim; las ciudades cercanas a las riberas francesas o en algunas de las mansiones reales frecuentadas por sus padres, en tiempos de sosiego o caza, como el castillo de Salzburgo, en Baviera.

Se ha especulado mucho alrededor de si Carlomagno era o no un hijo ilegitimo, pero sí se conoce que sus progenitores formalizaron casamiento en el año 749; antes de ese momento, Bertrada era la concubina favorita de Pipino, por lo que Carlomagno debe haber nacido con anterioridad al lazo matrimonial, como era una práctica entre los romanos de la época, luego asimilada por el mundo germano.

Incluso se comenta que la presencia de Carlos en el altar de bodas, durante el casamiento de sus progenitores, motivó las chanzas del pueblo, que lo seguía considerando el hijo de una amante, una aventura del silencioso Pipino, que formalizaba ante la vista de sus súbditos su romance.

No obstante, Carlos fue ungido para ocupar el cargo real siendo aún niño, con casi diez años, cuando en el año 754 el papa Esteban III viajó por los Alpes, con destino a Aquisgrán, con el propósito de reconocer la dignidad real y ungir con el óleo real a Pipino el Breve, y a sus hijos Carlos y a Carlomán, en la Abadía de Saint-Dennis.

El Papa, luego, proclamaría entre los francos cristianos el mandato de que ellos nunca debían escoger a sus reyes de alguna otra familia, so pena de ser excomulgados por la Iglesia por

considerarse aquello pecado mortal. Y como se sabe, la monarquía era electiva entre los miembros masculinos de la familia.

Miniatura que representa a Carlomagno y Pipino. (Archivo capitular de la Catedral Orlandini, Módena).

A partir de ese momento, Carlomagno debió aprender los rudimentos del arte de la guerra y acompañó a su padre en varias expediciones dirigidas contra Aquitania, entre el año 761 y 762. Estas primeras experiencias fueron cruciales para desarrollar sus aptitudes guerreras, lo que unido a su fuerza y vitalidad, a su destreza para los deportes y la equitación, hicieron de él un joven sano, fuerte y amante del contacto con la naturaleza.

Por otra parte, describen los historiadores de la época que su devota madre Bertrada inculcó en Carlomagno las prácticas de la piedad y la fe cristianas, el amor al prójimo, el hacer el bien sin mirar a quién y el "poner la otra mejilla". Y el monarca, en la adultez, de acuerdo con la coyuntura histórica y las intrigas palaciegas por el poder, intentaría ser fiel a esas enseñanzas.

En cambio, se sabe que nunca fue un hombre instruido, lo que le llevó a ser apodado en estos primeros años por quienes no lo querían como "El Palurdo", en alusión a sus maneras toscas, a su escasa instrucción y a sus modales poco refinados. Se dice que ello se debió a que su padre, Pipino el Breve, no mostraba ninguna preferencia por él y siempre quiso prepararlo para la vida militar y

las contiendas bélicas, y que trató de obtener un soldado dispuesto a empuñar la lanza, la daga y la espada con superioridad sobre su contrincante. Esa habría sido la principal preocupación de su progenitor, y lo que habría conspirado contra su educación. Por ello no aprendió a leer ni escribir, ni aritmética hasta el final de sus días.

Pero siempre se fueron alabadas su grandeza espiritual y física, su caballerosidad, temple y sus dotes humanistas, sus conocimientos políticos, su capacidad para mirar con luz larga y discernir una salida adecuada en las peores circunstancias.

Otro de sus biógrafos, el mencionado historiador y novelista norteamericano Harold Lamb, en su libro *Carlomagno*, evoca que después de las vigilias de Tomás el apóstol, en el año 753, el muchacho Carlos fue enviado por su padre por primera vez a una misión. Tenía entonces once años cumplidos y nunca se le había concedido grupo armado al que mandar, ni poseía tierra alguna a su nombre. En ese momento era conocido como el hijo de Pipino el Breve y ya se le confiaba la empresa de salir, junto a un grupo de mozos de cuadra, cazadores y guardabosques, al encuentro, como guía, del pastor apostólico de San Pedro, el propio papa Esteban III, que llegaba, junto a su séquito, al paso de los Alpes, en la tierra de los francos, donde la nieve, la ventisca y el fango hacían difíciles los caminos.

Relata el cronista que Carlos ya era...

> *...muy alto y delgaducho, aunque la amplitud de sus* hombros y los grandes huesos de sus manos indicaban que sería un hombre de gran fuerza, y ya demostraba un temperamento inusual para su edad y para empuñar las armas de hierro […]. Su adolescencia estuvo vinculada a ríos, cuando no a cacerías, su gran pasión, y se deleitaba siguiendo una presa en cuanto tenía tiempo disponible, en las Ardenas, los Vosgos, la Baviera o el Bönmerwald; con este fin los bosques reales eran inmensos y estaban sometidos a un régimen de vigilancia muy severo.

Al joven le gustaba oír a sus camaradas alabar su buena fortuna, puesto que no tenía confianza en su propia habilidad o en sus conocimientos, costumbre que conservó durante todo su mando, pues era dado a escuchar a todos sus consejeros para luego tomar la decisión conveniente.

También destaca Lamb que el chico era muy poco afecto a exteriorizar sus sentimientos (aprendió a guardar para sí muchas de sus heridas). Además conseguía por su cuenta las cosas, lo que denunciaba su testarudez y empeño. Destaca que gustaba de la natación, de cruzar a nado sus ríos favoritos, el Mosa y el Rhin; de recorrer a caballo y sin fatigarse los bosques y valles de su lugar preferido, Aquisgrán; de inspeccionar los sedales y tarallas de pesca, tendidos en las madrugadas por sus amigos, y de escuchar las notas del órgano de la Iglesia, que se le antojaban celestiales, semejante a las fanfarrias de los arcángeles.

El príncipe que llega al trono

En la medida en que Carlos crecía, descollaba en él una personalidad muy fuerte, que le valió el reconocimiento de todos. Era arrollador, altanero por momentos; magnánimo en otras oportunidades y sobre todo caritativo, pero siempre impetuoso, vivaz y sanguíneo, signo de su buena salud. Por ello a nadie extrañaría que con apenas veintiuno años mantuviera relaciones con una joven noble llamada Himiltrudis, pues gustaba vivir en compañía, ya que detestaba la soledad y la calma absoluta, solo bienvenida en las horas del nocturno descanso reparador o cuando, en verano, hacía sus acostumbradas siestas de dos o tres horas, para mitigar el calor que le sofocaba el cuerpo y la mente.

Poco tiempo después nacería su primer vástago, a quien llamó Pipino (796-811), en honor a su padre ya fallecido. Este primer hijo pasó a la historia como Pipino el Jorobado, por su manera de caminar echado hacia delante y sería un actor importante en un momento de la historia, que relataremos luego.

A lo largo de su existencia, Carlomagno tuvo varios matrimonios y vivió en concubinato en otras oportunidades, situación que no era mal vista por los cánones morales de la época; si el primero fue concertado por conveniencia, como ya hemos apuntado, el segundo casamiento se concretaría con Hildelgarda, una mujer noble de origen suabo con la que tuvo nueve hijos: cuatro varones, Carlos, Pipino II, Ludovico, Lotario, y cinco mujeres, Rotrudis, Berta y Gisela, Hildegarda y Adelheid.

Sobre la esposa Hildegarda, la de los ojos oscuros, escribiría Harold Lamb en su libro:

> …ella demostró una notable habilidad y presteza de muchacha bien educada para las tareas de las mujeres: hilar, llevar las cuentas de las posesiones del rey, proveer de abundante carne los asadores en invierno o en época de hambre, tejer prendas útiles para ellano las delicadas sedas de una princesa extranjera- y quedar pronto embarazada. Además, siendo joven y de buen carácter era cariñosa con el pequeño Pipino. Carlos se sintió satisfecho de gozar de tal felicidad hogareña cada vez que decidía acuartelarse; en consecuencia propuso a su nueva esposa que le acompañara a todos sus viajes y ella accedió.

El 30 de abril del año 783 muere Hildegarda, en momentos en que un calcinante verano se apoderaba del reino y se desataba una epidemia de peste. Por esos días moriría, además, la reina Bertrada, la madre de Carlomagno, otra de sus figuras femeninas más veneradas y quien mayor influencia tuvo para bien en su vida.

Pero Carlomagno se desposó, pasados unos meses de luto por estos tristes acontecimientos, con Fastrada, la hija de un conde germano de Austrasia, con quien tuvo dos hijas más: Teodorada e Hiltrudis. En esa época otra concubina le trajo al mundo una nueva descendiente de nombre Rodaida.

Carlomagno, de Alberto Durero. El joven rey era arrollador, altanero y magnánimo; carecía de una sólida formación cultural, pero en su lugar exhibía una aguda inteligencia natural.

Cuando enviuda nuevamente en el año 794, Carlos contrae matrimonio con la alamana Liutgarda, con la que no pudo tener hijos. Al fallecimiento de esta no quiso volver a casarse nunca más, pero mantuvo relaciones con otras cuatro concubinas: Medelgarda, con quien tuvo a Rotilda; Gersvinda, madre de Adeltrius; Regina, que tuvo dos hijos (Drogón y Hugo), y Adelina con la que concibió a

Teodorico.

Todo un rey

Fueron en total diez relaciones conocidas de las que vinieron al mundo cerca de dieciocho hijos, que recibieron toda la formación intelectual típicamente medieval: el "trivium" integrado por la Gramática, la Retórica y la Dialéctica y el "quadrivium", formado por Aritmética, Geometría, Música y Astronomía. Estos conocimientos aportaban lo que un joven de cierto linaje tenía que saber para no ser considerado analfabeto, y ser valorizado culturalmente en su tiempo.

Por boca de su biógrafo Eginardo, por cierto educado en la Corte, conocemos además que Carlos se preocupaba constantemente por la educación de su vasta descendencia. Incluso, el autor cuenta que:

> …nunca cenó sin ellos ni se fue de viaje sin llevárselos consigo […] Carlomagno dio a sus hijos las enseñanzas que tanta consideración le merecían. Además, hizo que sus hijos varones, al llegar a la edad adecuada, aprendieran a montar como verdaderos francos, usar las armas y cazar. A las hijas les hizo aprender el uso de la rueca, para evitar la ociosidad.

Al hablar de las características personales de Carlomagno, el cronista recalca su buen humor, la gran elocuencia y la capacidad para expresar cualquier pensamiento porque era de "pico fino" para las largas charlas y podía pasar con soltura de un tema a otro rápidamente.

No contento con saber la lengua patria, se esforzó en aprender también las extranjeras: de las cuales, la latina la aprendió hasta tal punto que podía hablarla como si fuera propia; el griego, en cambio, lo entendía mejor que lo hablaba.

Recalca Eginardo, en el libro de marras, que fue muy dado...

> …a mantener a los pobres y a practicar la limosna, no solo en su patria y reino, sino que incluso solía enviar dinero a los cristianos de Siria, Egipto, África, Jerusalén, Alejandría y Cartago.

También se resalta el culto que hacía de la amistad, el interés y la curiosidad por todo lo proveniente de otras tierras, así como su honradez y el afecto hacia sus súbditos.

Cuando Eginardo hace un retrato psicofísico de Carlomagno, muy en consonancia con las ilustraciones y figuras escultóricas que sobrevivieron esos tiempos y son exhibidas en algunos museos alemanes y del resto de Europa, lo describe con un cuerpo muy grande y robusto, una altura de siete veces la medida de su pie, hermosa cabellera blanca, rostro agradable y alegre, cabeza redonda, ojos grandes, la nariz algo mayor que lo normal, aunque de cuello grueso y corto y de vientre abultado, disimulado por la proporción del resto del cuerpo y la amplitud de hombros.

Mostró una salud robusta, excepto por unas fiebres que tuvo durante los últimos cuatro años de su vida; al final de esta y debido a las magulladuras de las batallas, cojeaba de un pie. Asiduamente se ejercitaba en la equitación, práctica muy común del pueblo franco, que hizo de la caballería su arma indiscutible. Gustaba también de las aguas termales, ejercitando su cuerpo con la natación. Por esto mandó construir la ciudad real de Aquisgrán (Agua Fecunda, en latín) y allí pasó los últimos años de su vida. Invitaba al baño no solo a los hijos, sino con frecuencia a los amigos, a quienes les acompañaban e incluso a los de su guardia personal. De tal manera que a veces podía reunir a su alrededor hasta un centenar de personas o más y entonces se sentía muy feliz y afortunado.

Fueron los contemporáneos de Carlomagno y quienes le rodearon los responsables de crear el

mito de este hombre excepcional que dirigió sus destinos. Incluso en vida, ya era ensalzado por sus súbditos, y serviría después de modelo, hasta los tiempos modernos, de emperadores, intelectuales y hasta de los hombres y mujeres más humildes, que veían en él un arquetipo patriarcal de jerarquía y nobleza.

Por todo ello es que se hace tan difícil penetrar en el hombre de carne y hueso. En la mayoría de las ocasiones, sus avatares cotidianos están fundidos con la fábula y la mítica pueblerina. ¿Cómo conocer, entonces, al personaje auténtico, sin afeites que deformen su existencia y le coloquen en un sitial de santidad?

Buscando al hombre

Sí se sabe que Carlos era dado a grandes cabalgatas, a viajar por rutas difíciles como los desfiladeros de los Alpes hasta Italia o por benignos caminos. Podía ir de Colonia, en el centro de Sajonia, a Maguncia o Aquisgrán. O de Rávena a Roma, pues pensaba que cuando un hombre viaja por el mundo en busca de lo que necesita, vuelve nuevamente a su casa para encontrarlo. Después regresaba al palacio o la residencia campestre a administrar justicia, hablar con sus amigos, asistir cada día a misa para reconciliarse con Dios, participar en audiencias, frecuentar celebraciones (donde era mesurado en el comer y el beber, y hacía acompañar sus comidas de música o de lecturas), o simplemente estar en familia con sus hijos, parientes y personal doméstico, que era la clásica cotidianidad de un patriarca. Solo entonces se sentía un hombre satisfecho.

Eginardo repara en que Carlomagno solía vestir con cierto rango e hidalguía, conforme a las costumbre francas y la usanza gala:

> …de sus hombros hasta los pies colgaba el "pallium" o manto bárbaro, de color blanco o azul, formado por dos piezas, una anterior y otra posterior, unidas sobre el hombro por un broche, dejando al aire las piernas cubiertas de calzas ceñidas, de lino, y ligadas con bandeletas enlazadas en cruz. Iba calzado y rodeaba sus piernas con unas vendas. En invierno se protegía con un justillo de piel de marta o nutria como el que llevaban los bárbaros de los climas fríos en el que él había guerreado. Se cubría, finalmente, con una capa y llevaba siempre ceñida su famosa espada (apodada Joyosa en los romances caballerescos, pues era frecuente dar nombres propios a las armas) y una daga, cuyas empuñaduras y tahalí eran de oro y plata. Algunas veces, en las grandes festividades o en las recepciones de embajadores extranjeros usaba una espada adornada de piedras preciosas. En los bailes vestía una túnica tejida de oro y calzaba botas adornadas con piedras preciosas; abrochaba su capa con fibra de oro y llevaba una corona adornada de oro y piedras preciosas. En los otros días, su vestido difería poco del más común de los humildes (pues le gustaba sentirse como uno más entre sus coetáneos).

Carlomagno estableció, como dijimos, la residencia imperial en Aquisgrán desde el año 794. Allí se hizo construir una Iglesia y un palacio, semejantes arquitectónicamente a los de las ciudades de Rávena y Roma y desde allí influiría con su quehacer sobre el renacimiento de la vida cultural e intelectual de su reino.

Eginardo. Fue uno de los más importantes biógrafos de Carlomagno; tanto, que sus descripciones físicas del monarca sirvieron de base para las pinturas que se han realizado del rey.

Narran los cronistas que sus mansiones estaban rodeadas por hermosos jardines, por donde solía caminar acompañado de sus familiares. Allí tenía varios estanques para nadar.

Su corte careció de la magnificencia, la vanidad y la etiqueta que identificaron a la vida cortesana de la Roma de los césares o de los palacios de Bizancio. Los cronistas advierten que el recibir un título imperial no alteró sus costumbres sencillas de príncipe germano en tanto vivía como los grandes nobles francos, en sus dominios campestres, pero pernoctaba frecuentemente en la ciudad de Aachen o Aquisgrán, que por ello es tenida como la capital de su imperio.

Se hacía acompañar de diversos funcionarios, que le asesoraban en sus tareas ejecutivas y legislativas. De ellos cuatro ocupaban siempre un sitio crucial: el Canciller, que se encargaba de todos los documentos; el Chambelán, ocupado en todo lo relacionado con el servicio personal del emperador; el Conde de Palacio, una especie de gobernador de la casa y el Archicapellán, un jefe de servicios religiosos del palacio, que era el más allegado a Carlomagno.

A estos funcionarios se les denominaba palatinos (residentes del palacio). Apuntan los registros históricos que la existencia de estos y otros "lleva y trae" palaciegos no cambió para nada el estilo patriarcal del gobierno carolingio. Carlomagno, muy poco dado a la soledad, como ya dijimos, mantuvo siempre el trato directo con sus súbditos y para evitar que sus oficiales impidiesen la entrada de los peticionarios se cuenta (no se puede corroborar si es obra de la leyenda) que hizo colocar en la puerta del palacio una gran campana que cualquiera podía tocar para llamarlo, costumbre que parece bastante atípica en un rey, y que de ser real pondría al descubierto su naturaleza sencilla. Lo cierto es que, como ha expresado Eginardo:

> Una vez vestido, recibía diversas personas fuera de sus amigos. Si el conde de palacio le señalaba un proceso que reclamaba una decisión de su parte, hacía rápidamente introducir a palacio a los litigantes y, como si estuviera en un tribunal, escuchaba la exposición del asunto y pronunciaba sentencia. Era también el momento cuando regulaba el trabajo de cada servicio y daba sus órdenes.

Sus ministros eran los encargados de redactar las capitulares, dos veces al año, en primavera y en otoño, en momentos en que se realizaban las dos asambleas en la residencia imperial (la de los

guerreros y la del señorío). La sistematicidad de estos cónclaves facilitó el funcionamiento del reino y la solución de muchos problemas. Ellos inspiraron a Carlomagno y a sus funcionarios a la redacción de numerosos decretos y ordenanzas, que quedaron para la posteridad y la crónica histórica.

Muchas de estas capitulares se conservan hoy en día y tratan sobre temas diversos: desde asuntos de administración de las provincias, unificación de leyes, problemas del clero y la situación de los pueblos conquistados, hasta el modo de cuidar los animales de las granjas reales.

Su labor como mecenas de muchos intelectuales y nobles (como Alcuino de York, quien después se convertiría en uno de los principales gestores de la cultura carolingia), fue muy reconocida por sus sucesores y los nacientes estados europeos. Impulsor de las artes liberales, especialmente la astronomía, también se desveló por las construcciones, inclinación muy propia de los césares romanos. De ahí que puso mucho interés en sus dominios en las edificaciones de grandes castillos, capillas y abadías, pues consideraba que ello perpetuaba la grandeza de su reinado.

Sin dudas, aunque en estos momentos aún Carlomagno no sabía leer ni escribir (cosa que aprendió al final de sus días), ya respetaba a la gente ilustrada y se hacía leer la Biblia y las historias de la Antigüedad, sintiendo predilección por los cantares de gesta y las crónicas bélicas de sus antepasados.

Su trabajo en favor de la fundación de la Escuela Palatina, en la capital de Aquisgrán, contó con la colaboración de un grupo de sabios contemporáneos, como Alcuino de York, Eginardo y el historiador lombardo Pablo Diácono, (un hombre de mente sagaz que dominaba el griego clásico y era un gran escritor), y constituyó uno de sus principales aportes a la renovación de la cultura y al fortalecimiento de su Imperio.

El largo reinado de Carlomagno, de casi cuarenta y siete años de duración, fue un paréntesis de calma en una época de caos, desorden, invasiones, guerras y miserias humanas. Su prestigio y su fama se fueron consolidando con el correr de su existencia, incluso, más allá de sus dominios. Por ello los propios musulmanes lo consideraron el más grande guerrero cristiano, y hasta los emperadores bizantinos reconocieron su entereza y poder, y enviaron emisarios para comunicarse con él.

Empuñadura de la "Joyosa", la famosa espada de Carlomagno. Era de oro y plata, al igual que la daga que el monarca siempre llevaba

consigo.

Actualmente, el recuerdo y la fábula se mezclan magnificando su verdadera obra como restaurador del Imperio de Occidente. Otro tanto ha hecho la poesía medieval al enriquecer su protagonismo heroico asistiendo a crear una leyenda, que le tiene como epicentro de circunstancias extraordinarias y realza su figura hasta límites de titán o apóstol.

3

Bautismos y guerras; espada y cruz

Cada letra que perfilas con tu mano equivale a una lanzada con que traspasas al demonio.

Anónimo en el muro de una abadía.

En su Epístola VII, Carlomagno plantea la lógica de lo que sería su apotegma religioso, una especie de testamento de fe:

> Lo nuestro es: según el auxilio de la divina piedad, defender por fuerza con las armas y en todas partes la Santa Iglesia de Cristo de los ataques de los paganos y la devastación de los infieles, y fortificarla dentro con el conocimiento de la fe católica. Lo vuestro es, santísimo padre: elevados los brazos a Dios como Moisés, ayudar a nuestro ejército, hasta que gracias a vuestra intersección el pueblo cristiano alcance la victoria sobre los enemigos del santo nombre de Dios, y el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en todo el mundo.

Corría el año 772 y nuestro monarca Carlomagno ya conocía que la mayor amenaza para el reinado de San Pedro y la Ciudad de Roma era el vecino rey lombardo, Desiderio (Didier), su antiguo suegro, quien nunca perdonaría el insulto y la deshonra inflingidas cuando tuvo de regreso a su hija "la Deseada" en su corte, en Pavía, y la declaración de persona "non grata" a sus nietos y a su otra hija Gesberga, la viuda de su hermano Carlomán.

A partir de ese momento, los dominios de la Santa Sede serían los primeros en sentir la cólera lombarda pues el Papa, en un inicio, se había opuesto a la unión matrimonial entre el rey franco, Carlomagno y la princesa lombarda, "la Deseada". Y Desiderio tenía muy buena memoria; entre sus características personales estaba, además, el resentimiento.

El monarca lombardo había intimado al sumo pontífice Adriano I para que coronara y reconociera como reyes francos a los hijos de Carlomán, Pipino y Siagrio, pretensión a la que se negó a acceder el prelado, y todo ello colmó la paciencia del soberano. Por ello, los territorios eclesiales fueron invadidos y el Papa se vio obligado a pedirle auxilio a Carlomagno para sacarse de encima a las huestes de Lombardía.

El rey franco Carlomagno, en sus inicios, intentó mediar y evitar la guerra. De ahí que advirtiera por dos veces a Desiderio que devolviera las ciudades y las villas de que se había apoderado, pero ante la negativa de este a evacuarlas, organizó una fuerte expedición junto a su tío el duque Einhard, con la que cruzó los Alpes, desde Ginebra, por el Montcenis y por el San Bernardo (773).

Desiderio, que sabía de la superioridad bélica de Carlomagno se encerró en la amurallada capital de Pavía, mientras su primogénito Adalgiso se atrincheró en Verona, junto con su hermana Gesberga e hijos.

Durante casi un año estuvieron disputando los territorios y se mantuvo el sitio a las ciudades de Lombardía, hasta que en junio de 774 ya no había nada que hacer y los francos terminaron por expulsar a los lombardos. Desiderio fue conminado a rendirse sin condiciones. Apunta en uno de sus artículos el cronista español Rafael Conde Delgado de Molina:

> Carlomagno no se reduce, como había hecho su padre, a pedir seguridades y firmar pactos: desmonta la monarquía lombarda y a

partir del 5 de junio del 774 ordena encabezar las actas oficiales con un doble título: *rex Francorum et Longobardorum.* Desde este momento, Carlos es dueño de Italia.

Cuentan los historiadores que Adalgiso se vio compelido a escapar disfrazado a Constantinopla (la corte bizantina) para evitar su muerte, y que el rey lombardo Desiderio fue forzado a abrir las puertas de su fortificada ciudad, y fue enviado junto al resto de su familia a la abadía de Corbie hasta su fallecimiento.

Adriano I. Debió recurrir al apoyo de Carlomagno para enfrentar a Desiderio.

Carlomagno asume entonces el título de Rey de los Lombardos y es honrado con la pesada corona de hierro de los vencidos, que se decía había sido construido con un clavo de la cruz de Jesucristo. Fue la primera vez que un rey germánico adoptaba el título de un dominio que él había conquistado.

Nuestro héroe convierte a la Italia Franca en una especie de virreinato, un territorio anexado, y se lo entrega en derecho, a su primogénito Pipino el Jorobado, que tenía a la sazón cuatro años.

Se ratifica además la autoridad del Papa Adriano I en el centro de Italia y son ligados los destinos del ducado de Benevento al Estado Carolingio. El Papa conseguía recuperar las tierras que luego formarán los Estados Pontificios, pero los peligros proseguían en el sur de la península Itálica, en poder bizantino.

Hay que considerar que pese a todos los compromisos y los pactos realizados con el soberano pontífice, Carlomagno se siente ya heredero de las pretensiones lombardas y ambiciona tener en sus manos la unificación de toda Italia. Al Papa no le queda otro camino que someterse. Como han expresado muchos especialistas como el historiador francés, Louis Halphen (1880-1950), profesor de la Universidad de París y autor de los textos *El esplendor de Europa* (1932) y *Carlomagno y el Imperio Carolingio* (1947), donde dice:

> Roma y todo el estado pontificio no son ya más, en algunos aspectos, que una prolongación de aquella Italia que el nuevo rey de Pavía se esforzaba en rehacer. Sus intervenciones se hacen allí cada vez más numerosas y más indiscretas: no solo circulaban sin cesar por los territorios pontificios sus agentes, no solo los súbditos del Papa pueden ser convocados ante él o sus representantes, sino que interviene en muchos otros asuntos que, en principio, escapaban a su competencia.

Es preciso hacer notar que durante su largo reinado, Carlomagno no depuso casi nunca las armas. En esa etapa se suman no menos de cuarenta y tres expediciones militares, conducidas por él en persona o por sus lugartenientes, una vez que Carlos decidiera dejar los campos de batalla por el cansancio de la edad. De todas las guerras, la primera que hizo fue la de Aquitania, contienda que dejó inconclusa su padre al morir. Aunque no recibió el auxilio de su hermano Carlomán, nuestro héroe terminó expulsando (en 769) a Hunoldo, quien se vio obligado a dirigirse a territorio vascón y

luego fue entregado por el duque de ese dominio, que terminó por someter su reino a la autoridad del monarca franco, una vez bautizado con los santos sacramentos.

Con Roma y contra los sajones

Durante aquella primavera del año 774, Carlos dejó su ejército en el sitio de Pavía, después de la derrota lombarda, y marchó a Roma para celebrar la fiesta de Pascua. Allí fue recibido como un salvador, pues nuestro emperador franco reafirmaba las promesas de su desaparecido padre, Pipino el Breve, de proteger las tierras papales.

La historia relata que esa primera visita de Carlos a la "Ciudad Eterna" fue preparada con mucho rigor para darle todos los honores posibles, a semejanza de los triunfos que se celebraban en la Roma de los césares. Las crónicas narran que a casi cincuenta kilómetros del perímetro de la urbe fue recibido por los jueces; la milicia puso a sus pies el estandarte de Roma y fue aclamado con vítores de emperador. Carlomagno se inclinó y besó el umbral de los Apóstoles. Luego estuvo durante casi siete días dialogando con el sucesor de Pedro y prometió la gloria de Dios y la exaltación de la Santa Iglesia Cristiana, tarea que desempeñaría durante toda su existencia, que a partir de este instante se convertiría en una larga guerra.

En esa ceremonia, su hijo Carlomán, que contaba a la sazón con tres años, fue bautizado por el Papa, con el nombre de Pipino, y tanto él como su hermano Luis fueron consagrados como reyes; el primero de Italia y el segundo de Aquitania.

Desde entonces, la vida de Carlomagno estaría llena de una serie de extraordinarias acometidas, a ritmo de marcha rápida, de extremo a extremo, en un continente surcado por montañas, bosques, pantanos y caminos intrincados. Se llegó a decir que nuestro guerrero dormitaba más a lomo de caballo que bajo una manta que le cubriera el frío, o sobre un tibio cobertor en sus aposentos, en el regazo de su esposa.

Después de finalizada esta contienda se reemprendió la de los sajones, que había quedado interrumpida y sumó dieciocho campañas. Ninguna otra fue más larga, atroz y costosa para el pueblo franco, puesto que estas tribus, como casi todas las que estaban asentadas en Germania, eran feroces por temperamento. Dicha guerra tuvo una duración de casi treinta y tres años; los sajones eran un pueblo germánico hostil al cristianismo, que ocupaban el territorio situado entre el Elba y el mar del Norte, y protagonizaban múltiples enfrentamientos en los límites fronterizos. Ellos consideraban a la Iglesia y a su doctrina como un elemento de penetración franca, al que se oponían, lo que provocaba encarnizados combates.

Estas contiendas con espadas, dagas y lanzas también revelaban que los sajones eran remisos a cumplir sus tratados y las rendiciones que firmaban, pues no eran muy dados a honrar con su palabra. Su accionar de saqueo y arrase de las tierras tenía como escenario Turingia, Hesse y las provincias renanas.

Las campañas del rey franco para acabar con el pillaje de los sajones y obligarlos a comulgar con la fe cristiana se prolongaron desde el año 772 hasta el 804. En el 786, Carlos domina ya casi toda la Sajonia, y entre el 798 y el año 804 logra someter a los lugareños de Norbalbingia y Wihmode.

Los sajones eran un pueblo germánico que incluía las tribus westfalianas, ubicadas al Oeste; ostfalianas, al Este; angrianas, en el Centro, y nordalbingianas y wihmodianos, situadas a orillas del

río Elba inferior, la guerra contra ellos daba la alternativa del bautismo o la muerte, y concluyó en el año 804. En su transcurso, diez mil sajones fueron deportados por considerar que practicaban cultos maléficos y se oponían a la religión católica, mientras que los restantes serían acogidos a la fe cristiana y forzados a guardar fidelidad al rey franco bajo juramento, con el fin de formar un solo pueblo. A partir de allí, puede considerarse resuelto el problema sajón para el Imperio Franco. Entonces las fronteras orientales del reino llegaban hasta la desembocadura del Río Elba.

Una representación imaginaria de Carlomagno en el campo de batalla. (Pintura conservada en la Biblioteca Nacional de París).

Como registran algunos historiadores, hay que tener en cuenta que en ese período, exaltar y defender la Iglesia no comprometía solamente glorificarla y protegerla contra los que detentaban doctrinas consideradas impías con medidas legislativas o administrativas. Era más bien defenderla con las armas de las incursiones de los paganos y la devastación de los que le eran desleales. Como le confesaba en una de sus tantas misivas Carlomagno a su amigo y protegido, Alcuino de York, al hablarle de su rol histórico:

> …espero, con la ayuda de Dios, que el pueblo cristiano lleve a todas partes la victoria sobre los enemigos de su santo nombre, y el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en el mundo entero.

Era, sin lugar a dudas, extender la guerra para salvaguardar la cristiandad y ensanchar los

dominios de la Iglesia más allá de sus fronteras territoriales, lo que en el fondo tenía un cierto sabor a intemperancia, conquista y usurpación por la fuerza de los más poderosos contra los más débiles y atrasados culturalmente.

Las posteriores empresas bélicas, dirigidas contra sajones y avaros, fueron impulsadas para garantizar la seguridad de los dominios eclesiales "contra las naciones limítrofes establecidas en fronteras mal definidas". Dichas contiendas siempre estuvieron avaladas por los Papas (tanto Pablo I como Esteban II), que no dudaron en augurarle a Carlomagno que...

> …el ángel del poder guerrero prosternaría a todos los adversarios a sus pies y que Dios les agraciaría el triunfo sobre todas las naciones.

La violencia nuestra de cada día

Detrás de esa cartografía religiosa en expansión, de esas creencias, se parapetaría la concepción del poder de Carlomagno, una especie de legitimación ante los ojos de Dios y del pueblo cristiano. Y por ello, el rey franco puso toda su energía, fidelidad, vigor, una lógica cruel e implacable y hasta una rigidez excesiva al servicio de esta causa, que lo llevó a momentos de impiedad en los que pasó de querer defender la religión, con incursiones militares y combates encarnizados bien planificados y efectivos, a momentos en que ya nada humano importaba, donde la imposición a hierro y fuego sería el pan "suyo" de cada día.

Ello apuntan algunos historiadores que juzgan negativamente en la actualidad su postura y las tácticas utilizadas para conseguir sus propósitos, como el historiador francés Jean Bachelot, en su artículo, titulado *Carlomagno*:

> Carlomagno ve en los vencidos a los hombres que regenerados con el agua del bautismo, entrarán en el seno de nuestra Madre Iglesia. Creyendo castigar, con las leyes divinas y mandatos de la fe, comete, bajo una apariencia legal y autorizada, actos de fría crueldad.

Efectivamente, así acaeció cuando el principal caudillo sajón westfalio Witikind (llamado en algunos textos como Widuking), que había escapado de Dinamarca para no ser bautizado y tener que jurar fidelidad al emperador, al saber que Carlomagno estaba en España, en el año 777, aprovechó la ocasión para sublevarse una vez más, devastando el país y quemando las Iglesias. Fue entonces obligado por el monarca franco a replegarse más allá del Elba. Los rebeldes sajones se vuelven a levantar y toman las alturas de Süntel aniquilando, en el año 782, a un fuerte ejército franco, lo que desata la furia del emperador.

Carlomagno en persona e inmediatamente, al frente de nuevas tropas francas decide vengar el desastre militar mandando degollar en un solo día a 4.500 sajones en Verden, población enclavada a orillas del río Aller.

Este trágico incidente pasó a la historia como la "Matanza de Verden" (783), pero es preciso clarificar que quienes fueron pasados por las armas no eran prisioneros de guerra, como consta en muchos libros históricos, sino que eran los cabecillas e integrantes de varios grupos sajones en rebelión, lo que no le quita al hecho connotaciones brutales.

Dicho de manera tan descriptiva, esta anécdota parecería la obra de un demente, de un sacrílego demonio, pero sin el ánimo de excusar tamaña crueldad, hay que valorar al hombre en tiempo y espacio, y la violencia en el contexto de la Edad Media. Dentro de la tradición judeocristiana, esta

era coyuntural, inherente a la existencia, a la ley del más fuerte, propia de la irracionalidad de personas que no estaban educadas en el derecho a la vida, que es una conquista contemporánea (aún vulnerada por los más fuertes).

Aquella gran matanza aviva una sublevación general de los sajones, quienes después de una lucha de casi tres años son reducidos y obligados a la obediencia. Entre ellos está el héroe popular Witikind, quien es obligado a bautizarse en Attigny (con Carlos como padrino) y a declararse vasallo del emperador, lo que pone fin a los alzamientos de esas tribus.

Desde ese momento fueron continuos, casi un ritual sistemático, los bautizos entre sajones y se crean los obispados de Halberstadt, Minden, Detmold, Verden, Osnabrûck, entre otros, y los monasterios de Korvei y Herford, convertidos en una especie de distritos misioneros.

El rey franco perfila un régimen de terror en las tierras conquistadas en la Sajonia y dicta una Capitular para imponer la civilización franca y la religión cristiana, que incluye la pena de muerte para el que viole las iglesias; el que no realice el ayuno y abstinencia en la Cuaresma; el que mate a un clérigo, obispo, sacerdote o diácono; el que acuda al rito de la cremación de sus muertos según el código pagano, entre otras medidas. En dicho documento, además, se consigna que...

> …si en el futuro alguien perteneciente a la nación sajona queda sin el bautismo, se esconde o lo rechaza queriendo permanecer pagano, que sea castigado con la muerte […] si alguno conspira con los paganos en contra de los cristianos y persiste en ser su enemigo, que sea castigado con la muerte […] aquel que sea reconocido culpable de infidelidad al rey, será castigado con la misma pena.

Sin dudas, Carlomagno buscaba con estas leyes, junto con el pago del diezmo por parte de los sajones, tal como los francos lo hacían ya para apoyar a la Iglesia, una sumisión pasiva a sus dominios y poderes y hasta llegó a prohibir las reuniones y asambleas populares, con excepción de aquellas convocadas por los condes francos. De esta forma quedaba impuesto el mandato del vencedor.

Este régimen de terror se mantendrá un tiempo hasta el estallido de una gran revuelta, que vuelve a ser sofocada con la mano dura propia ya del accionar de Carlos. Pero en esta oportunidad desecha los castigos corporales y los actos encarnizados en masa, y negocia con los jefes sajones. El territorio es entregado a la administración franca y anexado a los otros del mismo reino; multas y acuerdos suplantan la amenaza constante de la pena capital.

Otro de sus métodos para lograr la sumisión sajona (sobre todo en la zona norte) incluyó, el obligar a la población rebelde a emigrar del suelo natal, y el traslado, en pequeños grupos, al interior de los territorios francos o junto a aldeas de reconocida fidelidad al rey y la cristiandad, cercanas a grupos de monjes y clérigos que asegurarían el cambio de fe, la conversión pasiva.

Todas estas normas eran fiscalizadas en persona por Carlos, muy resuelto siempre a castigar a quienes no acatasen sus órdenes; las tropas francas recorrían las regiones menos dóciles y arrastraban consigo a sus habitantes, sobre todo a viejos, mujeres y niños, quienes viajaban como rebaños hacia tierras lejanas, previamente asignadas, o quedaban diseminados entre la población franca. La ley del “divide y vencerás” y la tenacidad del rey Carlos le rindieron sus frutos. Eginardo dirá, entonces, tibiamente *...que unidos a los francos, los sajones formaban ahora con ellos un solo pueblo.*

Este es uno de los sucesos más durables del reino de Carlomagno (hecho que todavía está en discusión si estuvo o no entre sus previsiones y propósitos): la conversión al cristianismo de la Sajonia, acontecimiento que posibilita cimentar las bases para la constitución, en el siglo X, de la

nación de Germania.

La sociedad

Los aldeanos en esa época tenían una existencia hostil; subsistían con la violencia diaria: la de las invasiones, quema de las casas y aldeas, matanzas campesinas y, violaciones. La gente no estaba ilustrada, no sabía manejarse intelectualmente; los germánicos eran pueblos atrasados, sujetos a estereotipos bárbaros. De hecho, los pobres se maravillaban cuando escuchaban hablar a los nobles, que eran como encantadores de serpientes por su manejo de un léxico amplio.

Odín sobre su caballo. Bloque de piedra del siglo VIII. Dios del cielo y protector de la cultura y los poetas. A él adoraba Witikind, y no al Dios de Carlomagno.

Hay que destacar, además, la presencia de una crueldad ordinaria hasta en las relaciones cotidianas y familiares, la violencia del rapto o el matrimonio forzado, de los envenenamientos por conveniencia económica o política, un escenario donde la mujer era una mera pieza de uso, coleccionable, descartable, sin mayor valor humano para los códigos y el imaginario social del Medioevo que no fuera la de propiciar la perpetuidad de la especie. Y como se sabe, los imaginarios sociales producen valores, apreciaciones, instauran gustos, ideales y legitiman conductas entre las personas que conforman una cultura.

Se cuenta que en ese momento, la sociedad medieval optaba por recluirse dentro de los castillos feudales para evitar el ataque de las llamados baguadas, bandidos que robaban cosechas y saqueaban aldeas enteras con el ánimo de lucrarse con el botín. Si caían en poder de las tropas reales, estos malvivientes eran condenados a la muerte o a la esclavitud, pero su presencia angustiaba e inquietaba a la sociedad franca de la época. No por casualidad, los salios impusieron fuertes multas a los causantes de estos incidentes y obligaban a pagar altas indemnizaciones a los familiares de muertos y heridos.

La religión intentaba explicar estas desalmadas prácticas aduciendo que dichos seres humanos se habían apartado de los preceptos de la cristiandad optando por la vida licenciosa, y llamaba a buscar refugio en el signo de la cruz pintada en el dintel de las casas o en las reliquias de algún santo o

mártir; era un marco propicio para realizar el proselitismo cristiano y promover el bautismo.

La ley salia llegó a establecer castigos monetarios para los puñetazos, las manos arrancadas, los ojos saltados, el pie cortado o la oreja cercenada que eran cien sueldos de multas, por ejemplo, cifra que se rebajaba si el miembro aún colgaba. Todo este código de violencia y crueldad, admitido en el imaginario social de la época, hacía que creciera la venganza como un lenguaje del honor y un "modus vivendi", que ya a ningún mortal escandalizaba.

Sin dudas, las huellas de lo social van dejando su impronta en la personalidad de ese período. Los discursos religiosos comienzan a ser eficaces e instauran sus propias reglas, sus propios "rituales de las circunstancias", que lo hacen efectivo y duradero en el tiempo; se convierten, en lo que los sociólogos denominan "parámetros epocales".

Los arqueólogos han advertido, en excavaciones y enterramientos de esas centurias, que existían diferentes costumbres entre los variados pueblos europeos en relación con los cementerios. Si los germanos desarrollaron cementerios rurales, situados en la vertiente sur de una colina o en las cercanías de una fuente, colocando a los muertos en hilera, los francos enterraban sus cadáveres desnudos, rodeando la fosa con piedras como si se tratara de un sarcófago. Los niños se sepultaban en grupo cerca de sus padres y los muertos eran llevados en parihuelas desde la aldea, con los ojos cubiertos. Luego del entierro, sus familiares celebraban banquetes funerarios, alrededor de la tumba.

También se sabe que los muertos, que se contaban por centenares en las zonas de guerra, eran sepultados con sus joyas, armas y demás pertenencias y para protegerlos, sobre todo a los personajes más importantes y según la cultura cristiana, se usaba colocarlos en el piso cercano al atrio de la Iglesia, para evitar los saqueos de los vivos, práctica bastante corriente.

Con la tierra no alcanza

Las miras expansionistas de Carlos no se van a circunscribir a la península Itálica o al territorio ocupado por los sajones. Sus aspiraciones de territorios siguen "in crescendo", y en adelante fijará su atención en la península ibérica, en manos de los musulmanes.

Según palabras de Eginardo:

> Mientras se combatía asiduamente y sin parar contra los sajones, marchó a Hispania con todas las fuerzas disponibles; y salvados los Pirineos, recibida la sumisión de las fortalezas y castillos que encontró, regresó con el ejército incólume, con la particularidad de que en la misma cima de los Pirineos, en el retorno, tuvo la ocasión de experimentar un poco la perfidia de los "wascones". Puesto que cuando el ejército marchaba extendido en larga fila, tal y como lo exigían las angosturas del lugar, los "wascones" emboscados en el vértice de la montaña […] descolgándose de lo alto empujaron al barranco al bagaje que cerraba la marcha y a las tropas que, yendo en retaguardia, cubrían la marcha de las precedentes, y entablada la batalla con los nuestros, mataron hasta el último hombre.

El secretario de Carlomagno contará, además, que en esta victoria de los montañeses vascones, ocurrida el 15 de agosto de 778, ayudaría no solo la ligereza de su armamento y el factor sorpresa, sino también la geografía y los accidentes del relieve del lugar, conocido como el desfiladero de Roncesvalles. Las cumbres escarpadas, la oscuridad de la noche, las colinas que concluían en precipicios, los caminos intransitables, los vados y cruces en pendientes, contribuyeron tanto como el lodo. Mientras los francos tenían un armamento pesado y se encontraban en los sumideros, en los sitios más bajos, cuando fueron emboscados, las bandas vasconas, posiblemente apoyadas por los musulmanes, atacaron rápidamente y se dispersaron con la misma prontitud, sin dejar tan siquiera

rastros de su posible paradero.

En ese revés militar de los francos perecieron el senescal Egiardo, Anselmo, el conde de palacio y Roldán, prefecto de la Gran Bretaña, entre otros. Ese episodio daría materia literaria al memorable cantar de gesta, y una de las más famosas epopeyas francesas del medioevo, titulada: *La chanson de Roland*, que será motivo de análisis en uno de los capítulos de este libro.

Sobre dicho suceso relatan, con fidelidad y pesar, los *Annales Regni Francorum*:

> …el rey, cediendo a los consejos del Sarraceno Ibnal-Arabi, y llevado por el deseo fundado de hacerse con algunas ciudades de España, reunió sus tropas y se puso en marcha. Atravesó el país de los vascones por la cima de los Pirineos, atacó primero Pamplona en Navarra, y recibió la sumisión de esa ciudad. Enseguida cruzó el Ebro vadeándolo, se aproximó a Zaragoza, que es la principal ciudad de esta comarca, y después de haber recibido de Ibn-al-Arabi, de Abithener y de otros jefes sarracenos los rehenes que le ofrecieron, volvió a Pamplona. Para poner a esta ciudad en la imposibilidad de rebelarse, le rebajó las murallas, y, resuelto a volver a sus dominios, penetró en las gargantas de los Pirineos. Los vascones, que se habían colocado en emboscada sobre el punto más elevado de la montaña, atacaron la retaguardia y sembraron la mayor confusión en todo el ejército. Los francos, aun teniendo sobre los vascones la superioridad de las armas y del valor, fueron derrotados a causa de lo desventajoso del lugar y del género de combate que fueron obligados a sostener. La mayor parte de los oficiales de palacio, a quienes el rey había dado el comando de sus tropas, perecieron en esta acción; el equipaje fue objeto del pillaje, y el enemigo, favorecido por el conocimiento que tenía de los lugares, se dispersó rápidamente. Este cruel revés casi borró completamente en la corte del rey Carlos la alegría de los éxitos que había obtenido en España.

Paisaje de Roncesvalles. La batalla de Roncesvalles significó la primera derrota de las fuerzas de Carlomagno. Allí Murió Roldán.

Hay que recordar que en el año 778, cuando Carlos cruza los Pirineos y recorre el valle del Ebro, se está viviendo en esa región un clima político adverso a la conducción del emirato omeya de Córdoba; los árabes apremian de un modo inquietante. Carlos queda seducido con la idea de ir en ayuda de los cristianos de España, que estaban bajo la dominación musulmana.

Ya en el año 777 habían ido a Paderborn tres emires moros, enemigos del omeya Abderrahmán, el califa de Córdoba. Estos emires le rindieron homenaje a Carlos y le propusieron que invadiera el norte de España. Incluso uno de ellos, Ibn-el-Arabi, prometió reforzar a los invasores con una fuerza de bereberes de África; los otros dos se comprometieron a ejercer su gran influencia en Barcelona y en otros lugares del norte del Ebro.

Debido a ello, Carlos, en la primavera de 778, con una fuerza de cruzados que hablaban muchas lenguas, se movió hacia los Pirineos y su lugarteniente y hombre de confianza, el duque Bernardo, ingresó con una división a España por la zona costera. Carlos marchó por los pasos montañosos a

Pamplona, que cayó en manos del monarca franco. Lo mismo sucedió con las ciudades ubicadas en el camino de Aragón, pero delante de Zaragoza sobrevino el fracaso.

La empresa urdida sobre la base de la complicidad de un poderoso partido musulmán, en contubernio con la intervención cristiana, resulta un fracaso. Al final, el jefe zaragozano rompe su compromiso con Carlomagno y se niega a abrirle las puertas de la ciudad, por lo que el jefe germano debe retirarse a atender otras fronteras más amenazadas. Es oportuno advertir que algunos textos históricos ponen en duda el paso del monarca franco por estas tierras e intentan desmentir cualquier versión sobre estos episodios bélicos.

Pero habría, entonces, que explicar por qué, si esta empresa no ocurrió nunca y forma parte del mito que envuelve la figura de esta suerte de caballero andante, que lucha con valentía en pos del cristianismo, aún se conserva en el enclave navarro de Roncesvalles un edificio conocido como el "Silo de Carlomagno", donde la tradición cuenta que están enterrados los muertos germanos de esa batalla, convertida en célebre derrota del rey franco.

Con posterioridad, los francos organizaron seis expediciones con resultados satisfactorios: Carlos logró fundar dos Marcas Hispánicas o provincias fronterizas: la de Barcelona y la de Gerona, donde empieza desarrollando una política de atracción de los cristianos sometidos al Islam. Cuando la situación está madura reaparece el forcejeo armado, que se traduce en la conquista definitiva. Esas Marcas, meramente defensivas, van de Cataluña a Navarra.

En el año 795, Carlos retorna y las hostilidades continúan hasta el 812, año en que se estipula la paz con el emirato de Córdoba. Y aunque la expansión franca no puede llegar al Elba, se afianza sobre la vertiente meridional de los Pirineos una amplia faja de territorio que se desplegaba desde Barcelona hasta el Golfo de Gascuña, abrazando Navarra, convertida en protectorado franco.

Gracias a la Marca de España y de Navarra, un macizo parapeto se opone a la presión de los musulmanes, los cuales, de esta manera, no pueden golpear a Europa más que con la piratería. Cataluña y Navarra se convierten en los límites de dos Estados medievales.

Pasos hacia el Gran Imperio

Estando las cosas de esta manera (779), las conquistas de Italia y de Sajonia eran, hasta el momento, las grandes empresas efectuadas por Carlomagno en el exterior. Entonces, ya porque quisiera tomar medidas preventivas frente a sus vecinos peligrosos (árabes, ávaros, eslavos) o porque abrigaba pretensiones de colocar bajo sus dominios, también, a provincias fronterizas (Bretaña y Baviera), emprende una serie de nuevas campañas para seguir construyendo poder, a lo largo de la curva de las recién estrenadas fronteras de su Estado franco.

También los anales palatinos darán cuenta de esas campañas y registrarán, cautelosamente en algunas oportunidades, sus desenlaces; la península armoricana, al Oeste de la Galia, será el siguiente punto que Carlos reducirá a su potestad, teniendo en cuenta la cronología. Los merovingios habían intentado infructuosamente someterla a tributo, conquistando tan solo momentáneos logros. Para conquistar estas tribus, procedentes de Inglaterra y que huían de los anglosajones, la expedición franca crea la Marca británica, puesta bajo la égida de uno de los condes que mejor conocía dicho reino, lo que pareció suprimir la posibilidad de nuevas sorpresas bélicas y sentó las bases de lo que posteriormente sería "una penetración metódica del interior del territorio bretón". Sobre el tema, el

documento real ya citado afirma:

> Pareció que la provincia estuviese enteramente sometida; y lo hubiera estado si la inconstancia de aquel pueblo pérfido no lo hubiese incitado, según su costumbre, a un brusco cambio.

Los pueblos bretones de esta zona se doblegaron en el año 786, aunque su carácter rebelde llevó a originar nuevas expediciones francas en los años 799 y 811. El sometimiento del ducado de Benevento, en el sur Itálico, y al noroeste de Nápoles, será su inmediato trofeo de guerra. El duque Aragiso, consciente de los planes del emperador franco y para evitar derramamientos de sangre de su pueblo, entregó a sus dos vástagos como rehenes a la causa de la evangelización, y juró fidelidad al cristianismo. Carlos acepta las ofertas del duque y después de recibir sus juramentos, se retira a sus dominios francos. En el año 787 se completa la conquista de la Lombardía con la sumisión del ducado de Benevento.

A pesar de la brusquedad y la tozudez que caracterizó a Carlos, a lo largo de su vida como emperador, Baviera, nación de antiguos asentamientos, desde largo tiempo cristiana, celosa de su independencia y muy apegada a su veleidosa casa ducal, representada por el duque Tasilón, corrió mejor suerte y recibió hasta un trato condescendiente, que muchos historiadores califican de excepcional. Con este país, Carlos mantuvo prudentes negociaciones y mucha paciencia, característica contraria a su estilo de mando y a su personalidad inquieta y arrolladora.

Tasilón jura fidelidad a Carlos, pero reincide en la mentira, pues, anteriormente, había pactado con los eslavos, y después con los ávaros. Carlos no soporta tamaña traición y mucho menos era partidario de movimientos separatistas de elementos no francos dentro del reino, y dirige sus tropas contra Baviera. El duque se ve descubierto y suplica clemencia al rey franco, que lo condena a prisión perpetua en el monasterio de Jumiéges. A partir de ese momento, Carlomagno se preocupa por no herir el decoro de los bávaros y aún después de la incorporación al Estado franco, Baviera pudo conservar su autonomía. Nuestro rey queda para la historia como el continuador del abolido poder ducal.

Muy distinta y hasta audaz fue la estrategia llevada adelante contra el pueblo ávaro.

El plan franco, realmente adelantado para la época, consistía en el empleo conjunto de varios cuerpos de ejército que avanzarían sobre la frontera ávara concurrentemente y en simultáneo, desde disímiles direcciones, con la intención de desbordar y quebrar sus defensas estáticas y destruir todas las posiciones fortificadas del enemigo.

Los ávaros eran pueblos de tribus eslavas, procedentes de las estepas asiáticas, que tenían sus asientos territoriales en el centro del valle del Danubio, en fronteras inciertas. Habían construido un imperio a lo largo del Danubio medio, desde donde su caballería jaqueaba a los pueblos del Báltico al Peloponeso. Sus bienes y supervivencia eran obtenidos a través del robo, eran depredadores profesionales y el producto de sus saqueos lo reunían en un cuartel general, un gran recinto circular fortificado. Hacía ya mucho tiempo que los ávaros habían confiado la protección de sus territorios fronterizos a una serie de fortalezas estratégicamente situadas, denominadas con el vocablo germánico ring o círculo, que cerraban el paso a la llanura panonia. Su ring estaba emplazado, al parecer, a fines del siglo VIII, entre el Tiza y el Danubio.

Santiago carga contra los musulmanes en la batalla de Clavijo, de Casado de Alisal. Al igual que Santiago, Carlomagno emprendió la tarea de expulsar a los musulmanes.

Entre los años 787 y 796, los ataques y las campañas francas se prolongan permanentemente contra los dominios ávaros, algunas con éxito. Otras terminan en fracaso debido a enfermedades en las tropas, falta de alimentos, desánimo y hasta carencia de forrajes para los animales, que integraban las caballerías. Una a una las incursiones se fueron sucediendo, en el escenario de la actual Hungría, y en ellas, Carlos intentó no cometer los mismos errores logísticos que en las operaciones anteriores. Su hijo, Pepino, y un grupo de miembros de la nobleza franca, recibieron la confianza del monarca para dirigir la larga contienda, que tenía entre sus propósitos apoderarse de las riquezas de los ávaros.

La conquista del famoso tesoro de los ávaros (796), procedente de los saqueos que éstos habían acumulado durante dos siglos, fue narrada por Eginardo de esta manera:

> …del número de batallas que se libraron y de la cantidad de sangre que se derramó en esta guerra dan testimonio Panonia, completamente despoblada, y el lugar en donde estaba emplazado el palacio del Kan, hoy tan desierto que ni siquiera queda vestigio alguno de que se hubiera vivido allí. En esta guerra pereció toda la nobleza una (ávara), su gloria decayó completamente; todo el dinero y tesoros que había amontonando durante largo tiempo les fueron arrebatados. No se tiene memoria de ninguna otra guerra en que los francos se enriquecieran tanto y obtuvieran tamaña fortuna. Estos, que hasta entonces podían considerarse prácticamente pobres, hallaron en el palacio tanto oro y tanta plata y conquistaron en las batallas tan magníficos botines que con razón se puede creer que los francos arrebataron en justicia a los hunos lo que los hunos injustamente habían arrebatado antes a otros pueblos.

Dicha victoria permitió a Carlomagno resolver inmediatos problemas financieros, ampliar y enriquecer el Estado.

Por su parte, el emperador de Bizancio, Flavio Mauricio Tiberio (539-602), en su tratado de arte militar intitulado: *Strategikon* ya hace un cuidadoso retrato de los pueblos ávaros y los define como pícaros, taimados y muy experimentados en las cuestiones militares:

> Sus naciones tienen una forma monárquica de gobierno, y sus gobernantes los someten a crueles castigos por sus errores. Gobernados por miedo y no por amor, soportan fielmente rudos trabajos y labores. Resisten calor y frío y la carencia de muchas necesidades, dado que son nómadas. Son muy supersticiosos, traicioneros, sucios, pérfidos y poseídos por un insaciable deseo de riquezas. Desprecian sus juramentos, no respetan pactos y no se contentan con obsequios. Aún antes de aceptar el obsequio, hacen planes para traicionar y engañar con quienes acuerdan. Son muy inteligentes para estimar las mejores oportunidades para hacer esto y sacar inmediatas ventajas. Prefieren prevalecer sobre sus enemigos no tanto por la fuerza como por el engaño o la

mentira, ataques por sorpresa y corte de suministros.

Explica Mauricio que los ávaros asistían a sus actos de pillaje armados con mallas, espadas, arcos y lanzas. Eran capaces de atacar doblemente con lanzas que arrojan por sobre sus hombres y sostener en sus manos un arco, que usaban según los requerimientos de las circunstancias. No solo usaban armaduras, sino que los caballos de sus hombres importantes tenían cubierta su frente con hierro y fieltro. Sus hordas prestaban especial interés al entrenamiento del tiro con arco sobre caballo. Se hacían seguir de una gran manada de caballos y yeguas con el fin de dar la impresión de un gran ejército y no acampaban en trincheras, como hacían los romanos y los persas, sino que se distribuían dislocadamente en sus tribus y clanes, manteniendo sus caballerías prestas a formar la línea de batalla, acto que solían realizar al amparo de la noche. Durante sus acampes siempre utilizaban centinelas a cierta distancia para impedir ser tomados por sorpresa.

> En combate [sigue apuntando Mauricio en su obra, escrita en doce libros, basados en su experiencia militar y considerada como una de las piezas bibliográficas cruciales sobre armas combinadas, anterior a la Segunda Guerra Mundial] no hacen como los romanos y los persas, de formar su línea de batalla en tres partes, sino que se colocan en varias unidades de número irregular, todos formados muy juntos para dar la apariencia de una larga línea de batalla. Separada de la formación principal, tienen una fuerza adicional a la que pueden enviar para emboscar a un enemigo descuidado o mantener en reserva para ayudar a alguna sección que esté soportando mucha presión. Prefieren las batallas de largo aliento, las emboscadas, rodear a sus adversarios, simulando retiradas y retornos repentinos y formaciones en forma de cuña, esto es en grupos dispersos. Cuando hacen huir a sus enemigos, dejan todo a un lado y no se conforman, como los persas, los romanos y otros pueblos, con perseguirlos hasta una distancia razonable, saqueando sus pertenencias, sino que no los dejan hasta haber obtenido la completa destrucción de los mismos.

Es una vez conquistado el territorio ávaro en el 796 que Carlos decide convertir Aquisgrán (Aachen, en alemán, considerada por muchos la "cuna de Europa", por su vocación civilizadora), a un paso de la frontera con Bélgica y Holanda y su lugar preferido desde la niñez, en la capital de su Imperio y asienta definitivamente en ella su corte, después de emplearla como tal desde dos años antes.

Las miras expansionistas continúan y Carlos se dirige contra los eslavos, ubicados en las fronteras orientales de Sajonia, de Turingia y de Baviera, luchando contra los welátabos, a los que se aliaron los sajones. Hay que recordar que estos pueblos del Mar Báltico se rebelaron en diversas oportunidades y recibieron la respuesta bélica de los francos.

La política de Carlos con los eslavos no fue tanto la búsqueda de la anexión a su Imperio, sino tenerlos "en estado de sujeción y posiblemente de control". Los welátabos son reducidos también, en el 789, cuando un ejército, dirigido personalmente por Carlos, integrado por francos, sajones, abodritas y frisones, les exige la capitulación y el sometimiento.

El recodo nororiental del reino franco, entre el Rhin y el Weser, estaba habitado por los frisones o frisios, grupos étnicos de origen neerlandés, irreductiblemente paganos, que se resistían desde el siglo VII a la evangelización y no querían ser asimilados. Estos grupos son derrotados en el año 785, y tras la victoria franca serán sometidos a una lenta pero exitosa cristianización, labor seguida muy de cerca por los clérigos, radicados en abadías y monasterios.

Las últimas guerras libradas por Carlomagno fueron contra los bohemios y checos (805), los linones (808-811), los sorabos (806) y los daneses (810), pueblo este último, dirigido por su rey Godofredo, que ambicionaba dominar toda la Germania.

Como consecuencia de todas estas campañas bélicas, desplegadas durante los cuarenta y siete años que duró el reinado de Carlos, sus dominios se duplicaron en relación a lo heredado de su

padre, Pipino el Breve. Sus potestades se extendieron hasta la Península Ibérica y el centro de Europa, contando con Italia, Germania, Sajonia y la Dacia, estableciendo en el Danubio la frontera este, o sea, desde la desembocadura del Elba hasta los Pirineos y desde el Pirineo oriental hasta el sur de Roma.

Flavio Mauricio Tiberio, más conocido como Mauricio I, emperador de Bizancio de 582 a 602, que describiera a los ávaros como arteros.

A partir de este momento, según palabras del historiador francés Louis Halphen, uno de los grandes especialistas del período medieval, Carlomagno se convierte en "el árbitro de Occidente".

La coronación

Una vez que queda restablecido el antiguo Imperio Romano de Occidente se dan materialmente las circunstancias para que el 25 de diciembre del año 800, mientras Carlomagno oraba en la Basílica de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en Roma, el Papa León III le ciñera la corona imperial, a semejanza de lo ocurría con los emperadores de Bizancio, afianzándose la unión entre la Iglesia y el Estado. Ese día tiene lugar el evento más importante en la vida de Carlos y es a partir de ese instante que se le comienza a denominar Carolus Magnus (Carlomagno), nombre con el que ha trascendido a la Historia.

En la víspera del día en que Carlos debía llegar a la "Ciudad Eterna" (narran las crónicas de la época y los *Annales Regni Francorum*), el papa León se hizo acompañar por un grupo de romanos y le salió al encuentro en Nomentum, a doce millas de esa urbe, recibiéndolo con mucho respeto y honores:

> Comió con él en este sitio y en seguida partió para precederlo en su llegada a Roma. Al día siguiente le esperó en las gradas de la basílica de San Pedro Apóstol, mientras los estandartes de la ciudad de Roma eran enviados al encuentro de Carlomagno, donde grupos de peregrinos, así como habitantes, se colocaban en sitios convenientemente escogidos para aclamar a aquel que llegaba. Fue el papa en persona, acompañado del clero y sus obispos, quien recibió al rey al descender del caballo y en el momento en que este subía las gradas. Después de haber pronunciado una arenga, lo condujo a la basílica de San Pedro Apóstol, en medio de los cánticos de toda la asistencia.
>
> Después de estos acontecimientos, el día de la festividad del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, se reunieron todos de nuevo en la susodicha basílica de San Pedro apóstol. Entonces, sin saberlo nuestro señor Carlos, cuando se levantaba de la oración que acababa de hacer, antes de la misa, delante de la confesión de San Pedro, el Vicario de Cristo le impuso una corona sobre la cabeza. Entonces todos los fieles, viendo la protección tan grande y el amor que tenía a la Santa Iglesia Romana y a su vicario, unánimemente gritaron en alta voz, con el beneplácito de Dios y del bienaventurado San Pedro, portero del Reino Celestial: "¡A Carlomagno, piadoso augusto, por Dios coronado, grande y pacífico emperador, vida y victoria!". Ante la sagrada confesión del bienaventurado San Pedro apóstol, invocando la protección de todos los santos, por tres veces fue pronunciado este grito, y fue proclamado por todos emperador de los romanos. Inmediatamente después, el santísimo prelado y pontífice ungió con

los santos óleos al rey Carlos, su excelentísimo hijo.

Una vez realizada esta proclamación, el pontífice se prosternó delante de él y le adoró siguiendo la costumbre establecida de la época de los antiguos emperadores. y desde entonces, Carlos, dejando el nombre de Patricio, llevaría el de Emperador y Augusto.

Es conveniente apuntar que antes de dicha coronación ya se puede considerar a Carlomagno como emperador, pues desde hacía algún tiempo se atribuía privilegios y facultades que correspondían a ese alto cargo imperial. Su accionar en Italia y Roma o después de conquistada Lombardía y el llevar ceñida la corona de hierro de los lombardos, habían ido acrecentando esta imagen a pasos agigantados. De ahí que uno de los más prestigiosos medievalistas, el ya citado historiador francés, Louis Halphen, profesor de la Universidad de París desde 1934 y con una abundante documentación sobre el imperio carolingio y la figura de Carlomagno, haya dicho sobre esta etapa:

> …hay que declarar que todo sucedió como si Carlos considerase el imperio como una realización momentánea, llamada a desaparecer con él mismo.

Aunque muchos estudiosos del tema han teorizado ingenuamente acerca de que Carlos, en ese momento (otoño del año 800), no tenía idea acerca de su jerarquía y desconocía su verdadero liderazgo al tener en sus manos el imperio y el poder político en un solo mando, pensamos que ya nuestro líder sabía de su influencia dentro de los muros eclesiales, de su poderío militar y territorial y sobre todo, de la necesidad de realizar una coherente organización administrativa que le posibilitara reorganizar el imperio y robustecer aún más sus dominios; él deseaba, codiciaba y esperaba obtener su título imperial.

Por ello, en el año 814 designó y coronó personalmente como su sucesor al único hijo que le quedaba, Luis (que pasó a ser conocido como Luis I el Piadoso o Ludovico Pío, nacido en el año 778 y muerto en el 840).

Aparte del esplendor de la corona de emperador romano que llevaba sobre su encanecida y abundante cabellera, como muestran los grabados de la época, ya sabía que era el guardián de la Iglesia y que su ámbito de maniobra abarcaba de lo político a lo religioso; de lo militar a lo judicial; de lo legislativo a lo económico, pues, además, era el dueño de la cámara, lugar donde se guardaban las joyas y las monedas, consideradas como propiedad del emperador Carlomagno. Entonces, tenía ya cuantiosas posesiones de tierras cultivables y numerosos palacios.

Si la consagración imperial hizo en teoría lo que se daba hace un tiempo de hecho, como han apuntado los historiadores, a partir de ese instante el rey adquiere el rango del principal gobernante de Occidente, lo que sumado a la dignidad Patricia de Roma, perteneciente al familia Carolingia desde lo antiguo...

> …lo eleva a la dignidad de supremo protector temporal de la Cristiandad Occidental y de la Iglesia Romana. Esto [como ha apuntado el historiador británico, Thomas J. Shahan, en uno de sus estudios] no solo significó el bienestar del papado, el buen orden, y la paz en el patrimonio de San Pedro, sino también frente al mundo pagano (las naciones bárbaras del Norte y el Sudeste), una responsabilidad religiosa, el estímulo y protección de las misiones, el crecimiento de la cultura cristiana, la organización de distintas diócesis, la entrada en vigor de una disciplina cristiana de vida, la mejora del clero; en una palabra todas las formas de cooperación gubernamental con la Iglesia, las cuales están presentes en la vida y la legislación de Carlos.

También es cierto que su nombramiento imperial intentó ponerle coto a la cuasi-anarquía que fomentaban las intrigas y pasiones locales palaciegas, los intereses y ambiciones de muchas familias poderosas y las acciones contrarias que promovían los bizantinos, comprometiendo también a sus hijos en la defensa y protección de la Iglesia romana.

Su título como emperador romano no solo le confiere el puesto de guardián de la cristiandad, sino que obliga a todos sus vasallos al juramento de fidelidad a su investidura y poder. Pero Carlos no estaba conforme aún; necesitaba el reconocimiento, además, de la corte de Bizancio, del Oriente. Y si hasta el momento el Occidente cristiano había dejado de mirar hacia Constantinopla, la presencia musulmana en la orilla meridional del Mediterráneo no podía ser borrada de un plumazo ni ignorarse.

La palabra cuando no la esperaba

En cada ribera del antiguo "Mare Nostrum" se alzaba una concepción disímil de la religión, la vida y los pensamientos; sus enfrentamientos eran variables, pero existirían siempre, aunque el mar incomunicara, sobre todo en estos momentos en que las flotas no estaban desarrolladas. Con el propósito de buscar ese reconocimiento, Carlos manda a varios obispos y condes, como sus representantes a Constantinopla con el fin de negociar, intercambiar embajadas y entablar conversaciones, allanando el camino para lo que sucedería en el año 812, cuando enviados del emperador Miguel se apersonan en Aquisgrán y le saludan con el título de *Basileus*, que solo se otorgaba a los emperadores de Oriente.

Para compensar el gesto y en señal de agradecimiento, Carlos envía a Amalario, obispo de Tréveris, y a Pedro, abad de Nonántula, con una carta de intención para concluir un tratado de paz definitivo con Constantinopla. En dicha carta credencial se felicitaba y regocijaba por el establecimiento de la paz entre el Imperio de Oriente y el de Occidente, que implicaba de hecho el reconocimiento deseado por Carlos a sus potestades. Ello corrobora, además, las dotes de diplomático y negociador del rey franco, que se convertirá, en adelante, en uno de los puntos fuertes de su reputación y poder.

La coronación de Carlomagno en San Pedro, Roma, en el año 800.

A partir de ese momento no desdeñará esfuerzos por codearse con los reyes más distinguidos de su época, como Alfonso II, apodado el Casto de León, o con el califa abassí de Bagdad, Harun al-Rachid o los emperadores de Constantinopla, para negociar armisticios, treguas, defecciones, sumisiones, alianzas, procederes ligados a un intercambio de juramentos que para Carlos constituían la base de una práctica que logró instaurar, muy ligada al honor y la palabra empeñada, cualidades que para él tenían gran significación en el código de los nobles.

Por su parte, con Gran Bretaña mantiene relaciones económicas, en tanto no puede pensar en una penetración territorial pues el ejército franco no poseía flota, pero intenta ejercer sobre ella una gran influencia con el intercambio de embajadores y consejeros. Alcuino de York desempeña aquí un rol casi protagónico, pues sirve de puente entre los jefes de Estado y lleva correspondencia personal de un lado a otro y hasta se llegan a firmar algunos pactos. A Carlomagno lo unía con los anglosajones la amistad, y la confianza asentada en la comunidad de intereses económicos, políticos y religiosos.

En honor a la verdad, fueron muy pocos los años en que Carlos permaneció tranquilo en el palacio de los francos, sin urdir nuevas guerras y expansiones, pero siempre intentó tener solo un enemigo con quien combatir. Y cuando poseía dos contendientes al mismo tiempo, fue capaz hasta de realizar algunas concesiones circunstanciales para evitar desgastes en dos flancos a la misma vez, principio de todo estratega militar.

Durante los siglos VI y VII, el cristianismo se expandió así por Europa Occidental, esparciéndose desde las iglesias rurales, las abadías y los monasterios. La variedad de los contextos culturales en los que se desenvolvió dio vida a disímiles lenguajes teológicos y hasta diversas formulaciones doctrinales. En sus prédicas a los sectores más humildes y agrícolas, los clérigos apelaron a todos los recursos para sembrar las ideas del cristianismo, como por ejemplo, instaurar el culto a los santos superponiéndolo a los antiguas devociones paganas, produciendo una especie de sincretismo religioso, de mixtura teológica, cuyo eje era el catolicismo.

Inteligentemente, la Iglesia proyectó reforzar los vínculos locales y posibilitó que los nobles, de mayor cultura y saber, se convirtiesen en obispos, especialmente los descendientes de la aristocracia senatorial romana, que, luego, fueron importantes maestros de la evangelización e impulsores de la cultura y las bellas artes. Fue precisamente entre ellos que, desde el seno de la Iglesia, se cultivó la cultura de la antigüedad romana con la nueva mentalidad religiosa que se expandía.

En resumen, a lo largo de las fronteras terrestres del Imperio franco, las marcas o "avanzadas" que se fueron instalando lo protegieron y preservaron de incursiones enemigas por sorpresas. Los dominios francos trazan un sólido escudo protector en sus corredores terrestres, y solo el futuro revelará su "Talón de Aquiles" en casos de ataques marítimos, pues aunque Carlos disponía de un inmenso litoral marino, no desarrolló una flota capacitada para dar batalla y vencer a las móviles y escurridizas embarcaciones escandinavas, que sabrán, después de la muerte de Carlomagno (814) sacar beneficios de la discordia, anarquía y pobreza del mal conducido Imperio.

El arte de un gran estratega

Las triunfantes conquistas y asedios de Carlomagno lograron unir los reinos de Europa Occidental en un solo Estado, con las excepciones de Inglaterra y la Península Ibérica. Con su accionar, el rey franco no consiguió únicamente un orden en las instituciones políticas y sociales de Europa

Occidental, sino que también produjo un fuerte cimbronazo en el arte de la guerra. Aunque a la sazón era solo un semi-letrado con mucho poder, que había pasado la mayor parte de su existencia jugándose la vida entre caballerías, espadas, dagas, lanzas y escudos, ya tenía granjeado el respeto de los nobles de su época debido a su habilidad de guerrero y por la aplicación de su inteligencia, talento y capacidad para solucionar los más difíciles problemas de gobierno. De ahí que muchos expertos afirmen que su contribución al arte de la guerra se entrelazó indisolublemente con la sociedad feudal, que emergía vertiginosamente, de manera casi imparable.

Son muy valorados y estudiados sus aportes estratégicos militares en el campo de batalla. Fue él quien primero se percató de la importancia e implementó el aumento proporcional de la caballería en el ejército franco; al desarrollar un programa de incremento del servicio de caballería, posibilitó ampliar cuantitativa y cualitativamente las guerras ofensivas, muchas más que en los tiempos de Carlos Martel (su abuelo) o Pipino el Breve, su progenitor, que fueron autoridades de su tiempo en el arte de las contiendas militares.

También fue Carlos el que se percató de que los soldados no podían llevar en sus alforjas y fardos todas las vituallas necesarias para sus continúas batallas y expediciones. Y para evitar tener que desperdigar sus tropas y mandarlas a aprovisionarse a los castillos y condados (lo que hubiese implicado la desorganización y las bajas temporales, de presentarse el combate con el enemigo por sorpresa), creó una suerte de retaguardia, de base de abastecimientos, de reserva móvil que llevaba grandes cantidades de alimentos, ropas, forrajes y hasta herreros, encargados de afilar lanzas, fundir espadas y enderezar escudos. Todo este ejército vital de reserva apuntaba a poder continuar la iniciativa militar, incluso en los momentos de más crudo invierno.

Se sabe, por ejemplo, que durante el año 800 ó 801, cuando Carlos invade Cataluña, apoyado por su hijo Luis que sitió Barcelona, su ejército, formado por un tercio de todas las tropas, movió y mantuvo cerca a su base de abastecimiento, lo que le posibilitó resistir y asediar en mejores condiciones la ciudad española, aún en plena temporada invernal.

En dicha campaña, Carlos instruyó a Luis para construir un cerco de doble trinchera, preparado en el interior para acorralar y hostilizar a la fuerza sitiada, y en el exterior para rechazar a la fuerza enemiga, si intentaba levantar el sitio. Solo de esta manera logró tener una reserva de provisiones y hombres para relevar a los contingentes fatigados por los rigores del clima frío. Esa estrategia allanó el camino para la "hibernación" de sus tropas en territorio adverso, y le posibilitó seguir aguijoneando al contrario hasta su total desequilibrio.

Por otra parte, también, vetó la posibilidad de que los comerciantes de sus feudos sacaran del territorio cotas de mallas de hierro, empleadas para construir escudos y armaduras, pues en tiempos de guerra eran necesarias para producir y restaurar esas armas defensivas dentro de las fronteras francas. Si un comerciante era atrapado enviando ese material fuera del reino, era penado con la confiscación de todas sus propiedades. De ahí que siempre se ha afirmado que los ejércitos francos estaban entre los mejores equipados de su tiempo.

Se conoce que su ejército no era permanente; lo improvisaba cada vez que resultaba preciso por razones de combate y lo componía de todos los hombres dueños de una determinada propiedad territorial. Sus obligaciones militares guardaban mucha relación con su riqueza patrimonial. De esta manera, los más poderosos, además de su obligación personal de servicio militar individual, debían equipar a un soldado por cada tres hectáreas de tierra en posesión.

Los soldados no recibían remuneración alguna y debían proporcionarse todo su equipo de

combate. Estos casi siempre integraban la infantería, en tanto que los más acaudalados prestaban su servicio en la caballería, que era considerada casi una casta social dentro del ejército franco-germano.

Carlos también dictó varias capitulares para avasallar a los lombardos y ponerlos al servicio del ejército franco. En su orden del año 786, por ejemplo, se especificaba no solo detalladamente quién debía prestar servicio cuando se necesitaba un ejército, sino también se incluía una lista puntual de todo el equipo adicional y la vitualla que debían acompañar al noble que hacía la guerra; más aún, se pormenorizaban las demandas a cada porción particular del Imperio. En una región como Lombardía, donde los jinetes y caballos abundaban, se reclutaría principalmente caballería, mientras los sajones (pertenecientes a las clases más humildes) cederían primordialmente fuerzas de infantería, ubicadas en el primer círculo defensivo, las encargadas de los primeros encontronazos con el enemigo.

Luis XII en oración protegido por Carlomagno. Carlos fue elevado a la dignidad de supremo protector de la Cristiandad Occidental. La escena representada en esta miniatura del siglo XV así lo revela.

Si algo fue ponderado como una de las grandes contribuciones e innovaciones de Carlomagno, fue su construcción sistemática de fortificaciones, las denominadas marcas, consideradas cruciales en el resultado de sus victorias. Ellas contribuyeron a proteger los propios campamentos y a trabar el paso del enemigo por la zona. Para su construcción disponía de un grupo de ingenieros, curtidos en esos menesteres.

Carlos nunca evacuó una provincia conquistada después de tomar algunos hombres como esclavos o apropiarse de algún tributo. Plazas como Magdeburgo (actual capital del Estado Federado de Sajonia-Anhalt, en Alemania) o Paderborn (una ciudad del estado alemán de Renania del Norte-Westfalia) fueron fortificadas. También Bremen (o Brema, en castellano), en el noroeste de Alemania, que actualmente forma con el puerto de Bremerhaven la Ciudad Libre Hanseática de Bremen o Estado de Bremen. Los registros apuntan que en el año 787 Carlomagno funda el obispado de Bremen y esta ciudad se convierte en el centro de la cristianización de Europa del norte. Allí se construyó la primera Catedral, que lleva por nombre Pedro, en homenaje al apóstol. Dichas fortificaciones siguieron siendo centros de la actividad política y económica aún después de la

muerte de Carlomagno y la desintegración de su Imperio.

Mucho se habla, además, de su constante preocupación, casi obsesión, por introducir reformas dentro de las instituciones que heredó y cambiar la vida de su gente, y el ejército no escapó a ese propósito personal. Aún se conservan muchas capitulares como testimonio de que su accionar en terrenos militares siempre resultó muy creativo y original. Fue el primer príncipe que demostró cierta preocupación por la elaboración de reglamentos sobre la composición y organización de sus huestes guerreras, y se supo rodear de hombres de probada valentía y bravura en el combate.

Cuentan los historiadores y los *Anales reales* que una vez dispuesta una incursión en otros dominios, Carlos hacía redactar un acta, en forma de capitular, donde pormenorizaba lugar, hora y número de hombres convocados para el combate. Dicho documento organizativo era transmitido a condes, obispos, abadías, y llegaba a conocimiento de todos los involucrados en el combate. Sus comandantes de unidad, lugartenientes u oficiales eran los encargados de llevar a la práctica los objetivos e implementar las órdenes imperiales en el terreno.

En los tiempos de calma el ejército no existía, excepto la compañía de guardia que cumplía funciones de escolta personal del rey y algunos grupos de soldados, con base en las fortalezas o marcas o en los países enemigos que era preciso pacificar y dominar. Muchos hombres que entonces no se dedicaban a estas lideres eran utilizados en el campo, en labores de siembra y cultivo o en el trabajo con las caballerías y la gestión administrativa.

En tiempos de guerra, se hacían llamadas al servicio militar para integrar las filas del ejército y solo el clero era excluido de esta tarea. Los obispos y sacerdotes, que lo consideraban necesario y estaban dispuestos, podían unirse con las tropas para cumplir con el ministerio divino de celebrar misas y llevar las reliquias cristianas y los santos.

Como buen estratega , Carlos nunca convocó a más guerreros que los que precisaba para su accionar bélico y siempre de acuerdo con las características de la expedición proyectada, el terreno en el que se iba a mover y sus accidentes geográficos, el despliegue de sus tropas, teniendo en cuenta además el posible enemigo y cómo podría reaccionar. De ahí que prefería reclutar a los hombres más fuertes y avezados en el arte de la guerra de zonas cercanas al teatro de operaciones militares.

Sin titubeos, siempre andaba en la búsqueda de dos ventajas cruciales para el combate: la rapidez y la economía de recursos. A pesar de ello, muchos cronistas que cooperaron con la aureola mítica que se cimentó alrededor de la figura de Carlos hablaban de un rey haciendo la guerra con todo el ejército de Francia, como si mover a semejante cantidad de hombres y recursos no hubiera sido un absurdo para cualquier monarca medianamente sagaz.

Para garantizar un pronto y adecuado reclutamiento, Carlomagno dictó leyes que viabilizaban su organización, ejecución y aprovisionamiento. Así surgieron algunas capitulares que hablaban de sanciones en caso de demoras en la inscripción o de presentaciones sin armas, víveres y el vestuario adecuado. Para estos incumplidores se disponía privación de la carne y del vino. Quien faltare al llamado o no se presentase era multado sin tener en cuenta ni la persona, ni las amenazas o lisonjas que esgrimiera. En casos de deserción era aplicado todo el rigor de ley imperial, reconociendo en este acto un crimen de lesa majestad que debía ser castigado con la pena de muerte, según una antigua costumbre, y con la confiscación de todos los bienes.

En uno de sus tantos mensajes imperiales, enviados a las abadías de la demarcación, Carlos manifiesta (obsérvese el tono instructivo y autócrata de las frases):

> Vendrás con tus hombres al lugar indicado, porque desde allí te enviaremos la orden de marcha. Debes traerlos pertrechados,

vale decir con armas, instrumentos, víveres y vestuario; en fin con todo lo que es útil en la guerra. Cada uno de tus caballeros debe tener escudo, lanza, espada, daga, arco, carcaj y flechas. Cada uno de tus carros debe contener hachas, segures, cuerdas de tripa y azadas de hierro y todos los demás arneses necesarios para combatir al enemigo. Que los utensilios y víveres puedan durar tres meses, que las armas y vestuarios sean en cantidad suficiente como para seis meses. Si te ordenamos todo esto, es para que los hagas cumplir y llegues tranquilo al lugar que nosotros indicamos; también para que a lo largo del camino no debas ocuparte de otra cosa que de la hierba, de la leña y del agua que necesitarás.

Si recto y autoritario fue en el reclutamiento, más lo fue en la organización de la vida cotidiana en los campamentos y en los sitios de acantonamiento de las tropas. En esos lugares era implacable con las indisciplinas y faltas de comportamiento. Llegó a regular desde la obligatoriedad de la siesta reparadora del mediodía hasta las desobediencias que consideraba más graves, como el invitar a beber o el estado de embriaguez en presencia o cercanía del enemigo. En uno de sus disposiciones planteó:

…todos los que sean encontrados en estado de ebriedad, soportarán tal interdicción que no se les consentirá beber más que agua hasta que hayan reconocido que han procedido mal.

No solo era el pilar y principal jefe de sus tropas, sino que predicaba con su ejemplo y se convertía en el guía mismo de sus guerreros. Y cuando no participaba de la batalla se mantenía en las inmediaciones del campo de guerra, pendiente de cuanto ocurría y del desenvolvimiento de sus huestes y los ataques fulminantes de sus hombres.

Sus cronistas observan que Carlos era tan meticuloso y previsor para trazar una ruta que precisaba de la mayor cantidad de información y podía hasta hacer ir una avanzadilla para observar los pormenores del recorrido y luego poder estar informado de todas las circunstancias del camino. Así se hacía informar de los cursos de agua donde aprovisionar a sus guerreros; de los mejores pasos de acuerdo con las inclemencias del tiempo; del estado de los bosques y los senderos; de las llanuras desprovistas de sitio donde enmascararse y guarecerse (zonas que él consideraba de máximo peligro por ser pasibles de emboscadas enemigas, cosa que procuraba evadir siempre que podía); de los tiempos de las cosechas; las epidemias de la zona; las inundaciones y otros imprevistos que pudieran repercutir en el buen desarrollo del curso de la guerra.

Carlomagno fue, en definitiva, un monarca franco con tierras que abarcaban la mayoría de Europa Central, y que con su gestión administrativa y militar acrecentó la práctica feudal. Bajo su dirección se mejoraron las comunicaciones de la época, los recursos económicos y las instituciones gubernamentales. Después de su muerte (814) otro poder externo aceleró la división del Imperio y la instauración de una sociedad netamente feudal.

Sin dudas, el mensaje evangélico cristiano, para transformarse en religión oficial, en estos primeros siglos de la futura Europa, tuvo (como expresan muchos teólogos e historiadores) que hacer un “arreglo” con el mundo en el que se insertaba, con los usos y las costumbres feroces del Imperio, con la mística guerrera de los pueblos bárbaros. Tal cual afirmó el escrito italiano Umberto Eco en su artículo periodístico *Pedir perdón*, publicado en el diario *La Nación*, de Buenos Aires (25 de junio de 2006)...

…una cosa es el mensaje cristiano, otra la civilización cristiana como fenómeno romano-barbárico.

4

¿Una administración memorable?

Todo hombre puede encenderse a sí mismo una luz en la noche

Heráclito.

Carlomagno no fue exclusivamente un guerrero y un empecinado conquistador; sus potencialidades también han sido alabadas objetivamente en los terrenos de la administración estatal y la legislación y aunque, en oportunidades, los métodos que empleó fueron más los de un patriarca autocrático y despótico (hay que recordar que se había convertido en heredero de los césares, pero estaba emparentado con la raza germánica, es decir era un descendiente de los bárbaros que destruyeron el Imperio), también se le ha estimado como un hombre de Estado por su sentido de la dirección, la función gestora de gobierno y su preocupación por mejorar la situación del pueblo franco, en el conflicto, propio de ese período, que intentó librar por la civilización contra la barbarie.

Durante sus casi cuarenta y seis años de reinado fue por excelencia un conductor pragmático (adecuado siempre a las circunstancias, a cómo batían los aires), con unas capacidades de liderazgo inusuales para la época, y un talento inusitado para el dictado e implementación de leyes y ordenanzas. Estas abarcaron un amplio espectro temático, desde cuestiones relativas a los monasterios, a la situación de los pueblos conquistados, la educación, la gestión de dominios imperiales, hasta la organización del Palacio, las finanzas, la economía, etc. También se distinguió por hacer cumplir las capitulares y la implementación de las leyes dictadas bajo su tutela.

La disciplina y el rigor que sostuvo en estas tareas eran cualidades intrínsecas de su personalidad, su sello de mando individual, y una expresión material del rigor con que fue educado. En el gravitaron las exigencias en la infancia y adolescencia, de sus progenitores, sobre todo de su padre, que intentó hacer de él un futuro monarca y, más aún, un guerrero hábil.

No en vano ha sido considerado el más grande de todos los reyes cristianos, pues aunque su misión no fue la de innovar o reformar, sino la de continuar y consumar la obra emprendida por sus antecesores, con la anuencia de la Iglesia, su esfuerzo gigantesco afirmando la civilización franco-germana fue primordial para el ulterior desarrollo cultural de la región.

Si algo habría que destacar, por encima de todas las cualidades personales enumeradas, sería su sistematicidad para modelar y poner en práctica sus orientaciones, su forma tan particular de ejercer el poder, su manera tan personalista de hacerse seguir por las masas; de ahí que a pesar de que siempre estuvo rodeado de una corte de influyentes funcionarios, no pueda evocarse ningún nombre que haya intervenido con peso propio o ejercido un rol predominante en su conducción. Como han advertido acertadamente algunos historiadores, nunca lograron dirigirlo ni influenciarlo en demasía, ni madre, ni esposas, ni hijos, ni familiares, ni funcionarios o devotos colaboradores, aun los más estimados por él. Nuestro tradicional guerrero germánico impuso un sello personal a las instituciones y a las responsabilidades, heredades por sus predecesores merovingios y sus padres: los recordados

reyes Pipino el Breve y Bertrada, hija de Cariberto, conde de Laon.

Un estilo, el poder y sus circunstancias

Como emperador *romanorum*, Carlomagno organizó toda una confederación dando autonomía a sus jurisdicciones, llamadas pagos, y nombró un conde (existían en total, aproximadamente, unos doscientos cincuenta) al frente de cada territorio, concediéndole amplios poderes administrativos y militares. Los condes estaban tutelados de cerca por los obispos de las demarcaciones o por los abades de los monasterios.

A pesar de este sistema de control, casi panóptico y policíaco, Carlomagno instaló, por si fuera poco, giras de inspección por los pagos, para lo cual creó todo un cuerpo de funcionarios, los llamados *missi dominici* (enviados del Señor), que actuaban a dúo: un laico y un clérigo. Eran responsables de informar acerca del estado y el buen o mal desenvolvimiento administrativo de los territorios.

Aunque ya hemos apuntado algo sobre este tema en el capítulo anterior, es preciso reconocer que su sistema de marcas, rodeadas de fortificaciones en los límites de sus dominios, imposibilitó los ataques bárbaros de las tribus enemigas y convirtieron en inexpugnables a muchas de las comarcas. Así se estableció contra los eslavos del sur, las marcas del Friul y Corintia; contra los bohemios, la de Norgovia; contra los ávaros lo que posteriormente fue el germen de Austria; contra los sorbos, la Turingia (en alemán Thûringen) del río Saale, situado en el centro geográfico de la actual Alemania, y contra los dinamarqueses la del río Eider, convertido a partir del siglo IX en la frontera entre daneses y alemanes.

El vasto imperio de Carlomagno, que abarcó territorios desde el Ebro y el Tìber, en el sur, hasta el mar del Norte y el Báltico, en el norte, y desde el Atlántico al oeste, hasta el Río Elba, los montes de Bohemia y el curso medio de Danubio al este, llegó a extenderse a los actuales países de Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Alemania, Elovaquia, la República Checa y partes de España, Italia y Hungría, es decir aproximadamente una extensión de 1.532 kilómetros cuadrados que incluían tierras fértiles, valles, ríos, bosques, caseríos, montañas y hasta pantanos.

En sus terrenos, como ya hemos indicado, el pontificado desempeñó un importantísimo papel en la cruzada por instaurar el cristianismo y los supremos bienes de la vida social, teniendo como centro neurálgico las iglesias, monasterios y abadías. Su interés era construir y modelar una organización similar a la propuesta en el libro *La Ciudad de Dios*, de San Agustín, una sociedad casi perfecta, utópica, con hombres y mujeres de gran humanismo, un sistemático estudio de los cánones religiosos y una vida donde la instrucción era vital para alcanzar el espíritu cristiano. Este fue un credo que Carlos siempre sostuvo e intentó implementar olvidando, en ocasiones, que los hombres y mujeres se equivocan, traicionan, mienten y, sobre todo, no son perfectos, rasgo que precisamente los hace más humanos. De ahí que se preocupó por implementar un sistema de socorro a los pobres haciéndolo obligatorio, como una forma de solidaridad por decreto de los que más disponían hacia los que nada poseían, y porque tenía interés en apresurar el progreso de la vida cristiana y el advenimiento del Reino de Dios, según las prédicas de la cristiandad.

De acuerdo con sus propios escritos y alguna epístola, su misión era: proteger a la Iglesia y defenderla.

Para la administración, legislación y aplicación de justicia creó un verdadero cuerpo de funcionarios removibles, dependientes del Poder Real, que llevaron la acción y el cumplimiento de las leyes a los más apartados rincones, y fueron los brazos ejecutores de las aspiraciones del Soberano.

Otro de sus aportes, en ese sentido, fue la organización de un "Señoriado" como poder intermedio, auxiliar entre los más humildes y el rey, para que la comunicación circulara y no se crearan castas aristocráticas locales perniciosas y excesivamente centralizadoras.

Los juristas contemporáneos han valorado que bajo la protección de Carlomagno se echaron los primeros cimientos de una legislación penal, interponiendo la autoridad del Estado entre el ofensor y la víctima, suavizando las penas y ejerciendo la prerrogativa del indulto, tal como advertía Eginardo, su biógrafo y notario:

> Después de tomar el título imperial, viendo las deficiencias de las leyes de su pueblo, pues los francos tienen dos leyes muy distintas en muchos lugares, pensó completarlas corregirlas y unificarlas […] Pero en ello no se hizo otra cosa que añadir algunos capítulos, y éstos imperfectos, a las leyes. Sin embargo, mandó codificar las leyes de todos los pueblos de su imperio que no las tenían escritas…

Miniatura de un manuscrito de *La Ciudad de Dios,* de san Agustín. Siglo XV, Biblioteca Real de Bruselas. Aquel modelo de sociedad casi utópica que postulaba la obra fue el que quiso reproducir Carlomagno.

En el año 802, Carlos convocó a una gran asamblea, integrada por altos funcionarios laicos y religiosos y resolvió la restitución, la enmienda y los complementos de la legislación civil vigente, al tiempo que sugirió un mejor conocimiento de los cánones del Concilio y de los decretos papales, como así también de la Regla de San Benito para los monjes bajo la cual se organizó la vida de los llamados benedictinos, y que introducía los votos de castidad, pobreza y obediencia. Su artífice fue san Benito de Nursia, quien fundó el primer monasterio cristiano de Occidente, en Montecasino, Italia. Carlos aportó correcciones a la legislación de su reino con una serie de capitulares y agregados a ciertas leyes nacionales. Se intentaba así rever el derecho antiguo, considerado sagrado e intocable, y se reformulaba el derecho de los pueblos.

La familia era el soporte organizativo de la sociedad, y como habían muchas imperfecciones legislativas, el padre, en su rol de juez, estaba facultado para resolver los conflictos en lo interno; la agresión contra un miembro de la familia obligaba a todos sus parientes a vengarse y castigar al culpable. Ello provocaba constantes luchas interfamiliares, vendettas. Y para acabar con esta

situación de extrema violencia, se establecieron precios por los delitos; muchos de estos eran pagados en especies, sobre todo en reses para la familia damnificada.

Veamos, ahora, el tema de la restauración imperial, que no representó para Carlos ninguna ventaja material y efectiva, en tanto en nada ampliaba sus territorios (ya conquistados) ni dilataba su poderío, pero tenía, en cambio, un extraordinario alcance espiritual y moral, prestigiándolo al convertirlo en heredero de los césares romanos y darle una mayor legitimidad como continuador de una obra de muchos cientos de años.

El gran restaurador

A pesar de que su imperio era un vasto enclave, donde disímiles etnias tenían asiento y todas respondían a su cultura de origen (por un lado estaba la población de la Galia y de Italia, de origen latino; por otro, la amalgama de pueblos de estirpe germánica, tan dispar entre sí en su forma de vivir, de entender lo religioso y con diversos apreciaciones de "lo civilizado"), con la religión cristiana se intentó unificar el hábitat y cambiar radicalmente muchos conceptos existenciales y culturales. Y la perseverancia con que se instrumentó deben atribuírsele, en mucho, al emperador.

Como ha expresado, cáusticamente pero con mucho tino, en su ensayo titulado: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, el filósofo materialista y revolucionario alemán Federico Engels (1820-1895):

> Las provincias habían arruinado a Roma; la misma Roma se había convertido en una ciudad de provincia como las demás, privilegiada, pero ya no soberana; no era ni punto céntrico del imperio universal ni sede siquiera de los emperadores y gobernantes, pues éstos residían en Constantinopla, en Tréveris o en Milán. El Estado romano se había vuelto una máquina gigantesca y complicada, con el exclusivo fin de explotar a los súbditos. Impuestos, prestaciones personales al Estado y censos de todas clases sumían a la masa de la población en una pobreza cada vez más angustiosa. Las exacciones de los gobernantes, los recaudadores y los soldados reforzaban la opresión, haciéndola insoportable. He aquí a qué situación había llevado el dominio del Estado romano sobre el mundo: basaba su derecho a la existencia en el mantenimiento del orden en el interior y en la protección contra los bárbaros en el exterior; pero su orden era más perjudicial que el peor desorden, y los bárbaros contra los cuales pretendía proteger a los ciudadanos eran esperados por éstos como salvadores.
>
> No era menos desesperada la situación social. En los últimos tiempos de la república, la dominación romana reducíase ya a una explotación sin escrúpulos de las provincias conquistadas; el imperio, lejos de suprimir aquella explotación, la formalizó legislativamente. Conforme iba declinando el imperio, más aumentaban los impuestos y prestaciones, mayor era la desvergüenza con que saqueaban y estrujaban los funcionarios. El comercio y la industria no habían sido nunca ocupaciones de los romanos, dominadores de pueblos; en la usura fue donde superaron a todo cuanto hubo antes y después de ellos. El comercio que encontraron y que había podido conservarse por cierto tiempo, pereció por las exacciones de los funcionarios...

Los extensos territorios del Imperio Carolingio no estaban tan densamente poblados. Según algunas estadísticas de la época, se habla de unos 100 mil individuos, en unas 182 millas geográficas cuadradas, ocupadas por la Germania Magna, población que fue creciendo hasta llegar a una suma total de unos 5 millones, cifra considerable para un grupo de pueblos bárbaros, pero extremadamente baja para nuestras actuales condiciones. Estos territorios estaban divididos en provincias, que eran administradas por los llamados condes, nombrados por el emperador. Estos, también conocidos como marqueses o margraves, tenían una gran autoridad, en tanto estaban expuestos a los ataques paganos del norte y del este o de los musulmanes del sur. Su quehacer era seguido muy de cerca, como ya hemos esbozado, por los missi dominici, que recorrían las provincias cuatro veces al año e informaban al emperador, también, sobre la conducta de los marqueses. Para tener una información fidedigna, estos enviados realizaban reuniones populares, donde la ciudadanía hacía escuchar sus

quejas u opiniones sobre el funcionamiento de su territorio.

Los palatinos (residentes del palacio), integrados a la vida cortesana de la Roma imperial, junto al Rey, llevaban una vida sencilla, con costumbres propias de los dominios campestres. Carlos, como ya digimos, gustaba mucho de residir en el palacio de Aquisgrán (en alemán Aachen; Oche en el dialecto regional; en francés Aix-la-Chapelle; en latín Aquisgranum); de ahí que dicha ciudad esté considerada la capital de su Imperio. También prefería viajar y cazar en las comarcas colindantes. En sus ausencias del territorio, delegaba en los diversos funcionarios palatinos que le auxiliaban la fiscalización de las tareas: el Canciller; el Chambelán; el Conde de Palacio y el Archicapellán, este último encargado de los servicios religiosos y la educación de la servidumbre.

El rey franco-carolingio, con el ánimo de establecer una administración sólida y centralizada en todas las naciones de su imperio, llegó a ejercer más control sobre los hombres que sobre las tierras. Con el interés de crear deberes entre sus súbditos y sobre todo evitar la traición y la deslealtad, restableció el antiguo juramento de fidelidad, que había sido inhabilitado, después de la disolución de los gobiernos césaro-romanos. Por ello, todos los habitantes del reino a partir de cumplir doce años de edad estaban obligados a realizar esa promesa cívica, devenida en deber ciudadano, en respeto a la autoridad de su monarca.

El resultado no fue tan bueno como Carlos esperaba pues muchos aldeanos, sobre todo poblaciones desperdigadas en ducados o condados remotos, quedaron fuera del alcance de esa disposición. Apesar de que en dos ocasiones (años 789 y 802) hizo prestar juramento a todos los hombres libres del reino, siempre existieron algunas ovejas descarriadas y rebeldes.

San Benito, de Laurent Delvaux. Carlomagno convocó al concilio de Frankfurt , insatisfecho con las resoluciones del Concilio de Necea II. El rey pretendía que se siguiesen los preceptos de San Benito de Nursia que proponía para los monjes castidad, pobreza y obediencia.

Estructurado de manera práctica, el nuevo Imperio más germano que romano se consumió luego por la escasez de tradición administrativa. Su fuerza básica, personalista en extremo, asentada en las cualidades directrices del rey, no llegaban a irradiar a las fronteras localistas y no se creaba una auténtica unidad, una cohesión de estilo, a pesar de todos los mecanismos administrativos ya nombrados, que intentaban conseguir sumisión pasiva, obediencia sin límites y hasta cierta organización de vigilancia panóptica.

El no tener una capital fija conspiraba contra ese dispositivo administrativo de carácter patriarcal del gobierno carolingio. Los problemas de traslado, transportes y comunicaciones (como el estado de los caminos) propios del siglo IX, y esa duplicidad administrativa de Palacio y Estado. Los nobles más competentes intelectualmente, que eran muy escasos en ese entonces, estaban impedidos de resolver todos los problemas cotidianos, por lo que se creaba una suerte de burocracia central, cortada a la medida de las reducidas e inoperantes obligaciones estatales.

Ello explica que jueces, administradores estatales, diplomáticos, condes y hasta jefes militares, encontraban accidentada y embarazosa su misión de gobernar. A la administración central del reino también le resultaba muy espinoso el control de su gestión. De ahí que las inspecciones de los *missi dominici* a los grandes dominios (algunos señoríos gozaban de ciertas inmunidades patriarcales) se convirtieran en luego visitas de cortesía, meras formalidades administrativas de funcionarios de la corona para controlar, más que nada, la obediencia de los edictos.

A pesar de todas las disposiciones, Carlos siempre buscó el trato directo con sus súbditos y por ello solía conceder, como dijimos, audiencias en cualquier momento, pues era una forma de conocer personalmente qué sucedía a su alrededor y, sobre todo, de castigar las faltas y excesos de sus oficiales y escuchar las peticiones de sus ciudadanos.

La Asamblea General Anual del pueblo franco, también denominada plácito (convocada a placer del rey), involucraba a todo el pueblo cristiano. Se realizaba, sobre todo en primavera, antes de las campañas, lo que reafirma la raigambre militar de la institución. Estas asambleas trataban problemas religiosos y administrativos de todos los lugares del reino y sus edictos, ordenanzas o capitulares, eran pergeñadas y pulidas en las oficinas de la cancillería.

Esos documentos eran sometidos a la aprobación de los vasallos y después copiados por los monjes en varios ejemplares para circular por los dominios. A través de estas reuniones, Carlos buscaba un contacto más directo con sus súbditos y un estado de obediencia fundado no en el temor, sino en el sentimiento de admiración y afectuoso respeto.

En tanto, las asambleas de los guerreros y de los principales señores del reino se hacían en el Palacio por separado y dos veces al año, en otoño y primavera. Posibilitaban también que el rey se mantuviera al tanto de los problemas y se implementaran decretos para solucionar y gestionar administrativamente el día a día de las comarcas y alguna que otra problemática, de índole internacional. Hasta nuestros días han llegado unas sesenta y cinco capitulares dictadas en aquellas asambleas, que contienen alrededor de mil ciento veinticinco artículos.

Por ejemplo, en una de sus capitulares, de interés internacional, se hace alusión a las relaciones con el califa de Bagdad, Harum-el-Rachid, patriarca de Jerusalén, quien manda como emisario al sacerdote Zacarías, portando la bendición del patriarca y algunas reliquias, que incluían las del Santo Sepulcro.

Carlos, quien se llama a sí mismo *devoto defensor y humilde ayudante de la Santa Iglesia*, haciendo gala de sus dotes diplomáticas le envía al califa valiosos donativos para los Santos Lugares. Posteriormente le son enviadas de Palestina las llaves de la ciudad, las del Santo Sepulcro, con el pedido de que tomara bajo su protección a la Ciudad Santa y la defendiera contra los ataques y la violencia de los infieles, en el año 801. El monarca franco accede inmediatamente y establece el protectorado franco sobre los Santos Lugares, disposición que subsiste hasta nuestros días ejercida por Francia.

Posteriormente, otra capitular dispondrá levantar varios monasterios católicos y un hospicio para

los peregrinos en Jerusalén, a los que otorga un subsidio monetario para su sostenimiento.

También las hay dedicadas a los hombres libres de la Europa carolingia, como aquella capitular, de los comienzos del año 800, que intenta hacer casi una profesión de fe el querer...

> …que cada hombre libre de nuestro reino escoja un señor, el que quiera, nos mismos o uno de nuestros fieles. Ordenamos que ningún hombre pueda dejar a su señor sin causa justa y que ninguno lo reciba si no lo hace de manera habitual, como en época de nuestros predecesores. Y sabed que queremos asegurar a nuestros fieles sus derechos y no queremos perjudicarlos en nada. De la misma manera, os recomendamos a todos nuestros fieles, que aseguréis a vuestros hombres sus derechos y no le hagáis nada contra la razón.

En dicho texto se apunta, además, que si algún siervo quisiera abandonar con posterioridad a su señor lo podrá hacer, presentando pruebas de lo que en ese momento eran consideradas faltas muy graves, como: reducción injusta a servidumbre, si se intentare realizar algún plan contra la vida, si el amo ha cometido adulterio con la mujer de su vasallo, si se produjere algún intento de asesinato contra él.

Muy controvertido para ese momento fue también el tema de los matrimonios mixtos entre colonos y esclavos carolingios. Ello explica que al abordar esos vínculos de dependencia otra Capitular plantease que cuando el esclavo de alguien hubiera contraído matrimonio con colono "…su progenie deberá pertenecer a esa familia y no al dueño del esclavo".

Es bueno acotar que los textos hablan inequívocamente de esclavos que podían venderse con la tierra, incluso deshaciendo los matrimonios; jurídicamente estos hombres continuaron siendo una "cosa", un utensilio de trabajo del fundo del Señor, como lo podía ser un arado o un caballo.

El colono (con otro estatus social) vivía en una propiedad ajena, con reducción de su libertad, pagaba capitación, su matrimonio estaba sujeto al control del amo y tampoco podía transmitir libremente sus bienes. Pero como era libre, jurídicamente estaba sujeto al servicio militar y podía presentarse en los tribunales como demandante y testigo. El colono cultivaba un fundo o manso, dominio que integraba una parte del señorío. Por ello, cuando el esclavo ya no es rentable como instrumento laboral, el colonato adquiere un mayor protagonismo y abre el camino de la servidumbre feudal.

Colaboradores cercanos

No obstante todas las críticas que puedan hacérsele a sus procedimientos, Carlos fue un gran organizador del Imperio. Teniendo en cuenta la época en la que vivió, fue un precursor de normas administrativas inéditas e intentó todo el tiempo reforzar su poder.

La pintura plasma en una sola escena a los distintos estratos sociales del imperio. Adelante, el señor feudal; atrás un campesino.

Una vez que fueron abolidos los duques nacionales, excepto el de Benevento, gestionaron y administraron los condes, nombrados libremente por el emperador sin carácter hereditario y ni siquiera vitalicio. Cada conde estaba al frente de un distrito (gau) y tres veces al año se reunía en asamblea (rémora de las costumbres tribales germánicas), donde participaban los hombres libres del condado.

Esos cónclaves tenían sus jueces, que eran jefes militares, y también sus administradores del tesoro. Dichos personajes, fundamentales en la cadena de mando, en recompensa por su desempeño, gozaban del beneficio de algunas tierras y de parte de los ingresos judiciales y costas.

La gestión de los condes, como ya apuntamos era inspeccionada por los *missi dominici*, que contribuían a consolidar el poder imperial y referían al soberano las necesidades y aspiraciones de las provincias; tenían incluso la capacidad de decisión en las disputas o debían someterlas, inmediatamente, al examen del rey, quien intentaba centralizar todo el tiempo en su mando la gestión del Estado, pues temía perder la unidad del mismo.

Pero hay que precisar que los poderes de estos "enviados", que sirvieron de contrapeso al poder condal, se vieron al mismo tiempo limitados por la creación de ciertas inmunidades que poseían los dominios de las iglesias y hacían de ellas enclaves autónomos, fuera de la tutela de estas figuras reales. La reforma judicial del año 803, que crea un cuerpo de regidores y los coloca bajo el control de los *missi dominici*, intentaba limitar la función judicial de los condes, que en ese momento Carlos ya no veía con buenos ojos y de la cual comenzaba a recelar.

Con el tiempo estas asambleas de hombres libres alcanzaron solo a los grandes dignatarios del Imperio y los súbditos directos del rey, ligados al soberano por juramentos de vasallaje. Se fueron así convirtiendo en reuniones muy selectas, casi de una elite. Su organización también se modificó y quedaron a un lado las deliberaciones de antaño para darle mayor protagonismo a las declaraciones de las capitulares, convertidas en paradigmas de legislación. Muchas no fueron aplicadas en la práctica y quedaron transformadas en letra muerta o corpus teóricos inalcanzables, insuficientes para gobernar un Imperio de tales superficies, pero buen material para historiadores como crónicas

costumbristas de una época.

Algunos investigadores, los que más fustigan ese período histórico, precisan que para lograr cohesión, Carlos requería acuñar una burocracia como la bizantina o un funcionariado como el musulmán, y conservar su fidelidad. Ambas empresas fueron quiméricas. Sin recursos para solventar su ejército de soldados y funcionarios, Carlomagno apenas podía hacerse obedecer.

Insuficiente, el armazón administrativo se va abandonando y carcome cada vez más.

Su gobierno central o *palacio*, como era llamado, estaba integrado por una heterogénea serie de servicios, subordinados al monarca directamente. No existía la figura de un primer ministro o un mayordomo palatino. Quizás esta última tarea fue inhabilitada por temor a que esos funcionarios, como antiguamente había sucedido en el imperio merovingio, volvieran a ganar un excesivo protagonismo en la corte y le restaran poder absoluto y omnímodo al Soberano.

Lo cierto es que los *palatinos* fueron nombrados sobre la base de sus cualidades personales, donde el valor era un atributo muy distinguido; también se valoraba su posición en el Estado o en la Iglesia y algunos de ellos llegaban, incluso, a integrar el Consejo (*Comites palatini*), convertido en una instancia de mando y convocada únicamente por el rey, cuando este lo consideraba oportuno para deliberar y escuchar solo a quien tenía deseos.

Debido a ello su Consejo o cuerpo asesor legislativo estuvo integrado, casi siempre, por personalidades eminentes del clero, obispos, abades, condes palatinos o procuradores con conocimientos financieros y económicos, a cargo de los negocios civiles en las comarcas.

Piedra sobre piedra

Las rentas de los dominios de la corona, mañosa y astutamente administrada por el mismo emperador Carlos, así como los rendimientos de la administración de justicia y las donaciones voluntarias u obligatorias, eran destinadas a costear los gastos del Estado. Dichas reservas le sirvieron, además, al soberano para construir soberbios palacios, especialmente en sus residencias favoritas de Aquisgrán, de Ingelheim y de Nimega (una de las ciudades más antiguas de los Países Bajos, muy próxima a la frontera con Alemania), pues no tenía interés en tener una capital fija la razón podría estribar en su misma personalidad, nómada y aventurera.

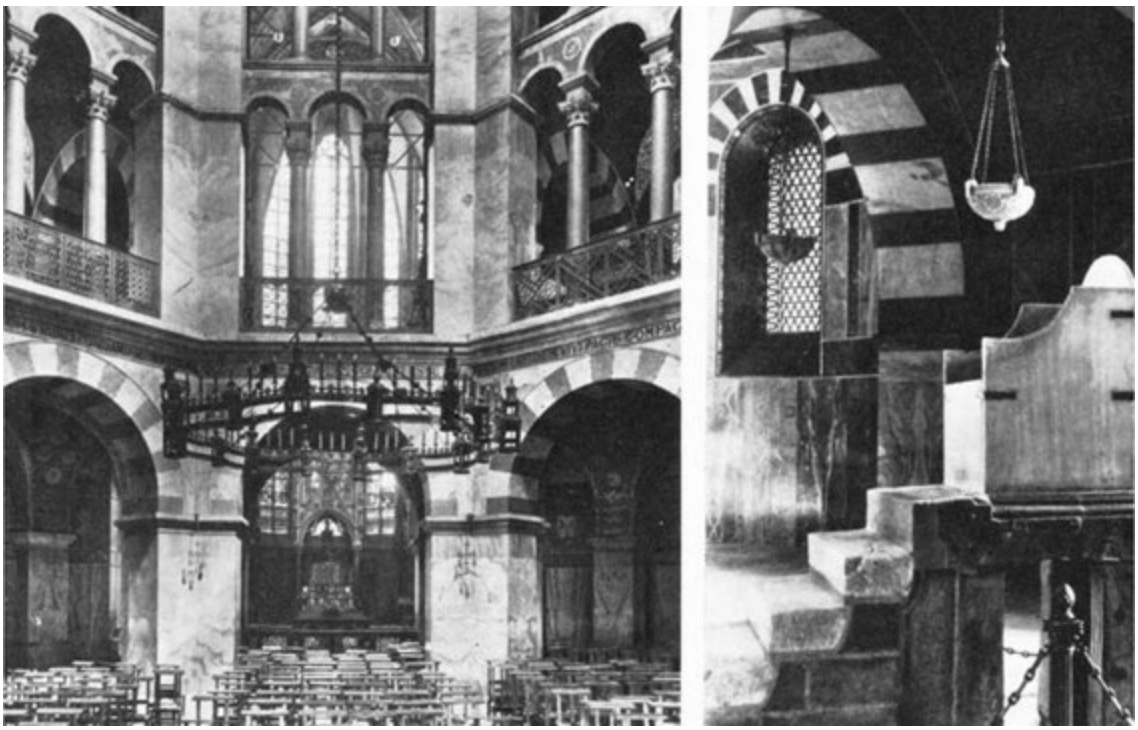
Carlomagno levantó señoriales edificios religiosos, catedrales, monasterios y abadías, centros de proselitismo de la cristiandad, de educación y cultura carolingias. Con el ánimo de ser fiel a la realidad histórica, en la medida en que fue ganando en años, el Soberano disfrutó de quedarse mucho más tiempo en un mismo lugar y el sitio escogido fue casi siempre el Palacio de Aquisgrán, su ciudad preferida, donde atesoraba los mejores recuerdos de su infancia y existían unas excelentes fuentes de aguas minerales, con propiedades medicinales, lo cual decidió a Carlos a hacer de este lugar su sitio en el mundo pues gustaba de darse frecuentemente baños termales para cuidar su salud.

Sobre el tema, Eginardo (Einhard en alemán), dice:

> …aunque fuera tan grande la obra de ampliar el reino y de someter a los extranjeros, y que se dedicara asiduamente a estas ocupaciones, sin embargo comenzó en diversos lugares muchos trabajos de embellecimiento del reino y de utilidad pública y acabó algunos de ellos. Entre los que pueden ser considerados como más sobresalientes destacan la basílica de Santa María, Madre de Aquisgrán, construida con trabajo admirable. Como practicó escrupulosamente y con el mayor fervor la religión cristiana, de la que se le había imbuido desde su más tierna infancia, también construyó en Aix-la-Chapelle una basílica de extrema belleza, que adornó con oro y plata y candelabros, y como podía procurarse por otra parte las columnas y mármoles

necesarios para su construcción, los hizo traer de Roma y Rávena. No dejaba, cuando le era posible, de acercarse a esta iglesia mañana y tarde... La proveyó con generosidad de vasos de oro y plata y de una cantidad suficiente de vestimentas sacerdotales…

Sin temor a la exageración, Carlomagno tenía pretensiones de hacer de Aquisgrán una "Segunda Roma" y por ello dió orientaciones precisas de imitar sus construcciones, según han apuntado algunos cronistas, como Angeberto. El mundo carolingio trataba de recuperar la Roma de Constantino, del siglo IV.



Vista de la capilla y el trono de Carlomagno en la catedral de Aquisgrán. Este recinto era el preferido del emperador.

Un ejemplo ilustrativo de este interés es la basílica de Santa María, Madre de Aquisgrán, que constituye un transplante de la arquitectura bizantina en tierra francesa, porque tomó como modelo la Catedral de San Vital, de Rávena. De ella se dice que fue diseñada por el obispo Eudes de Metz y que trabajaron muchos hombres, provenientes de este lado del mar (se supone que mayoritariamente italianos). Su edificación empezó en el año 790 y concluyó en el 797. Los historiadores, al describirla, apuntan que el conjunto estaba ordenado siguiendo un plano geométrico octogonal y no basilical, como la mayoría de las iglesias carolingias (influencia de las construcciones del mundo antiguo), con dos calles principales, orientadas hacia los puntos cardinales.

Se narra que la capilla palatina y el aula regia estaban comunicadas. La primera tenía una planta central, en forma de octágono en su interior, y de hexadecágono en el exterior, con un pasillo ambulatorio en medio; encima de la puerta de entrada, en la tribuna, se encontraba el trono imperial. Muy cerca estaba el presbiterio, de planta cuadrada. Su decoración exterior era muy simple, con muros de mamposterías, que refuerzaban los vanos con sillería. Actualmente, en Alemania se conservan partes de esta construcción, que fue símbolo del arte carolingio, la capilla palatina, la actual catedral y pequeños restos de lo que fue el salón del trono imperial.

Entre estas construcciones insignias de la época franca-carolingia que imponen un estilo, una forma y hasta un gusto arquitectónico, destacan también: la Catedral de Saint Denis; la San Lucio de Coira o la de San Maurice D'Agaune; la Iglesia monástica y la abadía de Fulda (ciudad alemana, en

el estado de Hesse, sobre el río del mismo nombre); el Pórtico de la Abadía Imperial de Lorsch y la Planta de Westwerk de Corvey, que era una construcción de planta cuadrada, organizada en dos pisos y que se levantaba en el extremo occidental de muchos templos carolingios y al mismo tiempo servía de fachada a éstos.

Pero sus aportes no se quedan solo en estos edificios para la meditación y el encuentro con el espíritu cristiano. El interés de este "Lugarteniente de Dios" por recuperar conscientemente el arte antiguo lleva a los francos a concebir y crear el tipo de iglesia que tenemos hoy; el concepto de la capilla; la realización y diseño de un gran repertorio de imágenes sagradas, que luego son reproducidas por el mundo románico; la creación de las criptas, ese espacio subterráneo en el atrio de las iglesias, que en ese momento eran utilizadas para guardar reliquias y a las que posteriormente se les adosó tumbas en el interior del piso bajo, para enterrar con todos los honores y joyas a los grandes nobles cristianos y evitar que fueran saqueados sus bienes; el diseño de toda una topografía eclesial, relacionada con la forma en que se colocan las reliquias (de acuerdo con un orden jerárquico religioso). Por ello las contribuciones eclesiales carolingias, en el campo de la arquitectura y la liturgia, son reconocidas como un jalón para la comprensión del arte europeo ulterior, tema en el que profundizaremos en el próximo capítulo.

Villa, señorío y palacio...

Haciendo un foco más detenido y ampliado en la organización del Estado Carolingio, vemos la importancia que para nuestro tradicional guerrero germánico tiene el Gran Dominio (Régimen Dominical Clásico). En su acepción antigua, villa significa pertenencia, dominio, feudo, posesión, *pagus*, gran explotación rural o más exactamente para esa época, grandes terrenos aristocráticos o eclesiásticos; entonces eran grandes conjuntos terrestres, de considerables superficies, divididos en explotaciones: unas muy amplias, cuyo usufructo se reservaba al dueño y el resto de proporciones variables, pero siempre menores, destinadas a las familias campesinas.

La reserva señorial, apodada manso del señor (*mansus indominicatus*), estaba ordenada alrededor de un espacio cercado y edificado, denominado corte. En ese solar casi siempre se construía la casa del noble, el corral, el establo o cuadra, el cobertizo, el granero, la capilla, los molinos y hasta la panadería. Sin dudas, la obra de la capilla no podía omitirse, en tanto era el símbolo de la ideología cristiana, en crecimiento vital durante todo el período. Ello apuntaba a las claras que el emperador basaba su soberanía en el carisma hereditario, el poder económico y la capacidad militar de los nobles.

La guerra era la fuente de riquezas en tanto proveía de tierras y de mano de obra esclava; de ahí que los éxitos en la contienda eran la base del poder y de las prerrogativas de Carlomagno.

Mediante los llamados *bann* o bandos se convocaba para integrar las tropas que irían a las zonas de conflictos militares o para administrar la justicia. El centro político era la corte, como ya apuntamos aglutinada en el Palacio Real, controlado por una serie de figuras, poseedoras de la confianza del rey. Hay que tener en cuenta que, desde la renovación de los antiguos estamentos merovingios no solo se abolió el cargo de *major domus*, sino que comenzaron a descollar figuras como la del *archicapellani* y la del *chambelán* o canciller. Volvamos a internarnos en esa red de colaboradores.

La figura del mayordomo merovingio fue sustituida por el *camerarius*, encargado de cuidar las monedas y joyas del rey guardadas en la Cámara, y todo lo relacionado con el bienestar y confort del soberano. A su lado estaban el *senescalcus*, encargado del avituallamiento del Palacio, el *buticularius* o copero y el *comes stabuli* o jefe de las caballerizas. Debajo de esa nomenclatura de funcionarios se encontraban el personal doméstico, algunos con misiones militares también.

El *comes palatii* o conde de Palacio tenía atribuciones en la aplicación de la justicia y la administración local; en tanto el archicapellán administraba la capilla y fue el precedente del canciller medieval, cuyo deber principal era redactar y conservar los documentos imperiales. Estos eran los únicos que conocían el latín, la lengua oficial del Imperio y en la que se redactaba toda la documentación gubernamental. Dicho conde de Palacio, procedente de familia austrasiana y educado en la corte, era una especie de oficial del rey, con poderes omnímodos en el ámbito del condado. Siempre estaba retribuido por el emperador con una posesión de tierra, que con el tiempo era declarada hereditaria.

Sus deberes estaban relacionados con lo administrativo, lo judicial y lo militar de su *pagus* o territorio. Aunque eran raros los traslados o revocaciones de condes, el único capacitado para hacer cambios de esta índole era el emperador. Se sabe que, cuando Carlomagno regresó de su expedición por España, destituyó, en el año 778, a nueve de los quince condes de Aquitania, que fueron reemplazados por agentes seguros, reclutados entre las filas aristocráticas de Austrasia y entre su propia familia. Al cabo de los años, se empezó a manifestar como tendencia que los hijos sucedieran a sus padres en ese importante cargo, tradición muy propia de la idiosincrasia de los germanos.

Para asistir al conde estaba el *bailío*, que supervisaba a los restantes funcionarios del condado, seguidos muy de cerca por los obispos, *vicarii* o *centenarii*, que poseían amplias atribuciones señoriales como instrumentos útiles de ese poder. Detrás de todo ese entramado de competencias difusas y nebulosas, se movían los siempre presentes *missi dominici*, que velaban el cumplimiento de las *capitolaris* (de lo administrativo y judicial) y si era necesario y el momento lo disponía, recibían el juramento de fidelidad al nuevo soberano.

La tierra manda

Todo ese andamiaje político y judicial estaba asentado en una superestructura administrativa, cuyo eje era una sociedad rural. Sin dudas, la posesión de la tierra (“latifundio”) otorgaba estatus social, era la fuente de poder y la columna económica. En la base de la pirámide rural se ubicaba el esclavo, fundamento del Estado Carolingio, la última sociedad europea apoyada en esa institución. Dicho estamento aglutinaba la pobreza territorial, la esclavitud del vasallaje al señor feudal y la miseria económica.

La imagen muestra a los distintos estratos sociales. Adelante, el señor feudal, de fondo un campesino.

Es bueno apuntar que el ejército de esclavos no solo estaba integrado por los ciudadanos de los pueblos sojuzgados, sino también por hombres libres que por deudas o condenas judiciales pasaban a formar parte de esas filas. También por una práctica que comenzó a ser muy usual: que muchos padres en la miseria vendieran a sus hijos como esclavos (de ahí que fuera necesario decretar una ley que impidiera ese abominable proceder). Y si bien el cristianismo en su letra vetaba la esclavización de los seguidores de su fe, la Iglesia como institución no condenaba expresamente la esclavitud y solo se circunscribía a defender los derechos familiares de estos seres humanos, sobre todo su capacidad para contraer matrimonio legítimo.

En esa superestructura imperial diseñada por el Reino Carolingio, la base, como dijimos, la constituían los esclavos; en el estrato superior, aunque no muy por encima de los esclavos, se ubicaban los colonos y con mayores prebendas sociales estaban *los libres,* un grupo social sin vitalidad, ocioso y en completa caducidad.

En la cúspide de la sociedad, estaban los ricos, con grandes extensiones de tierras (el conde, el obispo, el abad y los otros mandatarios del poder central). Para tener una idea de esa potestad, nos remitimos a una Capitular del año 805, que apunta que un conde habitualmente poseía unas cuatro mil hectáreas de tierra (también medida en mansos) y sus propietarios estaban obligados a poseer para el servicio militar una coraza de escamas… (formando, por tanto, parte de la caballería pesada, privilegio de los más altos estratos sociales).

La agricultura, entonces, se había convertido en la más importante actividad del mundo antiguo. Por ello, los vastos feudos que ocupaban casi todo el territorio en Italia, estaban dedicados al pasto; allí la población fue reemplazada por el ganado lanar, vacuno o porcino y tenían proyecciones de extenderse más cada día.

Para esos territorios se precisaba de un pequeño número de esclavos. En tanto, en las villas, donde una gran cantidad de esclavos se dedicaba a la horticultura en gran escala, con destino al avituallamiento de los propietarios o para proveer de víveres los mercados de las ciudades, se pasaba un mal momento por la decadencia de dichos propietarios y el ocaso de los centros cívicos.

Ello trae consigo la extensión de los cultivos en pequeñas haciendas, debido a la división de las villas en pequeñas parcelas, entregadas a arrendatarios o aparceros, con carácter de herencia. Por

esas tierras debían pagar cierta cantidad de dinero anualmente (de la sexta a la novena parte del producto del año). También eran entregadas a colonos (que no eran esclavos, pero tampoco eran libres) que pagaban una retribución anual fija y podían ser vendidos con sus parcelas.

A éstos últimos les estaba vedado el matrimonio y solo podían aspirar al concubinato (*contibernium*, al estilo esclavo). Ese grupo integró la matriz de lo que fue, con posterioridad, el gran cúmulo de servidumbre ("siervos de la gleba") del Medioevo.

Las tierras coexistían en categorías duales: las alodiales o tierras libres y las señoriales, divididas en reservas del señor y mansos cultivados por los siervos y colonos. Estas extensiones de terrenos fértiles estaban sometidas a las prestaciones o "corvées", alquileres a colonos con pagos, en especie primero y luego en metálico, al señor.

Explican los historiadores que la explotación de la tierra se dividía en tres etapas, según la usanza campesina: cultivo o siembra de otoño (trigo, cebada), cultivo de primavera (avena, cebada y leguminosas y hortalizas) y barbecho. Para tener una idea del escenario geográfico en que tiene lugar este diseño productivo, es preciso apuntar que las tierras cultivables estaban rodeadas de bosques, el paisaje rural sobresaliente en el Medioevo. Tal cual apunta el historiador español Rafael Conde Delgado de Molina *...hasta el punto, que las tierras cultivadas son, en realidad, simples islotes en medio de él.*

De los bosques se extraía la madera para la construcción de muebles y la realización de figurillas religiosas (de encina); eran fuentes de animales para la alimentación, con la caza y la pesca (dos complementos de la producción agrícola); se le extraía la miel de las abejas, pero sobre todo, el bosque era el ecosistema del cerdo, cuya carne era muy codiciada por el tocino y la grasa que proporcionaba. En el bosque estos animales se alimentaban de bellotas.

El alejamiento de los campesinos de las zonas de siembra, cosecha y producción, debido a la participación en las guerras, con sus consecuentes implicancias nefastas en los resultados productivos; el aumento demográfico; las hambrunas; la expansión de las fronteras del Imperio y el inicio de técnicas de rotación de cultivos, todo trajo consigo que el mando real se percatara de la necesidad imperativa de dejar de convocar a los campesinos libres a las conquistas, y de destinarlos únicamente a lo que mejor sabían hacer: producir alimentos, forrajes para caballos y pastos para ganado (sobre todo porcino).

Esta medida incidió en el aumento del costo de las guerras y trajo consigo la subida, por parte del Estado, de la recaudación impositiva, sobre todo entre campesinos, lo que produjo revueltas, descontentos, boicots agrarios, represión interna estatal, etc.

Hay que valorar que esos campesinos, que inicialmente formaban una parte constitutiva del núcleo del ejército, después de la conquista de Francia se habían empobrecido de tal manera que llegado el siglo IX, apenas uno de cada cinco disponía de los pertrechos necesarios para ir a la guerra. Fue entonces preciso sustituir el ejército de campesinos libres por uno de vasallos o siervos de la nueva nobleza. Así, aquella base de relaciones de explotación agraria fundamentadas en la hegemonía del noble sobre la masa de siervos genera el que hombres libres o propietarios de tierras entren, voluntariamente, en relaciones de vasallaje con un guerrero, a cambio de protección y con pagos casi siempre en especie (en grano la mayoría de las veces). Por ello el campesinado, ligado a un señor, no solo debía darle parte de la cosecha a este, sino también, proporcionarle, entre sus hijos, un soldado fuerte que sería utilizado como escudero.

Si algún resultado es encomiable en este periodo es la producción de cereales, base esencial de la riqueza agrícola, y la producción de vinos, símbolo de linaje y prestigio nobiliarios. El cereal era empleado también para la fabricación de cervezas, la principal bebida que se consumía en el norte de Europa.

El ganado porcino que pastaba de manera semisalvaje era la fuente de riqueza fundamental del campesinado.

Mientras esto sucedía, la ganadería vacuna se tornaba ineficiente y la masa disminuía por el abandono, las enfermedades y el pastoreo a *piaccere*, a pesar de la introducción (en los siglos V y VI) del molino de agua y el barbecho bienal o trienal (tierra labrantía que se deja de sembrar por dos o tres años para prevenir su agotamiento y recuperar sus nutrientes), que podían haberle dado un vuelco al campo agropecuario.

En la agricultura, además, se hicieron algunos avances con la sustitución del arado romano de madera por uno en forma de peine de metal, que era movido por animales de tiro. Y aunque el hierro era un lujo, una excepción, el labrador que podía utilizar arado tirado por animales tenía mejores rendimientos.

El campesino o bracero debía contentarse con trabajar con sus manos y roturar con ellas la dura tierra.

Con el interés de fomentar la agricultura, la industria y el comercio, Carlomagno proyecta grandes obras de carácter nacional, como el canal que debía unir los ríos Rhin y Danubio, pasando por los esteros de los ríos Redmitz y Altmûhl (ubicado en el sur de la actual Alemania y en el centro de Baviera, a unos cien kilómetros del norte de Munich), y una vía fluvial destinada a unir el Occidente con el Oriente. Intentaba proteger y promover con verdadero interés cuantas empresas consideraba que podían favorecer los intereses de su Imperio. Entre otras medidas dispuso que sus súbditos plantaran determinados árboles frutales, cuyo cultivo se extendió así por toda Francia y el Norte de Europa.

Esta fragmentación de los territorios en feudos se consumó en torno a la figura aristocrática de un conde, un barón, un marqués y hasta con la aprobación del soberano. Todo ese sistema, junto a la dominación espiritual y pastoral del clero, complementado por el dominio militar, fue la fuente de sostenimiento del régimen feudal.

Cerdos alimentándose con bellotas. La carne porcina era muy codiciada en la dieta alimenticia de la sociedad carolingia, debido a la cantidad de tocino y de grasa que proporcionaba.

Como ha expresado el filósofo alemán Federico Engels en el ensayo citado ya en este capítulo:

> Bajo los sucesores de Carlomagno, completaron la ruina de los campesinos francos las guerras intestinas, la debilidad del poder real, las correspondientes usurpaciones de los magnates (a quienes vinieron a agregarse los condes de las comarcas instituidos por él, que aspiraban a hacer hereditarias sus funciones) y, por último, las incursiones de los normandos.

Los problemas económicos se extendieron debido, también, a epidemias, como la peste, que ya azotaba desde mediados del siglo VI y hasta finales del VIII; las complicaciones que trajeron las sequías en algunas zonas, que convirtieron en improductivos muchos campos; el traslado de hombres de unas áreas a otras debido a las incursiones militares, y el tener una sociedad basada fundamentalmente en la agricultura, como principal fuente de riqueza y casi exclusiva actividad productiva. Tal cual ha explicado el historiador belga Henri Pirenne (1862-1935), quien señaló la importancia de los hechos sociales y económicos en la interpretación de la historia universal, en su libro *Historia económica y social de la Edad Media* (1933)...

> …desprovista de ciudades, pues las que existen apenas se distinguen de los campos vecinos, rellenas como están de animales, granjas e invadidas por viñas y cereales, y en franco retroceso la pequeña propiedad, la vida económica se concentra en el gran dominio. Su objetivo: la simple subsistencia, desconoce el concepto de beneficio y se conformará con exigir de la tierra los productos estrictamente necesarios. La autarquía de cada complejo se impone, y las capitulares carolingias, cuando legislan sobre las grandes explotaciones, la recomiendan. La economía tiende a cerrarse: se compra y se vende poco.

Cómo y dónde se vive

Según datos arqueológicos, las casas medievales eran muy sencillas, por regla general. Su tamaño era reducido y estaban construidas de madera, adobe y piedras, utilizando heno o paja de techumbre. Las cabañas campesinas solían medir entre dos y seis metros de largo, por dos de ancho.

En su interior, la familia y los animales convivían y alrededor había un huerto, donde se cultivaban las hortalizas, las legumbres y unas pocas frutas, base de la alimentación. El pan se había convertido en el alimento fundamental de la dieta, junto a sopas y carnes sazonadas con especias, que ellos

estimaban favorecían la digestión (unas seis mil calorías diarias).

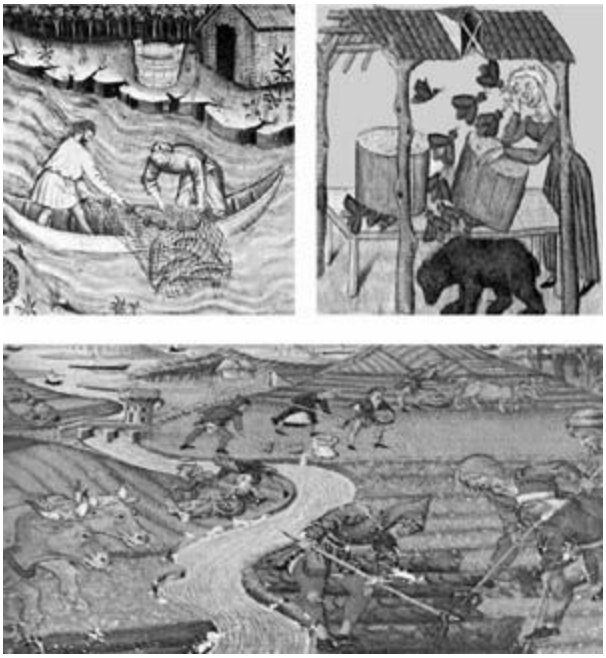
Esto explica que la obesidad, sobre todo entre el estamento de los nobles que eran quienes menos trabajaban, constituía una particularidad de la época. Los campesinos, sometidos a labores fuertes y duras, tenían mejor físico y salud.

La esperanza de vida rondaba los treinta años, situándose la longevidad media entre los treinta y cuarenta años para las mujeres y cuarenta y cinco para los hombres. El mal llamado *sexo débil* fallecía, principalmente, de fiebres puerperales o partos difíciles, y la natalidad era muy alta. Los hombres solían padecer parálisis, debilidad producida por la desbalanceada dieta; ceguera, enfermedades mentales (patología tratada como "posesión del demonio") y la poliomielitis.

El comercio, durante los siglos V al X había virtualmente desaparecido, pues para entonces ya las ciudades menguaron en importancia. Durante este período, oficios artesanales como la arquitectura y la sastrería estaban dominados por los Gremios, instituciones que decidían quién podía ejercer esas profesiones y controlaban el aprendizaje.

El arte de la fundición y el de la orfebrería comienzan a ganar cierto prestigio social. La producción y el consumo *in situ* no eran el estímulo adecuado para el intercambio mercantil. Determinados productos (como la sal para conservar carnes y las especias, traídas del Oriente y usadas por cocineros y médicos merovingios) eran muy codiciados, pero comienzan a faltar en época carolingia. Así también el papiro egipcio, traído del exterior y muy utilizado por los copistas de los monasterios y los nobles en sus escuelas. Debe ser sustituido por el pergamino debido a las dificultades comerciales.

Mención aparte merece el sistema monetario. Si desde el período merovingio hasta el período carolingio, la decadencia monetaria fue tan profunda como rápida, cada uno de los reinos bárbaros que se habían repartido el Imperio de Occidente había conservado como patrón monetario el *sueldo* en oro de Constantino (acuñado con la denominación de reyes). Esta unidad de valor transaccional constituía una verdadera moneda internacional, universalmente aceptada desde Siria hasta los Pirineos y desde África hasta las fronteras de la Galia. Pero a partir del siglo IX desapareció en la monarquía carolingia cuando esta se transformó en un Estado eminentemente agrícola y sin comercio. Solo circula algo de los llamados *reyes* en los sitios donde subsisten algunos restos de tráfico comercial (sobre todo en la región frisona y en España).



Varias escenas de la vida campesina. La agricultura era la principal actividad productiva, pero también se producia miel y se pescaba.

Como ha expresado el prestigioso investigador Henri Pirenne:

> El metal amarillo, que la interrupción del comercio del Mediterráneo desterró de Europa Occidental, deja por varios siglos de servir de instrumento de intercambio. Desde el reinado de Pipino el Breve, la moneda de plata sustituyó definitivamente a la moneda de oro, y Carlomagno, en este como en tantos dominios, termina la obra de su padre y le da su forma definitiva.

El sistema monetario que estableció y constituyó la más duradera de sus innovaciones (que perdura aún hasta nuestros días, en donde circula la libra esterlina) se aparta definitivamente del sistema monetario de Roma. Carlos, intentaba de esta manera poner orden y sanear el caos monetario que reinaba y adaptarse, por otra parte, al estado de la época, adaptando la legislación a las nuevas certidumbres económicas. Además, regularizó y unificó el sistema de pesas y medidas, según su autoridad y criterio y en una capitular del año 789 adoptó un único metal: la moneda de plata de buena ley y de peso exacto.

En ese sentido, todos coinciden (no se levanta ninguna voz disonante) en ver en Carlomagno un genio creador y realista, al darse cuenta en lo sucesivo del rol que debía ejercer la estabilidad de una moneda sana, en momentos de entera regresión agrícola:

> …y resolvió proporcionarle un numerario adecuado a sus necesidades. Su reforma es la que convenía a una época de economía rural sin mercados exteriores. En eso consiste a la vez su originalidad y grandeza.

Eso es lo que aclara el profesor belga y doctor en Historia, en la Universidad de Lieja, Henri Pirenne.

Carlos introdujo en el sistema monetario carolingio lo que se denominó monometalismo de plata, acuñando únicamente monedas de ese metal blanco, aunque en honor a la verdad histórica, en ese Estado circuló algo de monedas de oro, pero no fue muy abundante. Se acuñó una moneda nueva, de plata, denominada libra, y mucho más pesada (491 gramos) que la libra romana, dividida en 240 unidades de metal puro que se designan con el nombre de denarios (*denarii*).

En otra capitular, Carlomagno expresa la prohibición total de los viejos denarios y...

> …decreta que los nuevos serán aceptados por todos, en cada lugar, en cada ciudad y en cada mercado.

Estos denarios de plata constituían las únicas monedas efectivas para la realeza, moneda adaptada a una época en que la mayoría de las transacciones se hacía en pagos de detalle...

Para velar por el prestigio de estas monedas, Carlos dictó leyes donde el Estado era el único con derecho a acuñarlas, y para controlar ese proceso designó un número reducido de talleres que funcionaron bajo su vigilancia. De la época se conservan algunos documentos oficiales donde se imponían penas muy severas a los falsificadores y a las personas que se negaran a recibir en pago los denarios legales. Se cuenta que el metal pudo haber salido de los botines conquistados a los pueblos bárbaros y de algunos yacimientos argentíferos de la Galia (como el de Melle, en Aquitania).

Con la llegada del feudalismo, a partir del siglo IX, desaparecido el Soberano, en medio de la anarquía en la que zozobró el poder real, muchos príncipes feudales usurparon el derecho de acuñar monedas. También la Iglesia, un poder crucial para entonces, conquistó el derecho de desarrollar dicha práctica y con el tiempo existieron tantos denarios como feudos, provocando un caos irreparable.

Y aunque con estas consideraciones nos adelantamos al próximo capítulo, es bueno para poder explicarle al lector el por qué se extinguió el comercio, actividad vital para la economía de cualquier región. Aunque muchos historiadores intentan sostener la tesis de una ascensión económica bajo el

reino de Carlomagno, esto es una mera especulación histórica. En realidad, comparado con el período merovingio, el carolingio aparece desde el punto de vista comercial como una etapa de pleno retroceso y regresión en tanto hasta el tráfico marítimo tiende a desaparecer por el acoso de los normandos.

El comercio y la industria

A pesar de que la actividad mercantil no se paralizó del todo, porque en los comienzos del siglo IX los barcos frisones siguieron surcando los ríos, como el Mosa y el Rhin, y dedicándose al cabotaje en las costas del mar del Norte, esta situación en nada apuntaba a un renovación, sino que eran signos aislados de la continuidad de una empresa que comenzó en tiempos del Imperio romano y perduró hasta la época merovingia.

Es presumible que el asentar la corte imperial en Aquisgrán de manera habitual y la necesidad de abastecer su numeroso personal hayan contribuido no solamente a sostener sino a desarrollar la circulación en los feudos vecinos y a hacer de esas regiones las únicas donde se notaba cierto movimiento comercial.

Pero lo normandos no tardaron en borrar ese vestigio a fines del siglo IX, al saquear y destruir sitios colindantes con los ríos más vitales, como Quentovic (ubicado cerca del canal de la Mancha, en la orilla sur del río Canche, centro franco de recaudación de impuestos sobre actividades comerciales, en los años 670 y principal centro de intercambio del mundo carolingio con Britania).

Empero, algunos textos apuntan aún la circulación de pocos barcos cargados de sal, procedentes de las salinas de Salzburgo y un reducto comercial de aventureros y corsarios en las márgenes del río Elba y del Saale. Basta leer las ordenanzas legislativas de la época para convencernos de que debido a la inseguridad permanente en esas fronteras militares, era casi utópico pensar en una comunicación con normalidad y permanencia.

Moneda con el rostro de Carlomagno. El imperio carolingio estableció un sistema monetario superior al utilizado por los romanos.

Después de la coronación, en el año 800, la historia refiere que para reforzar la unión del

Occidente con el Oriente, se preparó un matrimonio de la emperatriz bizantina Irene con el emperador Carlomagno, que a la sazón había enviudado de la princesa de Alemania, Lutgarda, con la que no tuvo sucesión, Pero el plan, si realmente existió y no es obra de la presunción, se malogró al ser depuesta del trono aquella soberana, en el año 802. Un año antes, ella había concebido reconstruir la unidad del Imperio mediante ese casamiento, y se habían iniciado las negociaciones con el emperador franco. Pero sus militares quienes siempre se habían opuesto a que una mujer tuviera el título imperial, consideraban que lo que debía hacerse era una guerra contra el Imperio franco.

De ahí que un complot organizado de generales secuestró a la reina Irene y la confinó en un convento en la isla de Lesbos (donde murió al año siguiente). En su lugar fue nombrado emperador de Bizancio el tesorero de Carlomagno, el apóstol guerrero Nicéforo I. Este se vio forzado a complacer a los generales y declaró la guerra a Carlomagno, pero se las ingenió para terminar la contienda cuanto antes.

En el año 803, ambas partes firmaban la paz; Carlos reconocía el dominio bizantino sobre el sur de Italia y la costa de Iliria, así como sobre la ciudad de Venecia, que estaba totalmente bloqueada por territorio franco pero sus habitantes eran fieles seguidores de Constantinopla. De esta manera, el nuevo rey bizantino se pudo dedicar a restablecer las finanzas del Estado, que estaban muy relegadas por Irene, quien se había ocupado primordialmente de las cuestiones religiosas y de consolidar su ejército.

Debido a la decadencia comercial y a las transacciones ocasionales que se daban para entonces, de la que ya hemos hablado, la industria tampoco alcanzó un desarrollo y es escasa, con una clara orientación de subsistencia.

Su actividad más usual es la fabricación de paños, para sustituir las sedas, que tanto gustaban a los señores laicos y eclesiales de la corte de Carlomagno, por la interrupción del comercio entre el Oriente y el Occidente debido a la presencia árabe en el Mediterráneo. También la construcción de útiles agrícolas. Albañiles y carpinteros conformaban, junto a algunos herreros, la endeble gama de ocupaciones industriales. Y su producción apenas escapaba de las fronteras de los feudos y solo los tejedores de paños de Frisia, algunos escultores, joyeros y arquitectos salían de sus dominios y alquilaban sus servicios en otras tierras, según describen los historiadores y algunas capitulares.

La producción y el consumo sobre el terreno no sería nunca un próspero estímulo para el intercambio mercantil.

Pese a esta frágil situación económica y con el interés de promover dicha actividad, se conserva una ordenanza que, a mediados del siglo VIII, autorizaba a los obispos a abrir un mercado en cada ciudad. Pero el declive de la población urbana constituyó un obstáculo para el progreso del intercambio mercantil y de servicios que se pretendía.

Últimos días de un soberano

Según Eginardo, su amigo y contemporáneo, Carlos gozó siempre de envidiable salud, hasta poco antes de morir. Se dice que solo cuatro años antes de su deceso comenzó a tener esporádicamente algunas fiebres y los médicos le diagnosticaron una gota, que le hacía cojear de un pie. En esos momentos, los galenos le sometieron a un régimen de alimentación de viandas hervidas, cosa que el

rey aborrecía, pero ninguno llegó a la temeridad de prohibirle terminantemente comer carne, pero le recomendaban cocerla y no comerla asada.

Los consejeros médicos acabaron por hacérsele antipáticos, y como Carlos era muy voluntarioso y tozudo, comenzó a tratarse a su manera. Por ello, sin escuchar pareceres, volvió a sus asados, tomó baños frecuentes y siguió nadando en las aguas termales, su deporte preferido. Eginardo comenta:

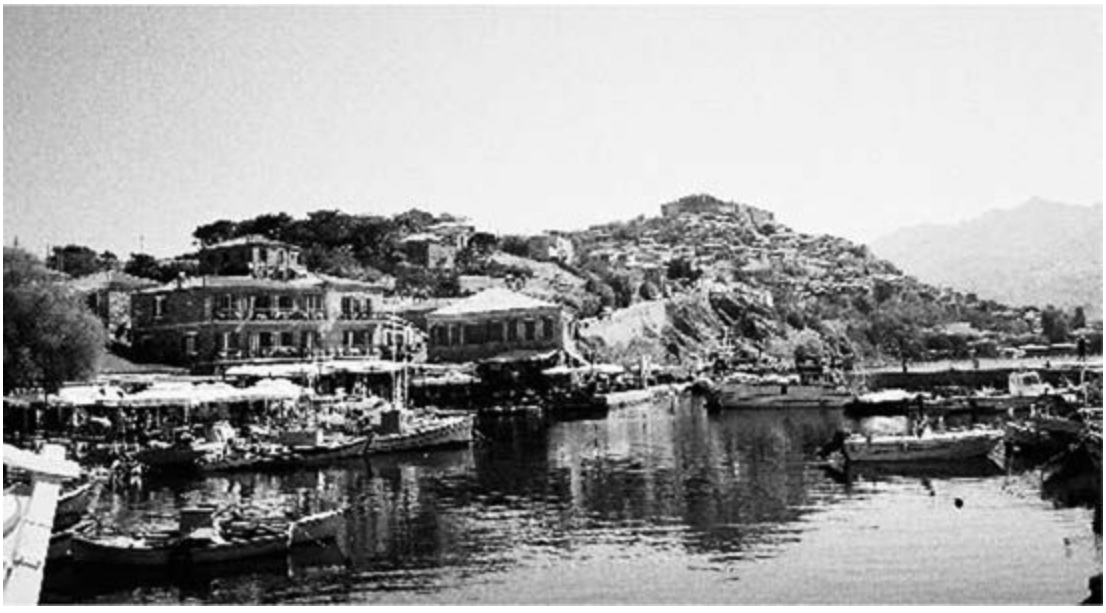
> …era más parco en la comida y, sobre todo, en la bebida. No soportaba la embriaguez ni siquiera en sí mismo o en los más allegados; era sobrio en el beber vino u otras bebidas. Pero de la comida no podía abstenerse tan fácilmente, hasta el punto de que constantemente preguntaba si los ayunos podían serle nocivos. Raramente comía acompañado, pues solamente lo hacía en las grandes festividades y rodeado de un gran número de personas. Cuando cenaba se distraía con juglares y música o bien hacía que le leyeran libros. Le agradaban, sobre todo, las obras de San Agustín, principalmente la titulada: *De Civitate Dei*. En verano, después de la comida del mediodía descansaba dos o tres horas.

A principios de enero del 814, encontrándose en Aquisgrán, y después de uno de sus baños, comenzó a sufrir calenturas fuertes, que lo postraron rápidamente. Dicho episodio degeneró en una pleuresía, que le quitó la vida en siete días.

El 28 de enero de 814 entregó su alma a Dios y su cadáver fue colocado en un sarcófago antiguo, que aún se conserva, en el que está representado, a relieve, el rapto de Proserpina, la diosa de la mitología romana cuya leyenda es la base de un culto de primavera, y que representa la vida, la muerte y la resurrección.

Su féretro fue enterrado bajo el altar de la basílica de Aquisgrán, y cuentan que dentro le colocaron una Biblia, un manto, algunas insignias imperiales, un tesoro en alhajas y vajillas de oro, de las cuales desgraciadamente apenas se conserva un resto.

Al óbito del Emperador Augusto asistieron los niños y jóvenes de estirpe real, quienes condujeron el sarcófago guiados por su hija más querida y mimada: la princesa Rotaida o Rotrudis, (775-810), hija de Hildegarda de Alemania. Detrás de la comitiva fúnebre marchó el pueblo.



Isla de Lesbos. Allí fue confinada la emperatriz bizantina Irene para que no contrajera matrimonio con Carlomagno. A cargo de la corona quedó el tesorero Nicéforo I quien le declaró la guerra al rey franco.

Cuando llegó su otro hijo, el emperador Luis o Ludovico Pío, que se encontraba de expedición militar fuera de Aquitania, puso en marcha todas las directrices de su padre en relación con el reparto del tesoro palaciego e hizo levantar un arco de oro sobre la tumba de su progenitor, con la siguiente inscripción:

Aquí yace el cuerpo de Carlos, grande y devoto emperador, que ensanchó con nobleza el Reino de los Francos.

En los días posteriores al entierro del Soberano, la atención del nuevo Imperio Occidental estaba en la sucesión. Según el testamento que Carlos realizó en el año 806, no proclamaba emperador a ninguno de sus vástagos, pero dividía entre ellos el Imperio: la mayor parte de lo que se conocía con el nombre de Francia le sería entregada a Luis "el Piadoso"; Franconia, es decir Frisia, Sajonia y Hesse fueron la herencia de Carlos el Joven; Pipino recibiría Lombardía y sus dependencias italianas, Baviera y Alemania del sur.

Pero las desventuras de la vida quisieron que Pipino y Carlos, para la muerte de su padre, ya no estuvieran vivos. Todos recordaron que en el año 813, al morir los dos hijos mayores, Carlos había arreglado la sucesión en provecho del menor: el rey Luis Ludovico Pío. Con ese propósito se había convocado una asamblea general en Aquisgrán, que por aclamación lo hizo partícipe del poder imperial. Los nobles del Imperio decidieron, para no prolongar el caos, nombrar como rey de los francos a Luis el Piadoso.

El historiador Harold Lamb relata en su libro *Carlomagno* que pocos días después del entierro...

> …llegó de Constantinopla Amalhar, el obispo embajador, quien traía firmado el tratado de paz entre los dos imperios. Sin embargo, Carlomagno ya no estaba allí para hacerlo cumplir e intentar unir las dos mitades hasta entonces separadas del mundo cristiano.

En el año 1215 sus restos fueron sacados de la capilla y colocados en una caja de plata, en el altar de la catedral de Aquisgrán, la ciudad que él había fundado. Con su muerte, su figura comenzó a ganar mayor simpatía ante los ojos de los cristianos europeos que le consideran el "apóstol armado de la religión"; incluso en varias oportunidades se propuso su canonización ante la Santa Sede. Enrique II de Inglaterra y Federico I Barbarroja llegaron a pedirle al pontífice romano que le canonizara, pero no es hasta el 29 de diciembre del año 1165 que el papa Pascual III incluye su nombre dentro de los santos católicos y realiza la ceremonia de santificación en Aquisgrán.

Y aunque la fiesta, que se celebra cada 28 de enero, para rendirle culto a su persona estuvo reducida al Imperio germánico durante mucho tiempo, con posterioridad en el siglo XV Francia comienza a considerarle también como un santo, y Luis XI llegó a firmar un decreto que imponía pena de muerte a quien se negara a admitir la santidad de Carlos I el Magno.

La canonización de Carlomagno, considerada una pseudo canonización por algunos religiosos de la época que tenían una fuerte disputa de poder, le sugiere a Federico I "Barbarroja" la pretensión de apropiarse la silla de oro en que se sentaba en vida el nuevo santo, vestido con sus ropas imperiales, pendiente al lado su espada, con su diadema, su escudo de oro y su cetro adornado de piedras preciosas. Pero la maniobra no es autorizada por la Iglesia. De todo esto y otros muchos preciosos objetos, solo se conserva la corona y el cetro; aquella se halla en el tesoro imperial de Viena, y este en la antigua tesorería de la corona de París.

En 1478, la Universidad de París le adopta como patrón y hasta algunos oficios religiosos son establecidos en su honor en las liturgias eclesiales de Europa. El culto a Carlomagno se ha mantenido en Alemania hasta nuestros días, y se le venera como el "apóstol guerrero".

Sin dudas, su afanosa cooperación con los obispos para disciplinar y depurar el cristianismo, sus guerras que casi siempre tuvieron un carácter religioso y político, su tesón y hasta el celo y la severidad con que implantó la religión cristiana en las tierras que conquistó, el establecimiento del diezmo obligatorio, su quehacer en función de robustecer la autoridad de los arzobisos y su labor en la consolidación de las jerarquías eclesiásticas; el hacer de los templos sedes episcopales

magníficos; el interés que demostró por los asuntos doctrinales y la atenta asistencia en vida a los sínodos nacionales de la iglesia, coadyuvaron a aumentar el poder de la religión católica en todas las diócesis de Europa.

La muerte de Carlomagno...

> …fue como la señal de las desgracias que llovieron sobre la tierra. A las últimas divisiones intestinas siguió la irrupción extranjera más terrible de cuantas se habían conocido. La de los normandos que en su tercera intervención, en el año 845, pusieron sitio a la capital destruyendo el comercio y devastando a los países comarcanos, fue prevista, según se dice por el genio portentoso de Carlos. Pero sus sucesores débiles y divididos fueron impotentes para resistir a aquellos piratas septentrionales.

Esto apuntaba la revista madrileña *El Museo Universal* (No.19, 9 de mayo, 1869).

Desde ese momento, la historia del imperio franco se convertiría en un caos, una enfrentada lucha de partidos. La antigua noción unitaria comienza a hacer agua entre las guerras civiles y las pujas de poder. Luis el Piadoso, sin decisión para imponerse ni para castigar los complots y a los revoltosos que surgen dentro del seno de su propia familia, aparece como un madero flotante dentro de esa tempestad, acentuada por el descontento popular.

Agrava la situación la imagen casi instituida de que con la muerte de Carlomagno se derrumbaban también el Imperio que él había construido y la idea imperial como construcción gubernamental, arquetipo propio de las direcciones autocráticas y los poderes omnímodos.

Más tarde, con el Tratado de Verdún (843), los tres nietos de Carlomagno: Lotario I, Carlos el Calvo y Luis el Germánico ponen fin a las hostilidades, rencores y ambiciones por controlar la totalidad del Imperio Carolingio, y se lleva a cabo otro reparto, que trae consecuencias nefastas en tanto se desintegra el poderío y se echa por tierra el sueño de resurrección del Imperio Romano en Europa Occidental.

Miniatura que representa la muerte de Carlomagno. El 28 de enero del 814, Carlos falleció víctima de una pleuresía. Su féretro fue enterrado bajo el altar de la basílica de Aquisgrán. Sobre su tumba se alza un arco de oro.

Con dicho acuerdo se siembran las semillas de lo que posteriormente serían las naciones de Francia (englobaba a toda la Galia), Alemania, Flandes (que incluye las actuales Bélgica y Holanda), las regiones francesas de Alsacia y Lorena y la Italia septentrional.

Los últimos herederos de Carlomagno se pulverizan ante la nueva amenaza de las invasiones normandas. Y en medio del desbarajuste, el caos del feudalismo y los individualismos regionales,

nada queda de la imperial.

Federico I de Hohenstaufen, llamado Barbaroja por el color de su barba, quiso apropiarse de la silla de oro en la que se sentaba Carlomagno.

Pero la obra de Carlos no concluye: es Europa misma, reconquistada y salvada de la barbarie. Como define el filósofo alemán Federico Engels:

> Toda la fuerza y la vitalidad que los germanos aportaron al mundo romano, era barbarie. En efecto, solo bárbaros eran capaces de rejuvenecer un mundo senil que sufría una civilización moribunda. Y el estadio superior de la barbarie, al cual se elevaron y en el cual vivieron los germanos antes de la emigración de los pueblos, era precisamente el más favorable para ese proceso.

5

¿El Renacimiento Carolingio?

Creed, jóvenes próceres, creed todos y mis palabras en vosotros quedarán.

Alcuino de York

Una miniatura en una madera del siglo IX, que aún se conserva en la Biblioteca Nacional de París, representa a la Escuela Carolingia y a San Jerónimo enseñando a sus nobles discípulas y discípulos. Los alumnos y el clérigo van vestidos con túnicas oscuras y finas, en apariencia de seda, traídas de Persia, cuando aún los normandos o vikingos no se interponían en el comercio por el Mediterráneo y dejaban llegar al Imperio Carolingio artículos como las telas finas, las especias, la sal y hasta el papiro egipcio para escribir. En una esquina del dibujo, otro monje, con una pluma de ganso, copia abstraído una capitular que reproduce una norma para la comunidad o una página del manuscrito de la *Chanson de Roland*, un cantar de gesta muy leído en las abadías y dominios; una mirada pictórica y hasta "naif" de un mundo idílico, que estaba por desaparecer, por mutar, por renacer.

Y es que el jefe secular, Carlomagno, comprometido con una reforma de la iglesia franca que aspiraba a una mejor instrucción de los clérigos, y necesitado además de funcionarios ilustrados funda la Escuela Palatina, en la cual sabios españoles, lombardos, irlandeses e ingleses llegan a la Corte carolingia y tratan de reconstruir la cultura antigua, vapuleada y dejada de lado por los pueblos germanos.

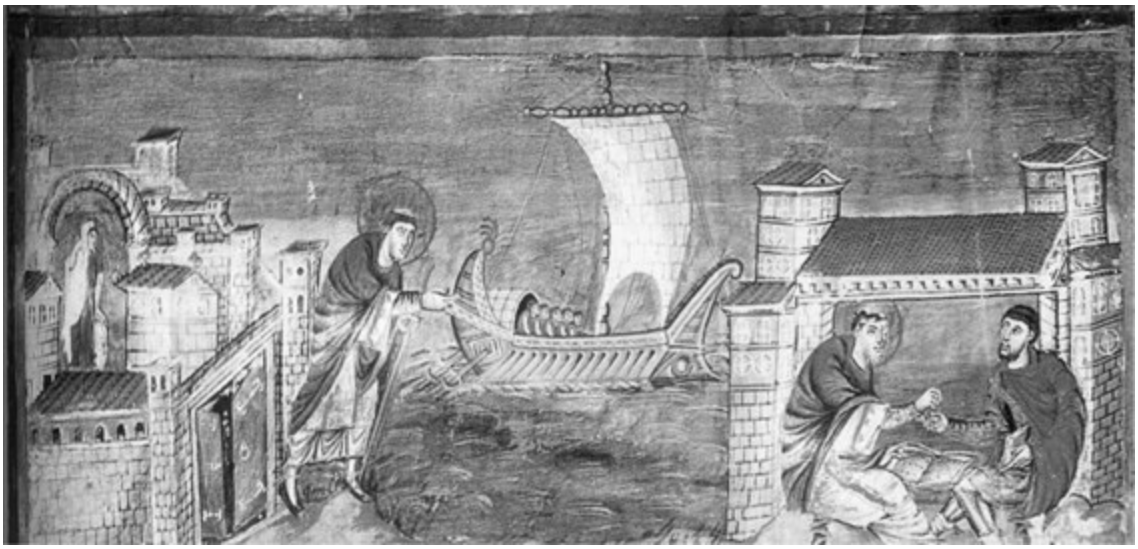
Así comienzan a editarse, gracias al quehacer de los copistas que reproducen los textos, los principales libros de la cultura antigua y se preparan y comentan para que sean comprensibles principalmente a los contemporáneos.

De esta manera se estructura una metodología de enseñanza, basada en el "trivium y el quadrivium", que el monarca franco impone en los centros abaciales y catedralicios con el ánimo de restaurar las luces de la cultura latina (extinguida bajo el peso cultural de los "bárbaros") en un maridaje con el mensaje de la Cristiandad. Este despertar, aunque muchos historiadores lo catalogan de *renacimiento* (apreciación que abordaremos más adelante), conduce al desarrollo de un *prerrenacimiento* cultural, estimulado por la inmigración a Francia de las élites eclesiásticas de España y África, que las invasiones árabes han obligado a exiliarse.

El "trivium" (en español, tres vías o caminos), como ya hemos señalado, agrupaba a las disciplinas literarias, relacionadas con la Elocuencia, el Discurso, la Oratoria, la Literatura, la Poesía. En tanto, que el "quadrivium" (en español, cuatro caminos) convoca a los dominios científicos emparentados con las Matemáticas (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música).

Para el soberano era preciso que el *vulgaris populus* (pueblo vulgar, sin educación o populacho) pudiera, de alguna manera, conocer los libros y la cultura latina. Urgía, en ese momento, además, una mejor preparación del funcionariado estatal y que el clero saliera de su ignorancia, de su derrotero cerrado y claustral, sobre todo si se quería llevar las ideas del Evangelio a mayores capas de la

población. Los artífices de esta búsqueda cultural carolingia apuntaban que los futuros sacerdotes no solo necesitarían comprender los textos sagrados y la organización del culto, sino también ampliar su vital conocimiento del mundo que les rodeaba para hacer un proselitismo más inteligente. Para ello se multiplican las escuelas monacales y catedralicias, donde se imparte lectura, escritura y rudimentos de latín, extractos de la Biblia y otros textos litúrgicos, en una primera etapa. Y en una segunda, un compendio clásico de las siete Artes Liberales, que serían el basamento de dicha educación.



San Jerónimo predicando entre sus discípulos. Tras años de formación espiritual en Roma, el santo abandonó esa fastuosa ciudad y se retiró a Belén. Allí pasará sus últimos días escribiendo y orando.

Hay que tener en cuenta que el concepto de arte liberal, como se heredó de la antigüedad clásica, guarda relación con el cultivo de lo que en esa período era denominado “cultura para hombres libres”, en oposición a las “artes serviles”, que incluían, en ese momento, profesiones como la agricultura, los negocios, el comercio y las finanzas, la ingeniería, la pedagogía, la medicina o la farmacia.

El término “artes liberales” indicaba, para la época, los estudios que tenían por fin ofrecer enseñanzas más generales y destrezas intelectuales, antes que oficios u ocupaciones especializadas. En su dossier de conocimientos se alistaba la Gramática o “lingua” (uso correcto de la lengua, ayudar a hablar con corrección); la Dialéctica o “tropus” (el arte del diálogo y la discusión, del pensamiento correcto, ayudar a buscar la verdad); la Retórica o “ratio” (razón, técnica de expresarse de manera adecuada para lograr la persuasión del destinatario, ciencia que enseña a “colorear” las palabras); la Geometría o “angulus” (una parte importante de la geometría clásica es el estudio de las construcciones con regla y compás); la Aritmética o “numerus” (conocimiento y habilidad con los números); la Astronomía o “astra” (estudio de las estrellas y los cuerpos celestes) y la Música, “tonos” (que enseña a producir las notas, los cantos, la melodía, el ritmo y los sonidos).

Durante la Edad Media, las denominadas “artes liberales” conformaban una parte primordial del currículum de las universidades. Carlomagno las adopta, bajo la sugerencia de uno de sus consejeros intelectuales, como la base de la reforma escolar llevada adelante durante el denominado Renacimiento Carolingio, que los historiadores apuntan que comenzó en el año 700 y concluyó en el 1000.

No por casualidad los franceses modernos han querido ver en la antigua Academia Palatina los

gérmenes de lo que posteriormente sería la Universidad de París, la célebre Sorbona, y aunque el centro de cultura, creado por Carlos y un grupo de sabios, no estaba ubicado en esa ciudad (hoy capital de Francia), sino que tenía la característica de ser itinerante, nómade e iba de Aquisgrán a otras confines, como la misma corte del soberano, su espíritu enciclopédico, su deseo de sembrar el aprendizaje de las letras y las ciencias en las mentes de sus alumnos sobrevivió a la época carolingia estimulando la sabiduría, la contemplación claustral y los conocimientos galos en los siglos posteriores.

Caminos, encrucijadas y mecenas

Apaciguados los territorios, silenciadas las espadas y el retumbar de las patas de la caballería en los campos de batalla, en plena *pax Christi in regno Christi*, Carlomagno, el soberano Carolingio, decide adelantar una profunda reactivación cultural, religiosa, artística y educativa, que acompañara sus innovaciones administrativas.

El Emperador, que se esforzaba él mismo por aprender a leer y escribir cada día con mayor competencia, no solo se percibía como un defensor a ultranza del cristianismo en la tierra, sino también como un salvador de la herencia cultural latina, del arte de la antigüedad clásica. Por esta razón busca la ayuda de monjes y figuras intelectuales prestigiosas, venidas de disímiles lugares del exterior, para esa campaña de alfabetización popular.

En ese momento, su principal aliado fue Alcuino de York, un escritor, teólogo, filósofo e historiador anglosajón. Su primer encuentro se dio en el año 781, cuando Carlos estaba de paso por la ciudad de Parma, en Italia, y tuvo la ocasión de conocer allí a un monje de la Escuela de York, en Inglaterra, discípulo del arzobispo Egberto y del monje, escritor y erudito Beda el Venerable (667-735), apodado “Padre de la Historia Inglesa”.

Alcuino de York había nacido en el año 735, y falleció el 4 de junio de 804. Desde su juventud sobresalió en el estudio de las artes liberales y las letras latinas; era un gran organizador y mejor maestro.

Después de un primer diálogo, el Emperador se percató de que tenía a la persona capacitada que tanto había buscado para hacer frente a la aventura del saber en sus dominios, y le propuso establecerse en la capital germana y fundar la Escuela Palatina de Aquisgrán.

De esta manera, Alcuino se pone al frente de esa difícil empresa y hace de dicha institución un modelo de centro formativo para la mayor parte de Europa Occidental. En recompensa por sus servicios, el Soberano le confiere en calidad de donativo tres abadías, entre ellas la de San Martín de Tours, con más de veinte mil siervos. Por lo que Alcuino pasa de ser un simple diácono anglosajón a un noble con grandes propiedades (que incluían, además, las rentas de Ferrieres, Saint-Loup, San Josse y grandes dominios), en pago por su aplicación intelectual y organizativa en pos de la renovación cultural y literaria de un Imperio.

En todas esas instituciones no solo se enseñaban las artes liberales, sino también las Sagradas Escrituras y, por supuesto, Teología. Tanto la Galia, como Germania e Italia, por voluntad de Carlos y la dedicación del poeta Alcuino y sus prestigiosos colaboradores, conocieron de esa intensidad y reverdecer cultural.

El célebre maestro Alcuino, cuando ya era uno de los personajes más influyentes de la Corte Carolingia, y desempeñaba un cargo semejante a un ministro de Cultura o Educación, llamado por sus pares el "praeceptor Galliarum" (preceptor de las Galias), comienza a sentirse tan infeliz por sus riquezas desmedidas que le implora al Emperador que le autorice a repartir sus beneficios entre sus discípulos necesitados.

Alcuino de York en una imagen de época. Alcuino fue un gran teólogo, erudito y pedagogo anglosajón, afincado en el Imperio Carolingio.

Más adelante le confesará a Carlos que él solo anhelaba el retiro a un monasterio benedictino, para concluir su existencia entre libros, silencio y estudio claustral. Carlomagno le permite retirarse a Tours, donde funda una escuela que sirve de modelo a otras instituciones de retiro e ilustración. La escuela de Tours fue uno de los centros de los que egresaron inteligentes y creativos calígrafos que hicieron inestimables copias de los libros sagrados.

En una de sus tantas misivas a sus colaboradores (quizás su correspondencia fue lo más interesante de su obra creativa), donde reafirma su carácter de portavoz de toda una época y a través de la cual descubre pasajes costumbristas de esa experiencia cultural, les propone:

> Vuestro lugar está aquí. Vosotros, cuya función consiste en transcribir la ley divina y los monumentos de la sabiduría de los Padres de la Iglesia, guardaos bien de mezclar palabras frívolas a vuestra conversación y velad para que vuestra mano atolondrada no cometa ningún error. Buscad estudiosamente los textos puros, a fin de que vuestra pluma, por su rápido vuelo, marche por el recto camino. Es un gran honor copiar los libros santos, y este trabajo encuentra su recompensa espiritual.

Para esta empresa del conocimiento y con la idea de contribuir con sus aportes intelectuales en la corte carolingia, llegaron los mejores exponentes del conocimiento de la época, famosos humanistas, como el lombardo Paulo Diácono, que escribió la crónica de su nación, *Historia de los Lombardos*; el obispo italiano, San Pietro da Pisa; el poeta franco, experto en Gramática, Angilberto, y el visigodo y obispo de Orleáns, Teodulfo (de origen español); el hispano también, Benito de Aniano; el italiano, Agobardo; Flaccus; Wala; los anglosajones Fredegiso, Sigulfo y Witzón; los obispos de Lyón, Leydrades; Paulino de Aquileya, el obispo irlandés, Dungal, proveniente del monasterio de Fulda; el helenista y estudioso de la gramática, Clemente de Irlanda, quien más adelante sería mártir

del catolicismo en la época de Carlos el Calvo y finalmente, Eginardo, el amigo biógrafo y secretario de Carlomagno, entre otros sabios anglosajones, irlandeses, españoles, italianos, germanos y de todas las regiones antiguas, civilizadas por los romanos.

Por supuesto, Alcuino, el sabio inglés, fue nombrado jefe de la Academia de Palacio, en tanto se precisaba de una mente organizada que proyectara la suerte de convocatoria cultural que quería llevar adelante el Soberano. En aquel recinto de eruditos, donde el conocimiento era la principal preocupación, el emperador andaba a sus anchas, pero como uno más pues la humildad era entonces (ya más maduro y con las sienes encanecidas) su rasgo prioritario.

Dentro de la Escuela Palatina no había ningún tipo de rivalidad y competencia, todos se escuchaban y era como un templo, una secta de sapiencia, de poesía, de artes. Solían utilizar sobrenombres simbólicos muy a la usanza de la cultura antigua, así el de Carlos era David; el de Alcuino era Horacio; Angilberto era Homero y todos llevaban su seudónimo en recuerdo a una figura cimera de las letras clásicas y las historias bíblicas.

Buscando hasta el final

Nuevamente, Carlomagno imprimió a esa empresa de renovación cultural la misma entereza que había puesto a lo largo de su vida; estaba ya muy cansado y viejo, pero continuó con la misma fortaleza y predisposición, sin dejar de poner su cuota de dirigismo autocrático, que siempre consideró la clave para triunfar en sus proyectos. Y aunque muchos investigadores hoy en día ven como una utopía, una quimera, ese proyecto y hasta los hay que lo señalan con el dedo de manera desdeñosa y escéptica en cuanto a sus resultados, el esfuerzo se puso y rindió ciertos frutos importantes.

Pero ciertamente es que Carlos ya se había percatado de la apatía, de una suerte de desinterés hacía todo lo proveniente del mundo de la ciencia. Y parte de esa responsabilidad debía atribuírsele a la Iglesia, pues ella misma preconizaba la fe por encima de la naturaleza.

De ahí que él tratara de cambiar ese orden de cosas y aspirara, mediante el desarrollo de la Lógica o Dialéctica, del interés por la indagación especulativa (que más tarde traería aparejado el desarrollo de la Escolástica, entendida como la aplicación de la inteligencia humana al estudio de la verdad revelada), a darle un vuelco al pensamiento social.

Para el hombre medieval la existencia (Dios y las cosas eternas) se hallaba plagada de símbolos y no estaba hecha de elementos, energías y leyes, sino de formas. Solo los ángeles y los santos se ubicaban en la eternidad. Los astros en el espacio cósmico, las cosas, el hombre, su pensamiento interior, la naturaleza, e incluso los estamentos sociales conformaban un tejido de símbolos que tenían un significado eterno, según afirmaba el profesor y teólogo católico alemán Romano Guardini, en su ensayo: *El fin de la época moderna* (1954), donde expone un grupo de ideas novedosas acerca de la cosmovisión católica del mundo.

Para llevar a buen puerto el trabajo de regeneración intelectual, el monarca concibió varios círculos. El primero era el propio palacio. El segundo debía irradiar y llegar con la cultura hasta los clérigos y monjes, cuyo nivel de conocimiento se trataba de aumentar. El tercero debía extenderse a todos los jóvenes del Imperio. Con ese fin, ya la *Admonitio Generalis*, aprobada por Carlomagno el 23 de marzo del año 789, antes de su coronación imperial, había dado claras orientaciones en el

sentido de que en cada obispado y monasterio se inauguraran y estuvieran funcionando escuelas para la enseñanza de un conjunto de doctrinas eclesiales, con textos teológicos originales o cuidadosamente corregidos.

En esa capitular, dirigida a los nobles del reino franco y, sobre todo, a obispos, abades y capellanes entre otros, se ordenaba servir al rey, y aunque estos religiosos no se encontraban bajo la égida de ningún obispo, sino que dependían directamente del Soberano Carlos, debían velar por la pureza de todos los servicios litúrgicos y la divulgación de los dogmas eclesiales.

Carlos pretendía uniformar las reglas de la fe católica y apuró algunas soluciones prácticas en los monasterios benedictinos, como el desarrollo de los escribas o copistas, la codificación de la escritura en la minúscula carolina (una caligrafía de letras pequeñas, redondeadas y separadas entre sí, que facilitaba enormemente la copia, la difusión y la lectura de los libros clásicos) y la invención de modernas señales de puntuación como la interrogación.

También hizo revisar y uniformar la compilación de la Biblia; Alcuino fue uno de los encargados de tamaña labor, junto a la edición de textos sacros importantes, como homiliarios y leccionarios.

Para entonces, Carlomagno ya demostraba su celo de reforma con la búsqueda de textos correctos de derecho canónico y de liturgia.

La escritura y el rito

La escritura carolina surge a finales del siglo VIII y su uso pervive hasta el siglo XII. Propulsada por los sabios e intelectuales nucleados alrededor de Carlos, este alfabeto ocupa menos espacio en los pergaminos y se convierte en todo un sistema escritural. Usaba un tipo de letra de alta legibilidad, de trazado claro, con poca ligadura, con tendencia a la separación de palabras, con letras minúsculas, en tanto el alfabeto latino solo tenía letras mayúsculas, y restringe el empleo de abreviaturas. El alfabeto terminó convertido en un sistema universal que se impuso en Europa desplazando al resto de las escrituras nacionales, vigentes en las diversas regiones.

Gracias a dicho sistema de letras muchos libros fueron transcritos en su gran parte en monasterios. De aquellos textos, precisan los bibliotecólogos, se conservan unos siete u ocho mil manuscritos o pergaminos en la actualidad, pertenecientes sobre todo a autores clásicos, en importantes centros culturales y son considerados verdaderas piezas museables por su valor arqueológico y cultural.

Ya en su *Epistola de litteris colendis*, escrita en los años 784-85, el rey franco Carlos se quejaba y lanzaba su alerta, ante el abad de Fulda, de haber recibido correspondencias de los monasterios con faltas ortográficas, que podrían repercutir en errores de comprensión. Y pidió la rápida instrucción a sacerdotes y la revisión de los textos originales religiosos y de literatura para evitar que se diseminarán errores de ortografía.

Sermones, diálogos, el arte expresado en las catedrales, toda la producción literaria (en prosa, verso, latín o romance) presuponen un conocimiento formidable de la Biblia, una usual cita con el Antiguo y el Nuevo Testamento. De ahí que el acercamiento del pueblo a la cultura, llegaba por intermedio de las nociones que recibía el ciudadano común participando en la liturgia, escuchando relatos en los palacios o presenciando el arte de juglares y trovadores en los dominios.

Dentro de esa regeneración creativa carolingia destacó, además, la miniatura o iluminación de manuscritos, y la producción de códices para recopilar al máximo posible todo el conocimiento de la

época. Los *scriptoria*, por tanto, son los artífices de elaborar numerosos manuscritos con ilustraciones de calidad.

Con esa enseñanza progresan extraordinariamente las artes figurativas: la pintura, el dibujo, la escultura, la cerámica. Los mosaicos (repletos de simbolismo, con escenas propias de la cotidianidad eclesial y alegorías mitológicas romanas), los dibujos en tablas de encina y hasta el arte funerario (que pretende resumir, con el uso de la escultura en madera, los principios básicos de la doctrina cristiana) toman gran impulso.

En ese período existían cuatro escuelas fundamentales que desarrollaban este laboreo: la Escuela Palatina de Aquisgrán (que desplegó su quehacer durante el último cuarto del siglo VIII y donde sus artistas buscaban modelos en las fuentes clásicas, bizantinas e incluso en el mundo anglosajón); la Escuela de Ebbon de Reims (que pertenecía a los tiempos de Ludovico Pío, hijo de Carlomagno); la Escuela de Tours (activa durante el segundo tercio del siglo IX, cuya paleta de colores era muy sobria y realzaba sus trazos con oro y plata); y el Taller de Drogo de Metz (segunda mitad del siglo IX, cuyos virtuosos se inspiraron en decoraciones murales o en mosaicos romanos, del tipo de Santa Constanza, con rasgos muy elegantes y refinados y figuras pequeñas en plena naturaleza).

La unificación de la liturgia en época de Carlos, debida a su interés por mejorar los encuentros con Dios, también fue muy importante. De ahí que Eginardo manifestara que el Soberano...

> ...velaba con solicitud en todo lo que allí pasaba con el más grande decoro, y frecuentemente recomendaba a los sacristanes velar en lo que allí se aportaba para no dejar nada impropio o indigno de la santidad del lugar. La proveyó ampliamente de vasos sagrados de oro y de plata y de una cantidad suficiente de vestidos sacerdotales para que nadie -ni los porteros, que están en el último escalón de la jerarquía eclesiástica- se encontraran en la necesidad de ejercer su ministerio en vestidos comunes. Se empleó también con diligencia en corregir la manera de leer y de salmodiar, siendo él mismo muy experimentado en la materia, aunque no leía en público y no cantaba sino a media voz con el resto de la concurrencia.

Cristo clavado en la cruz en un Libro de Horas de la Escuela de Tours que fue muy activa durante el segundo tercio del siglo IX y cuya paleta de colores era muy sobria, realzando sus trazos con oro y plata.

Pero su preocupación fue más allá y exigió al clero saber leer y escribir en latín, obligó a la adopción de reglas de convivencia benedictina en todos los monasterios del Sagrado Imperio Romano como la asistencia puntual a los actos religiosos, el hacer votos de castidad y pobreza, el guardar silencio dentro y fuera de las habitaciones y el respeto de la intimidad y la privacidad de los demás. Sus reformas también condenaron la iconoclasia (rechazo de las imágenes), costumbre propia del Oriente y admitieron la procesión del Espíritu Santo y del Padre e Hijo. Tales cuidados trajeron consigo la edición de los *Libris Carolingis*, que intentaban defender la pureza de la fe, frente a los preceptos de la iglesia musulmana.

Por si no bastase, Carlos dispone en una capitular que los sacerdotes aprendieran el canto romano y en sus homilías hablaran de cosas útiles, honestas y rectas, que condujeran a los seres humanos por el camino de la vida eterna, recalcando el castigo perenne para malhechores y prescribiendo la hospitalidad para caminantes y peregrinos.

A partir de ese momento, ningún ámbito de la vida eclesial se descuidó: desde la catequesis hasta la formación y preparación del sacerdocio. Los obispos debían vigilar y controlar la vida de sus curas y preocuparse por si sabían explicar el Padrenuestro y el Credo y hasta si conocían los cánticos religiosos. También les correspondía dominar los cánones referentes al matrimonio, conocer

los libros penitenciales para los pecados y los pasos y liturgia de la ordenación sacerdotal y el bautizo, junto a las solemnidades del año litúrgico, entre otras normas de romanización, para insuflarle vida y modernidad a la fatigada liturgia franco-germana.

Con Dios de la mano

Carlos frecuentaba la Iglesia por la mañana y por la tarde, cuidando del decoro, el rigor y la pureza de las celebraciones y legó, en vida, gran cantidad de vasos sacros, figuras, cuadros y ornamentos religiosos a su santuario, además de practicar sistemáticamente la caridad con los que menos tenían.

Es bueno recordar que Carlos, después de ser coronado Emperador por el Papa en el año 800, reafirma su poder y advierte su intención de establecer un nuevo orden sagrado, para lo cual se propone tres metas cruciales: consolidar la religión, para él la tarea más importante y necesaria para consolidar un Imperio sobre los pilares de las buenas administraciones eclesiástica y gubernamental, donde obispos y condes tendrían una intervención protagónica. Su segunda meta estaba relacionada con extender la civilización y la tercera, con instaurar la paz, la vieja *pax romana*, interpretada en la ya mencionada frase: *pax Christi in regno Christi*.

Carlos concebía ese cometido como una suerte de reencarnación de la cultura grecorromana, detrás de la cual se parapetaba su aspiración de reinstaurar el imperio antiguo, ahora con asiento en Aquisgrán, ese valle de aguas termales sanadoras que recordaba al paraíso bíblico.

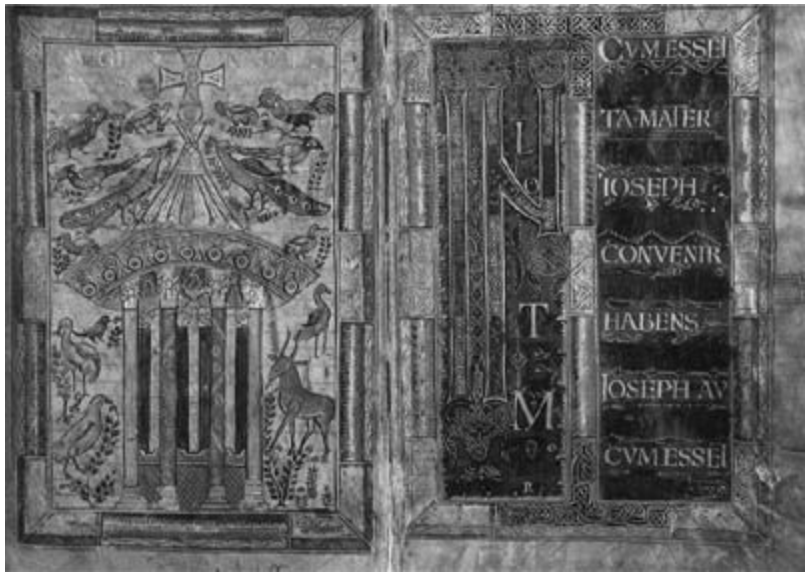
Ello explica que las artes de la época se inspiraran en las formas antiguas e incluso hasta los retratos, la arquitectura y las miniaturas recreadas en cuadros y tablas de encina (uno de los árboles más emblemáticos del Mediterráneo), las ilustraciones de libros, la construcción de edificios y catedrales, intentarán copiar el antiguo esplendor romano y hasta el hieratismo de los bustos de los césares y la ampulosidad y el manierismo de la Roma antigua. Ni hablar de la copia de libros de los grandes padres de la iglesia y de los clásicos de la antigüedad, como Cicerón, César, Lucano, Salustio, Plinio, Tito Livio, entre otros, cuyos textos se encontraban diseminados en las bibliotecas de los centros culturales de la Europa carolingia.

En cada monasterio había, entonces, un lugar cuasi tan sagrado como las capillas y los atrios, donde los monjes dedicaban parte de su tiempo a copiar manuscritos y códices y a enriquecer sus bibliotecas, como una manera de divulgar la cultura. Recordemos que en ese momento no existía la imprenta, y recordemos también que la mayoría de los ciudadanos no sabía leer ni escribir. Por entonces, se compraron muchos manuscritos antiguos, particularmente en Roma, y se emprendió un vasto programa de trascripción, realizados por los monasterios. De este modo, se salvaron de la destrucción numerosas obras de la Antigüedad, a la par que se enriquecían los fondos de las bibliotecas de las abadías. Algunas de ellas (San Martín de Tours, Bobbio, Corbie, Saint-Gall, Reichenau, etc.), aparecieron como importantes centros desapiencia y creación intelectual.

Los monjes solían realizar estas tareas en los *scriptorium*, donde no solo copiaban y multiplicaban las letras, sino también ilustraban sus manuscritos con dibujos hechos a mano con tintas doradas y de otros colores oscuros. En esas circunstancias los textos medievales eran muy escasos y costosos. En su libro *El nombre de la rosa*, Umberto Eco nos presenta una descripción detallada e ilustrativa de este recinto tan vital para la cultura del *Medium aevum* (Medioevo) y de esa coyuntura histórica:

…conocí en San Gall un "scriptorium" de proporciones similares, separado también de la biblioteca (en otros sitios los monjes trabajaban en el mismo lugar donde se guardaban los libros), pero con una disposición no tan bella como la de aquél. Los anticuarios, los copistas, los rubricantes y los estudiosos estaban sentados cada uno en su propia mesa, y cada mesa estaba situada debajo de una ventana […]. Me impresionó la calma y la serenidad con que estaban entregados a sus tareas. Aquí se ve, dije para mí, la grandeza de nuestro orden: durante siglos y siglos, hombres como éstos han asistido a la irrupción de los bárbaros, al saqueo de sus abadías, han visto precipitarse reinos en vórtices de fuego, y sin embargo, han seguido ocupándose con amor de sus pergaminos y sus tintas, y han seguido leyendo en voz baja aquellas palabras transmitidas a través de los siglos…

Una hermosa leyenda de la época que confirma la importancia que para ese momento tenían los amanuenses narra que en el monasterio de Arnsberg, en Alemania, de la Orden de los premonstratenses, existía un abad, llamado Ricardo, inglés de nacimiento, que alcanzó mucha reputación por su habilidad como copista. De su mano salieron maravillosas obras, que entregaba con la mayor humildad pues sabía que estaba contribuyendo a la divulgación cultural de toda una centuria. Su mayor anhelo no era recibir los elogios de los hombres por su perfección caligráfica, sino la recompensa del cielo, pues era muy devoto.



Folios de la Perícope de Gordescale. El periodo carolingio se distinguió por la producción de códices.

Cuando falleció, sus hermanos religiosos le sepultaron en un sitio recoleto y de honor, debajo del atrio de la Iglesia del monasterio, donde se le rendían lealtades a los nobles. Se cuenta y forma parte del mito que veinte años después su tumba fue abierta y se encontró que su mano derecha, con la cual escribía y creaba, estaba perfectamente conservada y llena de vida, a pesar de que el resto del cuerpo estaba convertido en cenizas.

En el año 814 muere Carlomagno, a la edad de setenta y dos años, dejando un imperio de aproximadamente 1.800.000 kilómetros cuadrados de superficie, pero el renacimiento cultural que había impulsado, materializado en la labor constructiva, la iluminación de las artes, la ciencia, la filosofía, la miniatura, la talla en marfil, lo sobrevive durante casi un siglo más. Continúan llegando de otros lugares, como Gran Bretaña e Irlanda, ilustres sabios como Juan Erígena, que huía de su tierra debido a las invasiones escandinavas. La abadía de Fulda también continúa por mucho tiempo realizando un vigoroso quehacer cultural y religioso, y de sus claustros saldría el teólogo y pedagogo benedictino alemán Rábano Mauro (784-856), quien terminó dirigiendo la escuela de la abadía y trabajó en la organización de varios sínodos religiosos.

Todo su reinado fue un combate por la civilización. Sus reformas fertilizarían toda la Edad Media y bajo su dirección Europa toda luchó con ardor infatigable por conquistar los supremos bienes de la

vida social, guiada por las enseñanzas de los cánones de la Iglesia.

El título de *Defensor Ecclesiae* del Soberano rey le arrogó poderes para velar por la pureza y ortodoxia de la Iglesia y el estudio teológico. Así su aprendizaje de las artes y las ciencias se hizo extensivo a la defensa de la unidad de la fe.

Es importante señalar que la ligazón de la Edad Media con la antigüedad es nada inocente y constructiva; se ve en las literaturas precedentes la expresión de que el mundo pertenece a los que tienen fe y creen, por encima de todo, en el Creador del mundo. Veían lo que querían ver. La Europa occidental postromana conseguía alcanzar su unidad cultural por primera vez durante el reinado de Carlomagno, dejando detrás los vestigios de cultura bárbara y logrando que éstos aceptaran a la Iglesia católica como su religión y comenzaran a construir, no a destruir.

El discurso universal de la religión cristiana, ubicaba en esa pirámide social al noble, y por debajo junto al aldeano y al artesano, pero todos en idéntica conexión con Dios. Era el único punto en que los ricos y los pobres estaban en igualdad de condiciones. Y esa percepción se enseñoreaba en el origen de la ciencia, de la pintura, de la escolástica, de la poesía, de la música y de toda la concepción del mundo. Dios era omnisciente (todo lo ve y lo siente), se hallaba en todos los lugares y lo atravesaba todo. Desde el juramento del matrimonio hasta la coronación del Emperador estaban impregnadas de esa aureola devota y religiosa de la Cristiandad, entendida como el conjunto de los pueblos que se proponen vivir formalmente de acuerdo con las leyes del Evangelio, de las que es depositaria la Iglesia). Entonces, como expresa el estudioso medievalista Calderón Bouchet, en su libro *Apogeo de la ciudad cristiana*:

> …todos los elementos que constituirían la civilización europea permanecían ya representados en la nueva cultura carolingia: la tradición política del Imperio romano, la tradición religiosa de la Iglesia católica, la tradición intelectual de la cultura clásica y las tradiciones nacionales de los pueblos bárbaros. Tal sería la primera gran síntesis, en los albores de la Cristiandad, un verdadero puente entre la cultura antigua y la cultura medieval, la aurora de "la gran claridad de la Edad Media". De no haberse producido el renacimiento carolingio, la continuidad cultural se hubiese visto quebrada y la civilización habría perecido en los dos siglos de caos, que siguieron a la muerte del Soberano.

Cuentan las biografías que el propio Carlos estaba muy interesado por las artes liberales y sobre todo por la astronomía y la arquitectura. Esas predilecciones dilucidan su preocupación por desarrollar una importante labor constructiva, pues intentaba reafirmar la grandeza de su reinado, por ello esas catedrales terminadas en puntas que intentaban tocar el cielo, erigidas como imitación directa de los bosques o los magníficos palacios y abadías, construidos en Aquisgrán, para clérigos que ayudaban a los obispos en su tarea diocesana e intentaban perpetuar toda una etapa de esplendor arquitectónico y la reconstrucción de las iglesias en todos los recodos del reino.

Acerca de ese interés edilicio, Auguste Rodin (1840-1917), el más grande escultor francés de los últimos tiempos y un espíritu seducido de la belleza deja escrito:

> Las catedrales de Francia han nacido de la naturaleza francesa [...] Es el aire, a la vez tan ligero y tan dulce de nuestro cielo el que ha dado su gracia a nuestros artistas y afinado su gusto. La adorable alondra nacional, alerta y graciosa, es la imagen de su genio. Se lanza con el mismo impulso. Y el vuelo de la piedra dentada se irisa en el aire gris como las alas del pájaro.

Objeto de goce estético, minoritario y aristocrático, y dos construcciones paradigmáticas son la capilla palatina de Aquisgrán, de la que ya hemos hablado en otros capítulos y el oratorio de Teodulfo, en Germigny-des-Prés (Valle del Loira, Francia), de los que aún se conservan algunos vestigios constructivos. No por gusto las catedrales, de ese periodo, constituían el centro espiritual y del encuentro con Dios para los creyentes. En ellas el hombre medieval sentía que estaba más cerca de su fe y ellas estaban construidas en la confluencia de los caminos recordando que eran la

substancia espiritual de las ciudades.

Arte y ansias de saber

Astuta y acertadamente, Carlomagno siempre vio un nexo invariable entre reformar la Iglesia y la educación. Al intentar retornar a las tradiciones más seculares y auténticas mirará siempre con deleite a la "Ciudad Eterna". Es bueno recordar que durante sus campañas contra los lombardos, Carlos recorrió la península itálica y conoció los grandes monumentos de la antigua Roma. Esas experiencias visuales quedaron en sus retinas y en su imaginario de esplendor y civilización, que intenta multiplicar en monasterios, palacios, capillas y en todo su Imperio, desde San Filiberto de Grandlieu, en la desembocadura del Loira hasta Corvey, en el corazón de Sajonia.

Mención aparte merece el desarrollo de la poesía litúrgica en este período.

La forma conocida como *secuencia*, cantos en latín para ser interpretados durante la misa, recibió un fuerte espaldarazo de los sabios y poetas de la corte de Carlos. En este quehacer sobresalieron Notker Balbulus, de la abadía de Gall, y el arzobispo de Maguncia, Rabanus Maurus, que se dice pudo ser el autor del famoso himno *Veni Creator Spiritus*.

También descollaron las representaciones de teatro religioso medieval, desarrolladas durante los servicios eclesiales, que fueron valoradas con posterioridad como los puntales directos del drama moderno.

Relicario de oro repujado y plata. La hermosa pieza de la imagen da cuenta del nivel de excelsitud que alcanzó el arte en el período carolingio. Carlos borró de la Europa occidental casi todos los vestigios de la cultura bárbara.

Mientras tanto, y en contrapunto con todo ese arte litúrgico, se escribió poesía anónima, en especial los versos líricos de la literatura goliárdica, compuestos por estudiantes y monjes aventureros, que cantaban a los placeres carnales, a las fiestas, la bebida, y se mofaban del clero y de la poesía devota radicional. Uno de los más conocidos, que ha llegado hasta nuestros días, es *Carmina Burana*.

Durante dicho período el latín fue la lengua cultural en Europa occidental y aún se conserva un amplio abanico de prosa especializada, filosofía escolástica y trabajos como los del francés

Abelardo, cuyas creaciones (himnos, epistolarios, poesías y canciones seculares) tuvieron mucho mérito literario para su momento.

La música medieval también atesora su período de esplendor, sobre todo la liturgia franco romana y el canto gregoriano, melodías al servicio del texto litúrgico de los oficios religiosos. Ya en pleno siglo VII, el Papa Gregorio I el Magno, había recopilado y organizado una serie de cantos romanos que establece como obligatorios de la liturgia unificada cristiana.

En tiempos de Carlomagno se establece de manera inapelable el rito romano, muy influido por las tradiciones francogermanas propias. A partir de este momento, los monasterios benedictinos de la Orden de Cluny y el clero impulsan esta liturgia y el canto gregoriano por toda Europa.

El canto gregoriano poseía, en ese tiempo, un ritmo monódico; se cantaba en latín y tenía un texto exclusivamente religioso, interpretado, entonces, *a capella*. Su propósito era exaltar el acercamiento espiritual y estético a Dios e intentaba proporcionar con sus ocho escalas especiales (los llamados *modos*) concentración, solemnidad y sobriedad para comenzar el "contacto espiritual" con el Salvador.

Lo popular y lo monástico

Lamentablemente la música profana, que escuchaban y disfrutaban los más humildes se perdió, pues nunca se reprodujo en escritos y copias. Los historiadores apuntan que existía un gran desarrollo del baile y el canto paganos (concentrados en temas como el amor, la guerra y la naturaleza), muy criticados por el clero. Pero este aluvión creativo no se perpetuó en códices, como sí sucedió con muchas obras de la música religiosa, pues eran los clérigos quienes se dedicaban a la copia y por esta misma razón no quisieron que se divulgaran esas interpretaciones populares, que consideraban "procaces".

A diferencia del canto litúrgico, en las obras trovadorescas sí se emplearon algunos instrumentos musicales para el acompañamiento, como el arpa, las castañuelas, la cítara pulsada, etc. Para entonces, la polifonía como fenómeno musical se abría caminos proporcionando otra armonía, varios sonidos simultáneos, pero en un todo armónico y este aporte melódico, que producía un estado de "encantamiento", fue aprovechado también por las iglesias, para darle a su liturgia un ritmo más armónico y sacro.

El Medioevo conoció la escolaridad en sus diversos grados: la enseñanza primaria, la secundaria y la superior (aunque no con esa denominación). Así las parroquias y abadías tenían la obligación de fundar colegios anexos, que eran sostenidos por los señores feudales y cuando los clérigos dejaron de dar clases fueron sustituidos por un simple fiel que era retribuido en especies (vino, pan pescados, y rara vez algún sueldo). El contenido principal de la enseñanza era la doctrina cristiana. Pero el arte sacro era bien visto.

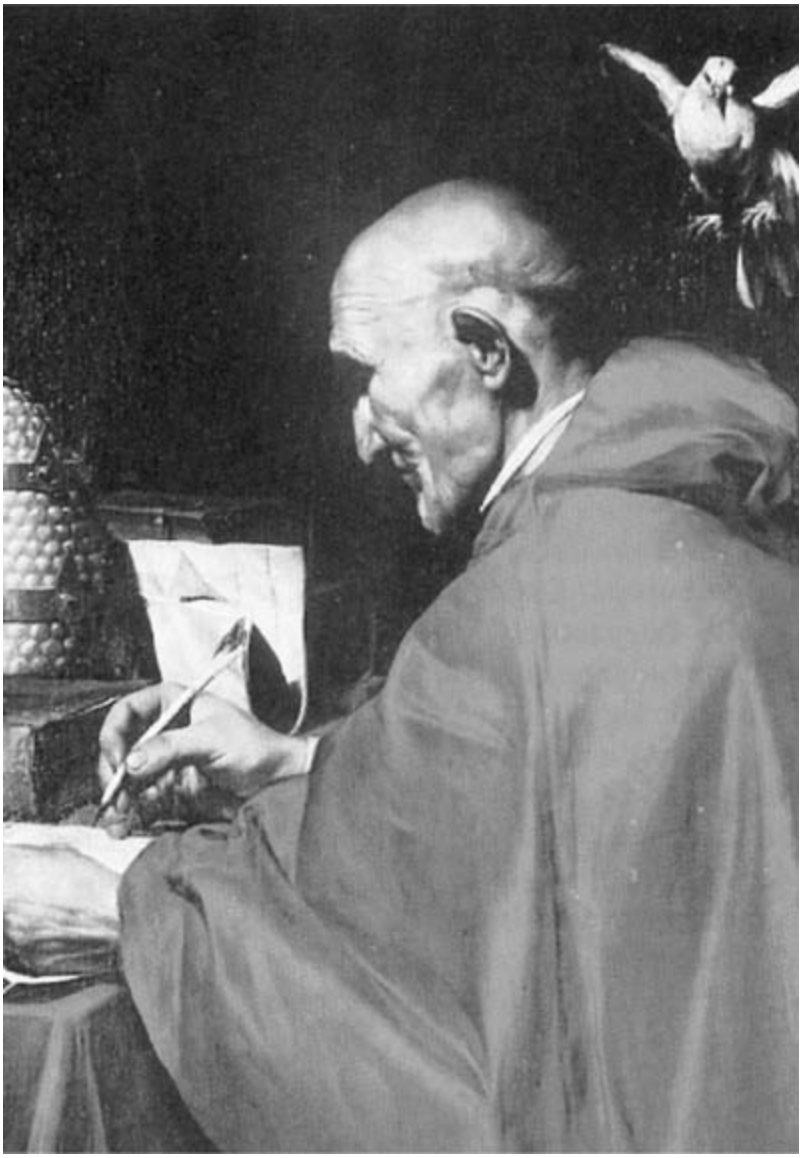
En un grado más elevado se ubicaban las escuelas monásticas y posteriormente las catedralicias y capitulares, muy ligados a los conventos, que constituían verdaderos focos culturales desde las invasiones bárbaras. Y aunque muchos manuales han logrado instalar en el imaginario social que en la Edad Media se enseñoreaban la ignorancia y el analfabetismo, esta afirmación constituye un preconcepto engañoso, sobre todo si valoramos que de aquel período subsisten disímiles testimonios populares de intelecto y creatividad.

Pero, a fuerza de ser sinceros, debemos advertir que buena parte de la educación de los más pobres era transmitida "por ósmosis", de generación en generación; así el hijo del campesino aprendía de su padre el arte de la siembra, del riego, de las épocas buenas para las cosechas y las malas por las enfermedades, o el aprendiz de fundidor era iniciado por su maestro en los secretos del fuego y del metal, y hasta aprendía cómo ponerle herraduras a los caballos sin dañar sus patas, para poder abrirse camino económicamente y ser útil a su territorio.

Hemos reiterado ya que Carlos era un afecto al conocimiento y tenía enormes deseos de aprender y aun cuando fuera bastante tarde para él (por la edad que tenía) no dudó un instante en interesarse por el estudio de la retórica, el cálculo y la astronomía. Ello justifica su asistencia a las clases de la Escuela Palatina (reservada para la formación de la élite), impartidas por Alcuino y su orientación para que todos los miembros de su familia y la corte también lo hicieran. Sobre sus progresos como alumno, escribió su secretario Eginardo: "Aprendió el arte de contar mediante números".

De lo cual se puede inferir que llegó a saber algo de aritmética; también aprendió a leer algo, aunque sus esfuerzos por escribir fueron vanos. Su biógrafo relata que el rey franco se llevaba a la cama sus tablillas con modelos de escritura y por la mañana, o si se despertaba durante la noche, se esforzaba por reproducir las letras, pero no pudo llegar más allá de copiar modelos.

La Escuela Palatina, centro de la actividad académica y literaria de su tiempo, no llegó a difundirse por el resto del Imperio, gran parte del cual vivía en el más absoluto analfabetismo. Su quehacer intelectual se verá sumido en un grave problema: se había dejado de pensar en latín y, si bien esta minoría reclutada de sabios superaba ese obstáculo, no pueden evitar cierta falta de rigor, claridad y precisión tanto en el uso sintáctico como semántico de dicha lengua.



San Gregorio Magno con los dos signos que le caracterizan en toda la iconografía: la tiara y la paloma.

Pero a pesar de estas dificultades, los maestros contaron con brillantes discípulos, como Modoin, autor de tres églogas donde trata el tópico bucólico, y Nardulo, otro de los biógrafos panegiristas de Carlomagno y del obispo de Maguncia, abad de Fulda y poeta, Rábano Mauro (779-856), que dedica con posterioridad amplia parte de su quehacer intelectual a la enseñanza de una cultura enciclopédica y estudia y escribe sobre temas como la moral de la época, la gramática, la poesía, donde demuestra un hábil manejo de la lengua y la versificación latinas, tal cual lo hace en su poema: *Elogio de la Santa Cruz*.

De este autor se conserva un mayor número de piezas poéticas, y como ha apuntado el ensayista Rafael de Cózar en su trabajo *Caligramas, emblemas, laberintos: los límites de la poesía*:

> …sus laberintos y caligramas insertos constituyen un corpus que asombraría a cualquiera de los vanguardistas modernos.

La otra cara de la moneda

Sin dudas, a principios del reinado de Carlos la vida intelectual y cultural franco germana se encontraba en una profunda decrepitud; el reino de la literatura estaba casi muerto y desde hacía

mucho tiempo no existían centros de conocimiento. El de los maestros era un oficio en extinción; las guerras habían terminado por meter a los ciudadanos en una modorra y una neblina de incultura, donde el conocimiento no era valorado. Quizás ello ilustre la necesidad de reorganizar los estudios y darle un cimbronazo a la pereza intelectual, echando todo el fuego en la hoguera del intelecto.

Carlos evaluó que para reinstaurar el prestigio de sus dominios era preciso darle vida a la tradición cultural romana y practicar, como lo había hecho el Emperador Augusto, el mecenazgo. Debía, entonces, comenzar por su máxima prioridad: reeducar a la Iglesia; capacitar a sus administradores para que fueran más competentes y realizarán mejor los cómputos y darle mayores conocimientos a los nobles, pues sabía ya que quien controlaba el discurso (fuente material del conocimiento) tenía el poder en sus manos y eran las clases más poderosas económicamente las llamadas, según la ideología del soberano, a llevar a la práctica este sistema de regeneración cultural en la Galia.

Pero los medios académicos, a fuerza de tanto hablar del "Renacimiento Carolingio", han terminado por acuñar una serie de expresiones y valoraciones que algunos historiadores contemporáneos consideran desacertadas y faltas de realismo. Y aquí queremos ofrecer la otra cara de la misma moneda para que el lector saque sus propias conclusiones.

Una de ellas, y sin dudas la más cuestionada, es si realmente existió un florecimiento, un resurgir carolingio de la cultura europea, de las propias cenizas de los pueblo francos-germanos. Como se preguntan muchos en sus investigaciones, ¿hasta qué punto la retórica histórica puede llegar a falsear la realidad de los hechos? Habría que comenzar a buscar matices que abran nuevas interrogantes.

No es menos cierto que la figura de Carlos I el Grande siempre ha estado rodeada de mitos, leyendas y apologías. En forma desmedida, se ha hablado de él como un gran político, un gran estratega de la guerra, un cuidador de la Cristiandad, un gestor económico y muchos autores apuntan que también se ha creado el mito del Carlos mecenas, propulsor cultural y emperador preocupado por la educación de los suyos.

Ya a mediados del siglo XIX, un historiador de la literatura francesa como J.J. Amére comenzaba a cuestionar dichos términos y ponía en solfa también el llamado "Renacimiento Carolingio". Posteriormente, otros historiadores se pronunciaron con reservas sobre dicha etapa y su alcance a nivel cultural y social. Entonces surgen argumentos que perfilan que la propia *Admonitio Generalis* (789) buscaba la restauración de las letras frente a la negligencia de las generaciones anteriores.

De esta manera, autores como Jacques Le Goff (Toulon, 1924), un prestigioso historiador y docente de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, y autor de libros vitales para el conocimiento del Medioevo, como *Los intelectuales y la Edad Media* (1957); *La Civilización del Occidente medieval* (1962); *El hombre medieval* (1989), entre otros, donde hace estudios sobre ese período combinando historia, antropología, sociología y economía, advierte que esta etapa *...fue un movimiento cultural, exclusivamente de clérigos y para clérigos.*

O sea que para él se centraba en proveer de cuadros eficientes al Imperio. Incluso el autor llega a apuntar que no fue tan original la política cultural de Carlos y sus colaboradores, la mayoría traídos del exterior, con sus veleidades extranjerizantes y sus poses, pues el reverdecer intelectual de ese momento era obra de la confluencia en la Galia franca de todos los atisbos y amagos intelectuales que habían ocurrido en las regiones periféricas en años anteriores.

Así, apunta que no es muy preciso decir que con la caída del Imperio Romano feneció todo resabio cultural, pues entonces se está marginando, por ejemplo, el pequeño renacimiento cultural en Rávena,

que tuvo lugar en los siglos V y VI, en el norte de Italia, dominada por el rey ostrogodo Teodorico el Grande, con el apoyo del filósofo romano Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio (480-524, en Pavía), quien fue nombrado *magíster officiorum*, cargo equivalente a un primer ministro, por sus aportes culturales y religiosos (fue beatificado, en 1981, por el Papa León XIII) y del político, gramático y escritor latino Casiodoro (485-580), fundador del monasterio de Vivarum, ubicado muy cerca de una dársena de pescadores y en la colina de Mons Castellum, donde construyó una especie de ciudad en la cual los religiosos no tenían que preocuparse por su subsistencia material y solo debían estar consagrados a los oficios litúrgicos, al ejercicio de las artes y a la copia y corrección de libros, tanto bíblicos, como paganos, experiencia que, posteriormente, iba a resultar repetida y de manera nada novedosa bajo el Imperio Carolingio.

Le Goff también señala los aportes del sabio enciclopédico San Isidro, durante la España visigótica, quien intentó transmitir a las generaciones venideras lo que él había investigado sobre el pensamiento antiguo; o el quehacer intelectual del monje erudito británico, educado en los monasterios de Wearmouth y Jarrow, San Beda el Venerable (673-735), quien fue profesor de Alcuino de York y creó, también, en la Iglesia anglosajona, un centro de pensamiento intelectual de monjes misioneros alrededor de su figura. Beda es considerado como uno de los mayores pensadores de la Alta Edad Media, con incursiones en la historia, las ciencias naturales, la geografía, la poesía, la aritmética, la narrativa, la moral y la dogmática. Todas estas experiencias culturales no serían más que el paradigma, el antecedente, el ensayo y la preparación de lo que después fue la experiencia carolingia.

El escepticismo de muchos investigadores modernos, a la hora de juzgar esta aventura intelectual carolingia, llega hasta los límites de poner en duda la preparación y creatividad de los maestros reclutados por Carlos, desde diversas regiones europeas, para llevar adelante su campaña de alfabetización cultural.

De esta manera, y para echarle más leña al fuego, advierten que Alcuino de York no hace más que copiar ideas de San Agustín en la que se tiene por su obra cimera *De naturae animae*. En tanto, Rábano Mauro, en su *De universo* se limita a calcar las apreciaciones de San Isidro y otros maestros y sabios extranjeros, quienes se atenazan a la idea de que la verdadera filosofía no es otra que la verdadera religión y viceversa, con lo que no rompen "el cerco, el aislamiento" y no aportan nada novedoso a la cultura de ese período.

Incluso hasta la propia biografía (considerada por algunos una hagiografía, pues su autor no narra la vida de un hombre, sino la del santo Carlomagno, por lo que casi es un martirologio), que escribiera Eginardo, estaba creada sin originalidad alguna, siguiendo la tradición literaria de la *De vita Caesarum*, del historiador y biógrafo romano Suetonio.

No obstante estos elementos de valor y para tener una idea de las facultades y sapiencias que para la época debía tener un sabio medieval, es bueno recordar por boca del propio Alcuino sus palabras sobre los conocimientos de su maestro Egberto. Entonces decía:

> Saciaba la sed de todos los espíritus ansiosos de ciencia. A los unos les enseñaba las reglas de la gramática: a los otros, las de la retórica. A éstos los formaba para las luchas del foro; a aquellos, para los cantos de la poesía. Explicaba, además, la armonía de las esferas celestes, los eclipses de sol y de la luna, las cinco zonas del polo, las siete estrellas errantes, las leyes de los astros, su salida y su ocaso, los movimientos del mar, los terremotos, la naturaleza del hombre y de las bestias, las diversas combinaciones de los números y sus formas variadas. Enseñaba a calcular de un modo cierto la fecha de la Pascua, y sobre todo descubría los misterios de las Sagradas Escrituras. Había sabido abrir el abismo de la antigua fe.

Bajo este mismo prisma, algunos investigadores al analizar esa época (como el estudio del

historiador francés Pierre Riché, titulado: *Les Carolingiens, une famille qui fit l'Europe*,1983), descubren que los fondos bibliográficos de los monasterios no eran muy abundantes y...

> ...que en ningún caso se superaron los quinientos títulos, como en la abadía de Reichenau hacia el año 822, siendo los de Colonia para esta misma fecha en torno al medio centenar […] Las depredaciones de normandos y húngaros causaron, además, daños considerables.

En el área lingüística tampoco hubo un progreso, pues el conocimiento del griego era cada vez más escaso, y fe de ello dan las pésimas traducciones de obras religiosas, que demostraban que esa lengua era patrimonio de unos pocos solamente. Como también apunta el historiador francés, Pierre Riché, pero en su libro *De Charlemagne á Saint Bernard: culture et religión* (1995):

> El Renacimiento Carolingio acabó siendo una apuesta fallida; un movimiento esencialmente clerical que ahondó el foso existente entre los "literatis" y la masa iletrada de laicos.

Los personajes de negro

En aquella época ya comenzaban a distinguirse los monjes benedictinos, que constituían la avanzada cultural porque eran de los pocos que poseían una cultura clásica y por ello se erigían en obstinados celadores de la valiosa herencia. Es oportuno indicar que las experiencias monacales (que comenzaron a proliferar en el siglo IX) tomaron fuerza con San Benito de Nursia (480-547), quien fue el fundador del primer monasterio cristiano de Occidente, en Montecassino, Italia (año 539), y creó la *Regula Benedicti*, un compendio de normas encaminadas a sistematizar la vida religiosa.

Dicha máxima existencial ha sido inspiración para los reglamentos de muchas congregaciones religiosas posteriores.

Los grandes aportes de ese sistema de vida eclesial benedictino estuvieron en el cambio que estableció al postergar la primacía de la austeridad corporal en aras de un mayor esfuerzo en la formación intelectual. De ahí que estos monjes pusieran el acento en el estudio y la lectura, y construyesen grandes monasterios con salas de libros y escuelas; también impusieron el trabajo manual; los votos de castidad, pobreza y obediencia; la regularidad de la plegaria, y adoptaron la máxima *ora et labora* ("reza y trabaja").

Pese a su excelente funcionamiento, a su vida en común de trabajo y rezos, el sistema de los monjes benedictinos tardó años en imponerse y debió competir con muchas otras formas organizativas de órdenes mendicantes (como la cluniacense, y las de los cistercienses y los franciscanos), pero terminaron convirtiéndose en importantes centros productivos, culturales y religiosos. En ellos se abrieron camino la copia y la iluminación de manuscritos, como lo demuestran las obras realizadas en Winchester, San Albano, Colonia, etc.

En sus predios, el trabajo, verdaderas escuelas de artes y de formación de maestros, estaba organizado por especialidades: había talleres o *scriptoria*, donde además de copistas creaban los pintores (miniaturas), los maestros de caligrafía (*antiquarií*), los ayudantes (*scriptores*) y los pintores de iniciales (*rubricatores*).

Junto con la ilustración de los textos, estos monjes se ocupaban de la arquitectura, escultura y pintura, eran orfebres y esmaltadores, hilaban y tejían sedas y tapicerías, y hasta llegaron a construir pequeñas fundiciones de campanas y talleres de encuadernación de libros, junto a la producción de

vidrios, cerámicas, la mezclas de colores al óleo y pinturas al fuego en los adornos de vidrio.

A pesar de esto, el exagerado balance general de la obra cultural de Carlomagno es artificioso. Como ha apuntado el historiador Rafael Conde Delgado de Molina en su ensayo titulado: *Carlomagno y la renovación del Imperio*, es cierto que el Soberano amplió considerablemente las fronteras del reino franco y del cristianismo y puso a muchos pueblos en la vía de la civilización...

> …pero englobó un conjunto disforme de gentes que difícilmente iban a sentirse unidas. Restauró la dignidad imperial, pero no su concepto, ya que "su" Occidente fue fracturado por él mismo y, tras la reunificación de su hijo Ludovico Pío, quedó definitivamente dividido […] Buscó y arbitró un nuevo medio de vincular a los poderosos al trono: el vasallaje; más esta misma institución fue uno de los gérmenes de descomposición.

Ni para el reconocido historiador francés y estudioso del medievalismo Jacques Pirenne (Gante, 1891-Hierges, 1972), se logra salvar el esplendor cultural que dio a la corte el rey Carlos I el Grande. En frases muy destempladas del ilustre estudioso se evalúa que...

> …solo fue el último destello de una cultura que agonizaba delicadamente. El hombre que en la corte representaba el porvenir no era el letrado Eginardo, sino el Emperador analfabeto cuya ingenua fe era compatible con el sostenimiento de varias esposas y concubinas.

Casiodoro en su biblioteca. El escritor italiano fue el fundador del monaterio de Vivarium; allí los monjes se dedicaban a cultivar las artes y a copiar y corregir libros, tanto religiosos como paganos.

Algunos historiadores, tan dados a la periodización para un mejor estudio de los ciclos, al abordar

el Renacimiento Carolingio perfilan que existieron dos períodos bien delineados: el primero, que concluye con la desaparición física de Carlomagno, está caracterizado por ser la fase iniciática, laboriosa, donde sobresale el entusiasmo de quienes toman parte de ese proyecto; el segundo: más maduro y brillante concluye con la muerte de Carlos II de Francia, también apodado Carlos el Calvo, en el año 877. Este fue el menor de los hijos del Rey Luis I el Piadoso y nieto de Carlomagno, que llegó a ser rey de la Francia Occidental del año 843 al 877 y Emperador romano de Occidente, desde el 875 al 77. En un inicio, Carlos explica en una de sus capitulares que...

> …estamos ocupados en restaurar con celo diligente los forjadores del conocimiento que por negligencia de nuestros antepasados, han estado hasta ahora totalmente abandonados: incitamos a los hombres a seguir nuestro propio ejemplo y por cuanto está en nuestro poder a aprender y practicar las artes liberales. Porque es nuestro deber asegurar el progreso de nuestra Iglesia. Por ello, yo los exhorto pues, a proseguir el estudio de las letras con el fin de que podáis más fácil y concretamente penetrar los misterios de las Divinas Escrituras.

Pero posteriormente apuntará con mucha fuerza, también en otra capitular, en alusión a todo el quehacer y los progresos culturales de ese momento, que… "el fermento espiritual creado permite hablar de renacimiento…" (en alusión a todo el quehacer y los progresos culturales de ese momento).

El difíl equilibrio

También sería importante destacar el impulso que le dio el Emperador Romano de Occidente, Carlomagno a la enseñanza. Si se hace una revisión cuidadosa de las disposiciones y normas, publicadas en ese tiempo, se encontrarán (de las que sobrevivieron) al menos tres importantes capitulares a favor de la instrucción y el adiestramiento. Y aunque los primeros beneficiados con este afán de saber y conocimiento fueron los clérigos, los monjes, las escuelas episcopales y monásticas, también se los exhorta a abrir centros rurales de aprendizaje para los laicos. De esta manera, en una de sus legislaciones observa:

> Me parece que es de soberana utilidad que los obispos y monasterios de los que Cristo ha querido tomar el gobierno no se contenten con llevar una vida regular y piadosa, sino que se dediquen a las funciones de la enseñanza […] Sin duda es preferible actuar bien, que saber mucho, pero es necesario saber para proceder bien.

Su interés llegó a convertirse en un verdadero celo, en casi una obsesión y por ello hasta dio instrucciones a los *missi dominici* para que velarán por el estado de las escuelas en las diócesis adonde llegaran a inspeccionar, e hicieran sus informes para estar al tanto de lo que sucedía en ese terreno. Demostraba así sus dotes, una vez más, organizativas y de dirección autocrática.

Dentro de esos epicentros de cultura, verdaderos templos de enseñanza, que tuvieron diversas sedes episcopales y monásticas se destacaron: Fulda, Tours, Corbie, San Gall, Orleáns y Pavía, entre otros lugares del Imperio.

Es oportuno advertir que otro de los logros de Carlos, en relación con esta inyección de vida intelectual que intentó administrar al cuerpo enfermo de sus territorios, fue el de darle a dicho proyecto un sesgo casi internacional, al unir a disímiles cerebros pensantes de distintas naciones en pos de una tarea común: la divulgación del conocimiento. Como se ha advertido, gracias a esta concentración de estudiosos, literatos y hasta hombres de ciencia se implantan productivos contactos personales y desaparecen parcialmente el aislamiento, la competencia y los recelos hasta entonces frecuentes entre los hombres del saber, y la dicotomía extrema entre la comunidad intelectual y el

ciudadano común.

Apuntan los literatos que debido a esa suerte de renovación, de fusión de cristianismo y clasicismo, la lírica religiosa se vio muy bendecida, en tanto la obra poética de muchos de estos escritores comprometidos con ella (como Pablo Diácono, Teodulfo, Clemente de Irlanda, el monje suizo Ekkehard I el Viejo, Pedro de Pisa, Rabanus Maurus o el sabio francés Abelardo con sus poemas de amor, sus canciones seculares o sus himnos religiosos), entre Carlomagno, otros trajeron consigo el desarrollo de aspectos medulares de la himnodia latina, en los inicios del siglo IX.

Todo este movimiento creativo coadyuva al desarrollo de la prosa en latín y la producción en verso, expandiendo las fronteras temáticas que se producen en el género y recuperando un hacer creativo. Por primera vez se reconoce a quien escribe bien y de manera elegante, se intenta reconstruir el esplendor y el refinamiento de la cultura clásica antigua.

Como han sostenido muchos teóricos, la sociedad medieval sintió la urgencia de expresarse poéticamente, como lo hicieron en época posterior a Carlomagno la teología de Santo Tomás de Aquino, la lírica de Dante y su *Divina Comedia* o la edilicia de las catedrales. A diferencia de los poetas modernos que para algunos valorizan la poesía como un capricho, un ejercicio de mentes creativas y díscolas, un quehacer de bohemios y "raros", la Edad Media la justipreció como una forma de expresión, como parte de su entorno y microcosmo, como algo tan natural como comer y vestirse. Para los mencionados teóricos, el poeta medieval era el hombre más completo por sus dotes creativas y artísticas, para mirar y describir a través de los cristales de la belleza.

San Benito entregando la *regula benedicti* a los sacerdotes de Montecassino. Fue el fundador del primer monasterio cristiano de occidente, y el encargado de sistematizar la vida religiosa.

En resumen, en momentos en que la *cultura* de aquellos tiempos era considerada como una noción preestablecida, de acuerdo con el macrocosmo de las tribus germánicas, y equivalía a Roma, y todos los pueblos que no formaban parte de la civilización grecorromana eran apodados "bárbaros", pues la ilustración (casi una rara avis en ese periodo) era asociada a lo más elevado, al poderío económico, al vestir y hablar con elegancia, los germanos aceptaron como "verdad" ese estereotipo y se esforzaron por asimilarlo y asimilarse a esa forma de vida, a pesar de que aún subsistían vestigios de bestialidad y barbarie. Como, por ejemplo, ese recurso de dirimir las disputas entre los aldeanos (la "ordalía"), según el cual si alguien era juzgado por hurto, por ejemplo, se lo obligaba a coger con

la mano un trozo de metal al rojo vivo o meterla en agua hirviendo como castigo por su tropelía y entonces, si las heridas se le curaban en tres días era considerado inocente y ayudado por Dios.

Buscando un balance

Los movimientos religiosos, producidos alrededor de las órdenes eclesiales y los monasterios, fundados en toda Europa, aunque siguieron diversos puntos de vista religiosos, llegaron a permear todo el pensamiento y la cultura de una época y contribuyeron con el despertar de varias generaciones intelectuales.

Los monjes no solamente se pusieron al frente de los movimientos religiosos, creativos y artísticos, sino que asistieron a las ciudades ofreciendo alimentos y servicios necesarios.

Y si no es menos cierto que casi la mitad de la población franca no entendía el latín, pues hablaba alemán o utilizaban otras lenguas autóctonas regionales para comunicarse, es real que el famoso Concilio de Tours (mayo, de 813, en la ciudad francesa de ese mismo nombre) ordenó que los clérigos no se dirigieran en latín a sus fieles si querían ser entendidos.

Dicho conclave no solo es importante desde el punto de vista eclesial, sino también lingüístico, pues los obispos decidieron que en los territorios correspondientes a las actuales Francia y Alemania, las homilías se pronunciasen en lengua rústica romana (conocida como protorromance) o en la lengua tudesca (la germánica propia de Alemania y sus regiones).

De esta manera, ese concilio reconoce y le da un espaldarazo a los dos grandes elementos geoculturales que integraban el Imperio Carolingio: el mundo romano de tradición latina (cuya demarcación era el río Rhin) y el universo germánico, allende ese mismo río.

Si bien pudiera decirse que todos esos esfuerzos tuvieron un carácter preparatorio, de ensayo, de tanteo, esta etapa cultural, desplegada en el Imperio Carolingio, a pesar de que no tuvo una proyección tan amplia y se restringió a núcleos muy limitados de las clases más poderosas, movilizó las quietas y amodorradas aguas intelectuales, dándoles un aliento educativo e ilustrativo con epicentro en varias ciudades, como Aquisgrán, Fulda, Tours, San Gall, Pavía, entre otras.

Como han expresado muchos estudiosos del tema (en eso coinciden todos los historiadores), nada retrata más el carácter y la visión de estadista de Carlomagno que el celo que puso en llevar adelante tamaña empresa de regeneración formativa.

Y aunque para el año 877, debido a las malas administraciones, las inexperiencias y al saqueo normando, el antiguo Imperio estaba tan escindido que era imposible concebir cómo había sido tan vasto y cohesionado, el espectro del Soberano germano-franco recorría los campos europeos como compendio sincrético de una perseverancia hecha dominio y cultura.

6

Carlomagno y los francos en la literatura

Desde que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, anida también en nuestra memoria...

San Bernardo.

Si algo llama la atención del viajero deslumbrado, que recién llega a la romántica y antiquísima ciudad mediterránea de Verona, en el norte de Italia, es la Catedral de la Asunción de Nuestra Señora de Santa María, una imponente basílica de piedras rústicas y mármoles, construida en el siglo XIII. Se levanta majestuosa entre las colinas, atravesadas por las dulces curvas del río Adige y el septentrional lago de Garda, que contribuyen a darle mayor armonía y belleza a ese paisaje bucólico y distendido de castillos medievales, en la zona del Veneto.

La basílica atesora en sus frontispicios, de fuerte influencia bizantina, escenas ornamentales esculpidas sobre la piedra y en la madera de la puerta, que testimonian su cultura milenaria.

Es precisamente en su puerta donde se puede apreciar, gracias a la mano prodigiosa del escultor y maestro italiano Niccoló, a Oliveros y Roldán, los personajes protagónicos de *La chanson de Roland*, un cantar de gesta francés, un poema épico, escrito a finales del siglo XI, que relata las heroicas acciones bélicas de una etapa histórica del Medievo, término que se debe a los eruditos humanistas de los siglos XV y XVI, que bautizaron de esa manera a dicha época, pues se veían a sí mismo como los líderes del Renacimiento y exponentes de una nueva mentalidad, una cultura, otra civilización.

De recitadores y pregoneros

La realidad respalda que la épica fue una expresión literaria legítima, oriunda de la Edad Media; se trataba de una poesía popular, fruto de la creación colectiva y de las sucesivas contribuciones que hicieron los rapsodas a la cultura de ese periodo. Es oportuno indicar que los rapsodas eran recitadores o pregoneros ambulantes, que cantaban en los palacios, la fiestas populares, las ferias y los talleres de la antigua Roma, poemas homéricos y otros cantares de gesta, que tenían su origen en la vida de los ciudadanos y las historias del pasado. En esos cantos resaltaban las figuras de reyes y próceres de sus pueblos, y las hazañas y triunfos bélicos de sus soldados.

Imagen actual de la catedral de Verona, prodigio reconocido como uno de los patrimonios históricos de Italia y de toda Europa.

Así, las epopeyas en verso que narraban los cantares de gesta instauraron las primeras manifestaciones poéticas que contribuyeron a modelar la personalidad incipiente de las naciones de Occidente. En sus inicios fueron transmitidos oralmente. Su saber popular luego se contrapuso al saber pasado en limpio por los abades. Pero también por eso pervivió. De ahí que la oratoria fuera considerada un don de Dios, una facultad de la genialidad, del talento, del histrionismo sacro y quedara el tamizado cantar de gesta como un testimonio de la memoria histórica de todo un periodo.

Ese arte del decir se enseñaba en las mejores escuelas carolingias, pues era muy distinguido por la nobleza feudal. Algunos especialistas en el tema han, incluso, asegurado que los versos de gesta eran recitados ante de comenzar las escaramuzas para enardecer a los combatientes francos.

Las epopeyas románicas, denominadas cantares de gesta, (en francés, *chansons de geste*) guardan relación con la hazaña; los hechos históricos son su pretexto, pero con el paso del tiempo van adquiriendo sentido de "linaje", de arte, pues divulgan las pasadas acciones gloriosas de las guerras, episodios de los que se orgullecían las familias de la nobleza franca. Eran algo así como la historia al alcance de los analfabetos.

Si un noble podía leer crónicas y anales (en latín) y satisfacer su curiosidad adquiriendo una mayor cultura, los integrantes de las masas iletradas requerían de alguien que les expusiera a viva voz una historia, con anécdotas emotivas, sorprendentes y donde la idealización de los guerreros

fuera el soporte de la narración.

Estas piezas contribuyeron a aumentar, a reforzar la identidad y los lazos nacionales, feudales y religiosos de todo un grupo de naciones europeas, propiciando un acercamiento vital a la historia pasada y presente. Fueron composiciones en verso, que han sido comparadas por su propósito informativo con los modernos reportajes periodísticos.

No en vano relatos de este tipo eran denominados en Castilla, España, "cantos noticieros". Convertidos en relatos diversificados debieron conservarse en la memoria popular y en la tradición juglaresca hasta convertirse en cantares de gesta.

Con la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476, nace este tipo de poesía juglaresca, con mucho de *performance*, de *acting*, que da vigor a un cierto clima intelectual y creativo, al contar (a la manera de la crónica costumbrista) los avatares existenciales del pasado. Su intención estaba en rescatar explícitamente episodios de la vida social para el uso de la posteridad, impidiendo que las acciones realizadas por los hombres se apagaran en el tiempo.

Los primeros textos madievales que se conservan, que ejemplificaban este tipo de poesía, transmitida por tradición oral con una clara afirmación de la fe cristiana, datan del año 1000. Eran entonces los cantares de gesta, narraciones, en un escenario histórico de las hazañas de los héroes, envueltas en la mitología y la imaginería populares.

Quienes narraban esos hechos cotidianos o coyunturales con una perspectiva eminentemente personal y un matiz evidentemente subjetivo tenían un dominio virtuoso del lenguaje; eran casi siempre espectadores privilegiados, viajeros que daban cuenta en sus cantares de lo panorámico, de esa realidad múltiple que se producía en escenarios históricos distintos y distantes, y alababan la vida de los grandes personajes de su tiempo.

Tenían la posibilidad y el talento para enhebrar en una narración un argumento, un hilo central, un personaje o un grupo de ellos dentro de ese amasijo de historia relatada dentro de un escenario medieval.

Las etapas de un oficio

Algunos estudiosos de esta manifestación artística discursiva han hecho hasta una periodización de la producción de los cantares y apuntan que el inicio, la etapa de formación, llega hasta el siglo XII, y ella se nutre de poemas de gesta más breves. Posteriormente, sobreviene un periodo de apogeo, desde la segunda mitad del siglo XII hasta la primera mitad del siglo XIII, poblada de cantares de gesta de mayor extensión.

A continuación, se inscribe la fase de las prosificaciones, desde 1236 hasta 1350, en la que los cantares se prosifican en las crónicas. Y después comienza el ciclo de decadencia (que dura hasta el siglo XV), donde se incorporan más elementos fantásticos y expresiones de acción de gracias a la religión cristiana, propios de la mística pueblerina y las costumbres de ese tiempo.

Es bueno distinguir que desde la epopeya homérica, los géneros narrativos "largos" en la literatura, entre ellos los cantares de gesta, se alimentan de temas como el cumplimiento del destino humano, teniendo en cuenta el marco social y espiritual (y hasta religioso) de la época.

En la Edad Media francesa, la epopeya medieval revela una historia sobre un fondo de relaciones y conflictos feudales entre el noble y el vasallo, mientras que, por ejemplo, los cantares de gesta

españoles, como el *Cantar del Mío Cid* (fruto del momento más esplendoroso en la épica castellana), buscan sus discordancias y materia dramatúrgica entre los entretelones de familias enfrentadas, dentro de las normas jurídicas tradicionales de ese pasaje histórico y en los entresijos de la aventura, la contienda bélica y la expansión territorial de un reino.

Aducen expertos en el tema, como el filólogo, historiador, folklorista y estudioso del medievalismo español, Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), que las primeras obras literarias épicas (cantares de gesta) surgen...

> …potenciadas por la nobleza inculta que tenía como principal ocupación la guerra. Los caballeros eran los protagonistas de esa literatura y junto al pueblo disfrutaban escuchando a los juglares; así pues, son los consumidores naturales de esta poesía.

Con la llegada del siglo XII, en Europa, la nobleza comienza a "refinarse" y hace de la literatura una de sus principales actividades; en esos momentos se desarrollan la novela y la lírica amorosa. Pero para entonces ya los cantares de gesta tenían un desarrollo inimaginable y los juglares eran personajes habituales en las plazas y castillos recitando poemas épicos donde el honor era obtenido con los riesgos, los duelos entre nobles y hasta las inmolaciones, en el campo de batalla, y se preconizaba, casi como un axioma filosófico, que el hombre puede ser vencido, pero no derrotado.

A dicho oficio de "decir", de contar e improvisar se le denominaba "Mester de juglaría" y sus cultores eran considerados como verdaderos artistas por su lenguaje popular, expresividad y su facilidad para el verso. También se les estimaba por el realismo de sus anécdotas, muy apegadas a las historias verdaderas, pero con mucho de ficción y por el bucear en temas heroicos, de carácter fundamentalmente guerrero.

La universalidad de la épica como poesía de signo tradicional surge, según afirma el hispanista inglés Alan Deyermond en su ensayo: *La literatura perdida de la edad media castellana: catálogo y estudio*, como consecuencia...

> …del espíritu heroico que anima a una colectividad en el periodo de formación nacional.

Incluso algunos estudiosos del tema, como Menéndez Pidal, ven los cantares de gesta como un sustituto de la historiografía, que en la época solo era conocida en latín, lengua que estaba fuera del conocimiento de las personas que no pertenecían a la nobleza.

El hálito de misticismo, leyendas, hechicerías y encantamientos que rodeó siempre a Carlomagno, el esplendor y la magnificencia de su Imperio, que pretendió revivir la etapa de los césares romanos, donde los pájaros indicaban el camino justo a los ejércitos extraviados en el bosque; los héroes conversaban con sus espadas, las cuales parecían comprenderlos; los guerreros fortificaban su brazo y su sable con el auxilio divino y hasta al rey Carlos se le aparecía en tres ocasiones, durante sus sueños, Santiago apóstol, el santo discípulo de Cristo, para darle recomendaciones e indicarle la ruta para combatir a los infieles y paganos, parecen ser terreno fértil para tanta magia y narrativa juglaresca.

No hay que olvidar, como anota el hispanista y lexicólogo inglés, estudioso de los cantares de gesta medievales, Colin Smith (1998- 1927), que la épica es literatura y no historia y así ha de examinársela, por más que algunas obras revivan, con mucho de ficción y a grosso modo, los acontecimientos históricos, que se convierten en meras excusas para enhebrar un telón de fondo más verosímil, al que se añaden pinceladas dramáticas y novelescas, en tanto... "se trataba, en definitiva de literaturizar la historia".

Como confirman muchos estudiosos de las grandes epopeyas y de los cantares de gesta (algunos ya

citados en este capítulo), primero aparecería la heroica oral, después la escrita y por último la llamada heroica culta. Todas comparten temas, rasgos formales e incluso autores, pero difieren en el público al que se dirigen y en la tradición de los poetas que las cultivan.

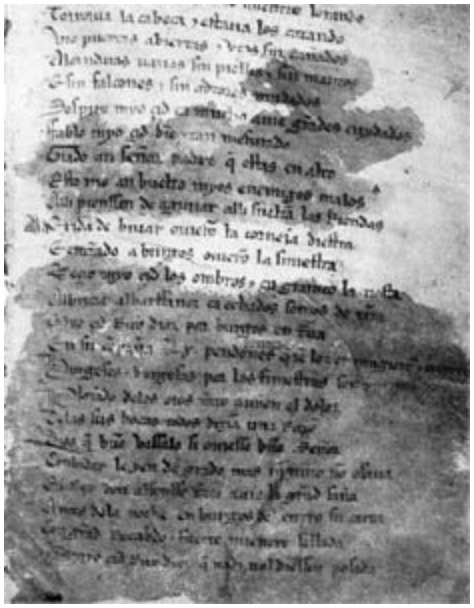
Según ha indicado el filólogo, crítico literario y escritor suizo Paul Zumthor (Ginebra, 1915-Montreal 1994), colaborador del *Diccionario Etimológico Francés* y el *Manual de Sintaxis del francés contemporáneo*, en los cantares de gesta, la épica es...

> …una historia de acción, que concentra sus efectos de significado en el acontecer, dejando de lado la ornamentación secundaria. El poema épico escenifica la agresividad viril en virtud a alguna gran aventura. Básicamente, narra un combate y selecciona de sus protagonistas un personaje poco común, el cual provoca nuestra admiración, pese a que puede no salir victorioso en todas las pruebas.

Un arte para todos

La oralidad se abriría caminos, entonces, debido al gran porcentaje de analfabetos. En consecuencia, la difusión a través del discurso hablado y el recitado de los versos formaban parte del atractivo, del carácter de representación teatral y la gracia de los cantares de gesta. Sus autores fueron los propios juglares, respetuosos de normas de composición de ese género, pero necesitados permanentemente de retocar y adecuar la obra al gusto del auditorio, aspecto que condicionaba la leyenda y el uso de todo un instrumental discursivo-lexical en la narración.

Un serio problema filológico para la contemporaneidad fue que los textos eran transmitidos y compuestos oralmente y las copias que se conservan son posteriores al original. Por ello, lo que ha llegado a nuestros días son deducciones y elucubraciones, retoques de investigadores del tema, vestigios y rejuntes no siempre, suponemos, fieles a los sucesos, pues siempre ha existido mucho interés en seguir alimentando los mitos, propios de toda esa época de guerras, transformaciones sociales, económicas, culturales y alteraciones abruptas en el imaginario social. En ese camino de posibilidades, se dice que los autores pudieron ser clérigos que eran los que armaban la historia y la redactaban en los monasterios, teniendo como fuente las leyendas épicas y la literatura clásica conservadas con el propósito de divulgar y propagar la vida de los gloriosos héroes. Y que los monjes, posteriormente, la entregaban a los poetas para que cantaran sus historias.



Reproducción del comienzo del manuscrito del *Cantar de Mio Cid*, fruto del mejor momento de la épica catellana, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid,España.

El paso de un cantar medieval de gesta oral a otro de composición escrita tendría lugar en Francia alrededor del siglo XI y deja, a no dudarlo, su impronta, su sello distintivo. Hay que tener en cuenta que el pasaje de un código a otro (la clásica dicotomía: oralidad/escritura) marcaría a la narrativa escrita al "infiltrarla" de toda una estrategia expresiva, propia de la cultura del coloquialismo, del diálogo.

¿Quiénes crearon estos textos épicos?

Muchas son las teorías sobre los orígenes (tantos y tan divergentes, que proveería materia para la escritura de otro libro), pero según Menéndez Pidal, que postula una tesis, denominada "Germánica" (que compartimos plenamente por la investigación y lecturas realizadas), cuando los visigodos llegaron a la Península Itálica traían una serie de leyendas y cantos heroicos, propios de su cultura e idiosincrasia bárbaras. Dichos cantos divulgaban las hazañas de los antepasados y después surgirían nuevas canciones sobre la historia cotidiana y los avatares de los nuevos héroes. Ya el famoso santo milagroso español, San Isidro, en el siglo XIII, recomendaba...

> …que en la educación de los jóvenes se incluyeran los conocimientos de los *carmina maiorum* y no simples y torpes canciones amatorias.

Este género continúo cultivándose entre los visigodos, hasta el advenimiento de los árabes y dio origen a la aparición de las ulteriores manifestaciones castellanas de los cantares de gesta.

Muchos son los grandes poemas épicos que han sobrevivido y llegado a nuestros días, que exaltan las virtudes de un héroe nacional, elevado al rango arquetípico, cuyo proceder representa las virtudes que un pueblo o una colectividad consideraban como modelos. Ellos poseen como rasgos temáticos distintivos la alabanza de las facultades guerreras; el arrojo y el desprecio hacia la muerte; la disciplina en el campo de batalla; la fidelidad al caudillo o monarca y la austeridad en las costumbres, entre otros.

Entre los poemas más destacados de este género podemos enumerar (por orden de recopilación): el *Beowulf* (escrito en inglés antiguo, en versos aliterativos o sin rima), proveniente de las islas Británicas; la *Chanson de Roland* (Canción de Roldán), en Francia; el *Cantar de Mio Cid*, en España, y el *Nibelungenlied* (Canción de los Nibelungos), en Alemania (basada casi exclusivamente en la mitología nórdica). Pero también han sobresalido: el *Cantar de Roncesvalles* (escrito en castellano medieval, con rasgos de romance aragonés, en el siglo XIII) y *La Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia* (un libro de caballerías, originalmente escrito en francés, que fue publicado en Sevilla, en 1525). En estos últimos dos, junto a la *Canción del Roldán*, se puede observar la imagen, cercana o distante, real o ficticia, que del Emperador Carlomagno tenían los juglares y artistas europeos en ese periodo.

Blandir la preciada espada

> El rey Carlos, nuestro emperador, el Grande, siete años enteros permaneció en España: hasta el mar conquistó la altiva tierra. Ni un solo castillo le resiste ya, ni queda por forzar muralla, ni ciudad, salvo Zaragoza, que está en una montaña. La tiene el rey Marsil, que a Dios no quiere. Sirve a Mahoma y le reza a Apolo. No podrá remediarlo: lo alcanzará el infortunio.

Este es el primer verso de *La chanson de Roland*, nombre dado modernamente a la obra, sin título en el manuscrito original, conocido a través de un texto anglonormando, (el francés hablado en Inglaterra). Con esas palabras de encomios al rey se inicia el apreciado cantar de gesta (del que al final del libro transcribimos algunos párrafos), considerado el documento europeo, de su tipo, más antiguo que se conoce. Probablemente data del año 1087 y 1095. Sus 4.002 versos decasílabos, distribuidos en 291 estrofas, escritos a finales del siglo XI, atribuidos a un monje normando llamado Turoldo, cuyo nombre aparece en el último y enigmático verso: "Ci falt la geste que Turoldus declinet", son conservados en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, una antigua ciudad universitaria inglesa.

Obsérvese que ya desde el primer verso comienzan las imprecisiones históricas, las inexactitudes y exageraciones llamativas, fruto de las distorsiones legendarias. Carlos no estuvo en España siete años, sino apenas durante una campaña de tres meses. Y tampoco conquistó ese territorio, sino que solo dominó transitoriamente la ruta de Roncesvalles-Pamplona-Tudela y Zaragoza y en la primera sufrió unas de sus más conocidas derrotas bélicas.

El héroe de dicho cantar es el conde Roldán (ó Rolando), sobrino de Carlomagno, prefecto de la Marca de Bretaña y uno de los Doce Pares del Emperador, entonces rey de los francos.

La fracasada campaña de Carlos en España, donde acudió con sus tropas en el verano del año 778 en ayuda de los musulmanes de Zaragoza y Barcelona rebelados contra la autoridad del califa Abderrahmàn I de Córdoba, constituye el epicentro de la historia, que transcurre en solo una semana. Pero Carlos tal cual ya hemos relatado brevemente, no logra ponerse de acuerdo con el gobernador de Zaragoza, quien, aunque le había pedido auxilio, posteriormente, se niega a abrirle las puertas de su ciudad y el rey Carolingio decide regresar a sus tierras, enfilando el paso y cruzando los Pirineos por el desfiladero navarro de Roncesvalles.

Mientras Carlomagno y sus tropas atravesaban el blando valle un 15 de agosto del año 778, desde una escarpada colina eran observados por los vascos, quienes ocultos en los laterales atacaron sorpresivamente, bajando de las cumbres, a la retaguardia franca, después de dejar pasar el grueso de la tropa, produciéndole cuantiosos daños al ejército del soberano y hasta terminaron por escapar con un buen botín.

En esta desigual contienda perecieron buena parte de la élite militar franca y entre ellos, el famoso paladín Roldán, el héroe del cantar, y su fiel amigo Oliveros, por confiar exageradamente en sus dispuestas fuerzas para resistir la agresión. Antes de expirar, Roldán alcanza a tocar el olifante de marfil para pedir ayuda y advertir al resto del ejército y a Carlos, que estaban a diez leguas de la emboscada en la que habían caído. Pero ya era demasiado tarde. Y aunque el cuerno producía un ruido que se podía oír a veinte leguas de distancia, hacía temblar a las montañas y hasta podía conseguir que los enemigos huyeran aterrorizados, el encantamiento no surtió efecto.

Cuando la vanguardia franca quiso reaccionar, los asaltantes vascones, conocedores del escenario de batalla como de las palmas de sus manos, huyeron aprovechando lo escarpado del terreno y la oscuridad de la noche que ya empezaba a caer.

El triunfo de san Hermenegildo, de F. Herrera el Mozo. Hermenegildo era el hijo del rey Visigodo Leovigildo; su pueblo creó leyendas y cantos épicos.

Este suceso histórico fue el germen de la leyenda, alimentada por los mitos de las contiendas y la ficción popular franca. Muchos son los pasajes legendarios de la obra, como aquel donde Roldán habla y pide consejos a su espada, apodada como una criatura cristiana "Durandarte", a quien acariciaba como si fuera una novia, o aquel otro en el que prefiere, al caer herido y presentir tan cercano su final, hundir su glorioso espadín en el pecho, para que no acabara en manos de los contingentes de tribus vasconas y de los musulmanes. Hemos transcrito partes en el apendice de este libro.

El pasaje no solo está colmado de alabanzas hacia la figura de Carlomagno, el de la barba blanca, el rey grande y gentil, sino que alimenta el mito de la fascinación que ejerce su figura y los hechizos en una continúa sucesión de arabescos mágicos, de raigambre cristiana (como ese que resalta que el soberano recibe la orden de Dios, por intermedio de un ángel, de entregar la famosa espada "Durandarte" a Roldán). Sin dudas, las aventuras son adornadas y dotadas de una dimensión heroica, en oportunidades hasta desfigurando la realidad del hecho acaecido.

Ficción y realidad

Las canciones de gesta que alcanzaron cierta popularidad en Francia y el norte de España, que tienen entre sus protagonistas a Carlomagno, hacen un retrato bastante plural de su personalidad. Algunos le presentan como un soberano colérico, extravagante y veleidoso con una mentalidad feudal; otros lo pintan como un monarca glorioso, compasivo, preocupado por su tropa y protector de su territorio, que puede llegar a derramar lágrimas cuando mueren sus colaboradores más cercanos. Pero en todos ellos están presentes (velada o abiertamente) la apología y el aplauso a la hora de ver a la figura del monarca y validar su obra.

El paso del tiempo y la mirada heterogénea de los historiadores de diversos épocas han hecho que el reinado de Carlomagno y su desempeño sean vistos con mayor objetividad y hasta espíritu crítico (los hay que llegan a hablar hasta del fracaso de Carlomagno, cuyo Imperio (por imprevisión) se desplomó tras su muerte.

De esta manera se apunta que sus planes eran desmedidos, al igual que sus ambiciones; que sus dominios (territorialmente) eran demasiado vastos y casi anacrónicos y arcaicos, lo que hacía que le fuera casi imposible gobernar y timonear la coyuntura económica y la vida de su anquilosado Imperio.

Actualmente, y según los textos consultados, sobreviven menos de cien cantares de gesta franceses. Los estudiosos manifiestan que, entre los siglos XIII y XV, tuvo su mayor esplendor el llamado "Ciclo del rey Carlomagno" (también denominado como "Ciclo de Pipino" o "Ciclo del rey"), en el que se contaban las andanzas y proezas guerreras del soberano y las arriesgadas campañas militares que dirigió contra Sajonia, Aquitania, Italia y España.

En ese ciclo aparecen algunos miembros de su familia real, como su madre Berta o Bertrada, "la de los grandes pies" (*aux grands pieds*); su sobrino Roldán, los Doce Pares de Francia e incluso Turpín, arzobispo de Reims. También se toma como vértice para la narración su infancia, sus avatares para conquistar el trono Carolingio y consolidar su poder, su peregrinación a Jerusalén y Constantinopla (*Pelerinage Charlemagne*), de donde trae a Occidente preciosas reliquias de la pasión de Cristo y hasta la vejez del soberano del Sacro Imperio Romano Germánico.

Entre ellos pueden enumerarse: la *Canción de Roldán*, en el siglo XI; *La peregrinación de Carlomagno* del siglo XII; *El cantar de Aspremont* (donde Roldán es casi un niño y realiza sus primeras hazañas bélicas), del siglo XIII, entre la docena de estas obras que resisten el paso del tiempo.

La argamasa con que se tejió la historia del *Cantar de Roldán* tiene todos los ingredientes de la narración novelesca; quizás porque entre el suceso histórico y el texto del cantar que hoy leemos transcurrieron tres siglos, periodo en el que la tradición echó raíces, embelleció pasajes, hizo desaparecer otros y tiñó con tintes sobrehumanos el accionar de muchos guerreros.

En ese tránsito de historia, la gesta alimentó la fábula y nació la épica. Así lo que realmente fue un error militar, agrandado por la sorpresa de la emboscada y los accidentes geográficos del terreno, favorable a los vascones y sarracenos, termina siendo una leyenda, convertida casi en un drama pasional entre Roldán y su padrastro Ganelón (envidioso e hipócrita, para más señas), quien acaba traicionando a sus propias huestes y entregando a la tropa, al aliarse con Marsil y planear una traición contra su soberano para vengarse de su hijastro Roldán, a quien odia. Ganelón paga por

tamaña perfidia con su vida, condenado por el fiero Carlomagno a morir descuartizado al final del último verso, cuando a Carlos se le aparece el arcángel San Gabriel y le anuncia en sus sueños la victoria y el desquite.

Desde "otras" retaguardias francas

En tanto, de *El Cantar de Roncesvalles*, un poema épico contaminado ya por el género novelesco, escrito a comienzos del siglo XIII en castellano medieval, con rasgos de romance navarroaragonés, solo se conserva un fragmento de 100 versos de los 5.500 que tendría originalmente, según las investigaciones realizadas por el prestigioso ensayista español Ramón Menéndez Pidal (1969-1968).

Carlomagno combatiendo contra un rey árabe. Carlos construyó un imperio muy vasto y difícil de gobernar. Por eso se derrumbó tras su muerte. *Cantar de Roldán*.

Su argumento: el mismo que el del *Cantar del Roldán*. En la conquista de toda España (salvo Zaragoza), Ganelón se entiende con el rey moro Marsil y planean la emboscada, que se hace efectiva cuando las tropas de Carlomagno regresan a Francia por la ruta de Roncesvalles. Allí se libra una cruenta batalla, en la que intervienen también otros nuevos héroes, como Reinaldo, Baldovinos y Beltrán. La intrepidez de Roldán y sus huestes hace retroceder a los moros.

En este pasaje, a diferencia de *La chanson de Roland*, Carlomagno corta el brazo derecho de Marsil, quien huye espantado dejando rastros de su deshecho miembro superior. El cantar concluye con la muerte de doña Alba, la esposa del paladín Roldán, en pleno entierro de su querido esposo.

De ahí que los expertos en cantares de gesta tiendan a ver en esta obra muy poco de la herencia y las tradiciones de la poesía galorrománica, y en cambio una materia épica de original desarrollo, "con personalidad propia", para la literatura española.

Se especula con que la leyenda que inspiró este poema pudo venir a través de Provenza, en el siglo XII, pues se trata de una ficción literaria muy arcaica con personajes (algunos nuevos) y argumento disímil al *Cantar de Roldán*, pero en el mismo escenario y con la misma excusa histórica para desarrollar la trama.

Según, Ramón Menéndez Pidal, quien defiende una tesis neotradicionalista:

> …existieron numerosos cantares de gesta castellanos, que, posteriormente, se prosificaron en crónicas o se disolvieron en romances, ya que se perdieron como cantares en su casi totalidad. Dichos cantares surgirían al calor de los hechos, por lo que serían, básicamente, históricos. Su elaboración respondería a tradiciones de origen germánico, introducidas por los visigodos y probablemente conservadas por los mozárabes, en las "archûzas" hispanoárabes. Estos cantares noticieros o cantilenas los ampliarían juglares anónimos, desde un núcleo inicial, hasta desembocar en los cantares actuales, obras colectivas.

Cuenta el doctor español en Filología Miguel Pérez Rosado, en uno de sus artículos periodísticos, que la aparición en 1916 de dos folios de la obra *El cantar de Roncesvalles*, que se habían utilizado para reforzar la encuadernación de otro libro, provocó tremendo revuelo al corroborar el escaso interés que despertó en su momento. Pero a partir de ese hallazgo se renovó el estudio de la épica española, y fue como un soplo de aire fresco convertido luego en vendaval para los estudios sobre la materia.

La rareza encontrada por obra de la casualidad, del azar, se refiere al momento en que Carlomagno reconoce a Roldán entre los cadáveres de Roncesvalles e inicia el traslado de los cuerpos a Francia, llorando por las muertes que ve a su alrededor y recordando, a partir del verso 54, su juventud, sus correrías por la Península Ibérica y las conquistas junto a su sobrino Roldán. Apunta Pérez Rosado:

> Las semejanzas de este motivo con el cantar de los *Infantes de Salas* no puede ocultar su dependencia de la épica francesa, lo que delata en el *Cantar de Roncesvalles* su procedencia navarra.

Los versos de esta obra que es, junto al *Cantar del Mío Cid*, el otro testimonio conservado de la antigua épica española, están muy vinculados con cantares de tema carolingio que circularían por la región española, como un Mainete, sobre la infancia de Carlomagno en Toledo y sus amores con la mora Galiana. El cantar fundiría esta estancia con el destierro histórico toledano de Alfonso VI.

Sin la adarga del Quijote, pero de caballerías

Originalmente escrito en francés y traducido al castellano (publicado en Sevilla, en 1525), *La historia del emperador Carlomagno y los doce pares de Francia*, es un libro de caballerías, que abrevó en toda la obra de Cervantes y tuvo un notable éxito editorial en su tiempo. Ello explica las numerosas reimpresiones españolas y portuguesas (1528, 1534, 1547, 1548, 1549, 1550 en Sevilla), sin contar las que se hicieron en Alcalá de Henares, Lisboa, Cuenca, Barcelona, Huesca, Coimbra y Madrid.

La obra, de 76 capítulos, distribuidos entre una introducción y tres narraciones cortas, que incluyen una crónica (en latín) del Arzobispo Turpín, supuestamente un contemporáneo del soberano franco Carlomagno; un poema épico y una narración más apegada a la realidad de los hechos acaecidos, que cuenta el final de los días del Emperador. Comienza con una referencia a los orígenes de los reyes francos y su conversión al cristianismo.

Así, la primera parte relata la llegada al trono de Pipino el Breve, padre de Carlomagno, y da múltiples datos biográficos de su hijo, el futuro rey. En ese pasaje se habla de los caballeros más destacados de la corte, los llamados doce pares de Francia.

Ya en la segunda pieza, puramente novelesca, se hace alusión al enfrentamiento bélico de Carlomagno con un ejército pagano, dirigido por un tal almirante Balán y su hijo Fierabrás (nombre simbólico, si lo hay), rey de Alejandría, quien es muerto en combate por Oliveros, uno de los paladines de la corte carolingia. Oliveros, todo un guerrero franco, posteriormente caerá preso del

almirante Balán y será encerrado en una torre, desde donde escapará, gracias a la ayuda de la bella Floripes, hermana de Fierabrás, enamorada de Guy de Borgoña, otro noble franco cristiano.

La historia se tiñe de ribetes aventureros entre huídas, cautivos, enfrentamientos bélicos, ejecuciones, bautizos forzosos al cristianismo y casamientos religiosos. Es oportuno decir, que ya en la obra cumbre de la literatura española, *Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes y Saavedra atribuye a un personaje secundario llamado Fierabrás los poderes para fabricar un bálsamo que cura las heridas, y alude a la obra del Arzobispo Turpín. Al parecer todo un homenaje-paródico al afamado poema de caballerías, que había leído ya.

La obra termina con el regreso de Carlomagno a Francia, su partida para Alemania y su muerte en Aquisgrán, ya con menos ribetes ficcionales (más parecido a la vida misma del personaje histórico), aunque sin negarle a la historia otros aderezos ficcionales, como su encuentro con el Apóstol Santiago, los combates entre paganos y cristianos, especialmente los del soberano Carolingio con el rey moro Aigolante y los reyes de Sevilla y Córdoba.

Para muchos estudiosos, entre ellos Carlos Gumpert Melgosa, de la Universidad de Pisa, Italia:

> *La Historia del Emperador Carlomagno* …es un claro ejemplo de literatura popular o marginal. Estos relatos caballerescos breves, si bien diferenciados de los libros de caballerías en cuanto a disposición estructural y también, posiblemente, recepción lectora, comparten sin embargo con ellos algunos rasgos temáticos y formales, de modo que se pueden situar a su lado como una suerte de hermanos menores, o bastardos, como quieren algunos, dado su mayoritario origen francés.

Los buenos y malos

Cuando nos enfrentamos a estos tres textos poéticos épicos saltan a la vista la caracterización que hacen sus autores de los personajes islámicos. Esas figuras (personajes, fruto de la invención literaria pero con un cierto apego histórico) muy cercanas a lo diabólico, a lo mágico llevan hasta nombres "macizos" a la hora de pronunciarse, como Abismo, Falsarón, Malprimis, Malcuidant, etc., por solo mencionar algunos del *Cantar de Roldán*, por ejemplo.

A no dudar de la existencia de toda una intencionalidad al intentar apuntar el origen maldito de todo lo que huela a pagano (propio de ese periodo histórico). De ahí que se procure evocar la idea de la mentira, de lo falso y la perdición, del camino al infierno mismo. También buscaban semejante connotación en el nombre, incluso de sus caballos, sus armas y hasta los lugares de donde provenían los enemigos.

Así, en uno de los versos de la *Chanson de Roland* nos describirán a los oriundos sarracenos y moros de manera demoníaca, casi simiesca y salvaje, semejante a los cíclopes homéricos de un solo ojo y cabellos hasta el suelo, que poseen un espacio entre sus cejas que puede medirse en más de medio pie:

> Ha huido Marsil, pero se ha quedado su tío el califa, que posee Cartago, Alferna, Garmalía y Etiopía, una tierra maldita. La gente negra está bajo su dominio; tienen grandes las narices y largas las orejas y son en total más de cincuenta mil.

Como nos avisa la investigadora Carolina Brown Ahumada, en su ensayo: *El poema de Fernán Gonzáles y el Cantar de Roldán: La mala imagen del moro en la épica española y francesa. Representaciones de un trauma cultural*, las características físicas de los sarracenos apuntan:

> …hacia la barbarie y la animalidad […]. Cuando Roldán ve a la gente descreída, que son más negros que la tinta y no tienen blanco sino solo los dientes.

Subyace en estas obras el conflicto de la época que persiguió durante toda su existencia a Carlomagno, la antinomia (casi maniquea) civilización y barbarie. La una representada en los cristianos o en aquellos que se convertían al cristianismo y tenían su existencia plena de fe, con un código de honor bien definido y dados a las buenas acciones; los segundos caracterizados por los paganos: incrédulos, muy proclives a las malas acciones, la traición, la puñalada por la espalda, los actos de sadismo y crueldad extrema (casi siempre injustificados) y a las prácticas miserables y violentas.

Mientras los sarracenos son cobardes en el combate, el conde Roldán tiene a su favor no solo belleza física, sino también moral, valentía y no teme morir por su religión y por su rey Carlomagno. De ahí que su figura esté rodeada de un halo místico y los paganos teman enfrentarse a él.

Miguel de Cervantes Saavedra se inspiró en *La historia del emperador Carlomagno y los doce pares de Francia* para escribir su obra.

Existía toda una intención desembozada e intencional de realizar un contrapunto entre el islamismo y la Cristiandad. Si los sarracenos y moros eran adoradores de imágenes los cristianos creían en una divinidad que se reflejaba en los actos de su cotidianidad, en la vida misma y no en el ídolo en sí. Existe toda una intención de presentar al Islam y a otras divinidades paganas, opuestas al cristianismo, como incapaces de ayudar a sus feligreses, y se les muestra como algo ilegitimo, falso y desdeñable. Dicha rivalidad religiosa es presentada en un telón de fondo donde las armas tienen un rol protagónico. Y menos el de los cristianos, todas los otros dogmas están condenados a morir con sus creyentes, a desaparecer de la faz de la tierra.

A pesar de estos esquemas y preconceptos, que tienen mucho de intolerancia religiosa y discriminación xenofóbica, la violencia bélica y los enfrentamientos propios de las contiendas son plasmados como si fueran la obra de un pintor, y con una abierta intencionalidad estética, casi plástica. Así se retratarán escudos, espadas labradas en oro y con piedras de incalculable valor, lanzas de fina platería, caballos con elegantes monturas y estribos de cuero, etc.

No por casualidad un pasaje del *Cantar de Roldán* fotografía con crudo realismo, casi de manera traumática, y con un interés pictórico la historia que narra:

> Empuña a Durandarte, que vale más que el oro fino, y acomete, el barón, lo más que puede bajo el yelmo gemado en oro; corta la cabeza, la cota, el cuerpo, la buena silla con gemas doradas y profundamente el espinazo del caballo. Los mata a ambos, quienquiera que lo maldiga o lo alabe [...].En pleno mediodía hay grandes tinieblas, altos son los montes y tenebrosos los valles, grisáceas las rocas y temibles los desfiladeros.

Como expresa acertadamente en el citado estudio Carolina Brown Ahumada:

> …los recursos estilísticos de estos cantares obedecen exclusivamente a un propósito de entretenimiento y diversión. Sin embargo, no debemos olvidar que, bajo el tratamiento estético de las imágenes, los temas y el paisaje, existen motivos profundos; existe un mensaje, una proclamación de identidad y un determinado contenido ideológico. En este sentido, no se puede pasar por alto que el poema épico es las dos cosas a la vez; un goce de contar y escuchar, una actividad de esparcimiento y diversión, pero también el vehículo portador de ciertos contenidos ideológicos, vinculados con la nacionalidad, la religión y una visión de mundo en particular.

Tampoco debemos dejar de lado que estas narraciones épicas son construidas por y para el mundo occidental, y llevan su marca de fábrica, su sello distintivo, remarcado por la impronta de su origen, su incomunicación, su desapego a la multiculturalidad y las creencias y prejuicios hacia lo "otro", lo diferente. Para salir airosos de estas discordancias entre el Oriente y el Occidente recurrirán a estereotipos, clichés propios de la visión de Occidente, esquemas que aún hoy subsisten y en ocasiones (por coyunturas y hasta por portación de rostros, idiomas, hábitos culturales, religiones o formas de vestir diferentes) tienden a enfatizarse, a pesar de que se vive en un mundo globalizado, informado, que se jura tolerante y pretende la paz y la integración. Perdón por el anacronismo.

En síntesis, estas tres gestas medievales tienden a recalcar la figura histórica de Carlomagno como el rey cristiano por excelencia, repleto de ardor evangélico y a la figura de Rolando como el paradigma del campeón de la fe, sacrificado por su Dios y su rey; ambos modelos de la virtudes caballerescas resguardadas por la Iglesia y el Evangelio cristiano.

Para las tres obras, el acto épico es un ejercicio guerrero, el encuentro de grandes y poderosas fuerzas islámicas contra multitudes cristianas, repletas de fe. Las hazañas guerreras y sus grandes temas: el heroísmo, el honor, la traición, la venganza, el amor, la exaltación de la amistad y la fidelidad al rey franco Carlomagno, tienden a dibujar con realismo y con la melodía del verso los inicios de un régimen feudal que estaba por emerger y consolidarse en la Europa del Medioevo.

Dinastía Pipinida-Carolingia

SANTA AMALBERGE
x-x

PIPINO I DE LANDEN
x-639

SANTA BEGGE
Abadesa de Andenne
x-x

GRIMOALDO
Mayordomo de Austrasia
x-657

SANTA GERTRUDA
Abadesa de Nivelles
x-659

CHILDEBERTO
Adoptado por
Sigeberto III
x-657

VULFETRUDA
Abadesa de Nivelles
x-669

SANTO ARNOUL
Obispo de Metz
Mayordomo de Austrasia
x-641

ANCHISE
x-x

SANTO CLOUD
Obispo de Metz
x-696

MARTIN
x-680

PIPINO II DE HERISTAL
Mayordomo de Austrasia
Mayordomo de Neustria
Mayordomo de Borgoña
Duque de Francia
x-714

CLOTILDE
Reina de Neustria
Reina de Borgoña
Reina de Orleáns
Reina de Paris
Reina de Francia
x-699

GRIMOALDO II
Mayordomo de Austrasia
x-714

DROGON
Conde Champagne
x-708

CARLOS MARTEL
Duque de Francia
x-741

THEOBALDO
Mayordomo de Austrasia
Mayordomo de Neustria
Mayordomo de Borgoña
Duque de Francia
x-714

CARLOMAN
Mayordomo de Austrasia
x-754

PIPINO III el Breve
Rey de Francia
751-758

BERNARDO
Conde Saint-Quentin
x-x

CARLOMAGNO
Rey de Francia 768-800
Emperador Sacro Imperio Romano 800-814
742-814

LUDOVICO el Piadoso
Emperador Sacro Imperio Romano
778-840

PIPINO
Rey de Italia
777-810

LOTARIO I
Emperador Sacro Imperio Romano
818-855

LUIS el Germánico
Reino Oriental (T. Germanos)
x-876

CARLOS III el Calvo
Reino Occidental (Francia)
823-877

Bibliografía

ANÓNIMO: *El Cantar de Roldán.* Martín de Riquer, ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1982 (1960).

BACHELOT, Jean: *Carlomagno. Los Hombres, la historia universal a través de los protagonistas*, (fascículo), Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1996.

ENGELS, Federico: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en Librodot.com.

GUMPERT MELGOSA, Carlos: *La historia del emperador Carlomagno como fuente de Cervantes:artículo de la Universitá di Pisa*, Italia, 1961.

HALPHEN,L. *Charlemagne et I'empire carolingien*, París, Francia, 1947.

LAMB, Harold: *Carlomagno*: Edhasa, España, 2004.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *De primitiva lírica española y antigua épica*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1951.

---. Ramón: *Reliquias de la poesía épica española*, Madrid: Espasa-Calpe, 1951.

PIJOAN, José: *Historia del mundo*, (tomo 5), Salvat Editores, Barcelona, España, 1969.

PIRENNE, Henri: *Historia económica y social de la Edad Media,* Fondo de Cultura Económica, séptima edición, México, 1960.

RICHÉ, Pierre: *Les Carolingiens, une famille qui fit l'Europe*, Hachette, París, Francia, 1983.

ROLL, Eric: *Historia de las doctrinas económicas*, Fondo de la Cultura Económica, octava edición, México, 1976.

VÁZQUEZ DE FERNÁNDEZ, Silvia: *Desde la prehistoria hasta el Medioevo*, Kapelusz, Buenos Aires, 2003.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de ...

CARLOMAGNO

Juan Carlos Rivera Quintana

Descubre la apasionante historia del emperador Carlomagno, un estadista que se erigió como garante de la continuidad de la cultura clásica en Europa, consiguió una paz estable y en poco tiempo levantó un imperio modelo en cuanto a administración y empuje cultural.

Siglo VIII. Las brumas y el letargo amenazaban con cubrir toda Europa tras la caída de Roma. La cultura estaba relegada al oscurantismo de los monasterios, donde los monjes copiaban y guardaban los tesoros de épocas pasadas.

Desde Roma, los antiguos "dueños" del mundo veían a los habitantes del Este como seres oscuros, semisalvajes, tribus de bárbaros que comían carne cruda y eran incapaces de constituir una unidad política sólida y coherente. Entre los francos, un pueblo germánico, surgió un joven con aspiraciones de líder, talento, bravura en la guerra y genio administrativo, por lo que fue llamado Carlomagno.

Un joven monarca pagano y analfabeto que rescataría el valor del latín y el griego y la continuidad cultural de Occidente, sacaría la cultura de los monasterios, sería Emperador y constituiría un vasto dominio uniendo la tradición romana a la germánica y a la Iglesia Católica.

Ésta es la apasionante historia de Carlomagno, el creador del Sacro Imperio Romano Germánico.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.